

**JUEGO DE  
ESPEJOS  
ANDREA  
CAMILLERI**



**Lectulandia**

La explosión de un pequeño artefacto frente a un almacén vacío, en pleno centro de Vigàta, y la consiguiente investigación puesta en marcha por el comisario Montalbano y su equipo, precipitan una serie de acontecimientos que se suceden de forma caótica y vertiginosa: pistas contradictorias, cartas anónimas, delaciones misteriosas... Montalbano tiene la sensación de que alguien pretende guiar sus pasos, confundirlo y manejarlo como si fuera una marioneta, alejándolo de la verdad de los hechos. Y cuando además entra en escena Liliana, su nueva vecina, una mujer de rompe y rasga cuyo marido se halla a menudo ausente por razones de trabajo, Salvo se encontrará inmerso en un mar de confusión que dificultará su trabajo más allá de lo tolerable. Realidad e ilusión se confunden en esta última entrega del comisario Salvo Montalbano, en la que Andrea Camilleri rememora la magistral escena de los espejos de *La dama de Shanghai*, de Orson Welles, en la que sólo una de las imágenes es la auténtica. Para escapar de este laberinto de reflejos, Montalbano habrá de recurrir a su veteranía y su finísima intuición, sin perder nunca el irreverente sentido del humor que lo caracteriza.

**Lectulandia**

Andrea Camilleri

# **Juego de espejos**

Comisario Montalbano - 23

ePub r1.1

17ramsor 10.06.14

Título original: *Il gioco degli specchi*

Andrea Camilleri, 2011

Traducción: Teresa Clavel

Editor digital: 17ramsor

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Llevaba unas dos horas sentado, como Dios lo había traído al mundo, en una especie de silla peligrosamente parecida a una silla eléctrica. Le rodeaban las muñecas y los tobillos unas argollas de hierro de las que salían manojos de cables que iban a parar a un armario metálico decorado con cuadrantes, manómetros, amperímetros, barómetros y luces —verdes, rojas, amarillas y azules— que se encendían y se apagaban sin cesar. En la cabeza llevaba un casco idéntico al que los peluqueros ponen a las señoras para hacerles la permanente, pero éste estaba unido al armario por un grueso cable negro dentro del cual había centenares de hilos de colores.

El profesor, cincuentón, con un corte de pelo estilo paje con la raya en medio, barbita de chivo, gafas con montura dorada, bata blanca inmaculada y expresión antipática y arrogante, lo había ametrallado con preguntas tipo:

«¿Quién era Abraham Lincoln?»

«¿Quién descubrió América?»

«Si ve un buen trasero de mujer, ¿qué piensa?»

«¿Nueve por nueve?»

«Entre un cucurucho de helado y un mendrugo de pan mohoso, ¿qué prefiere?»

«¿Cuántos fueron los siete reyes de Roma?»

«Entre una película cómica y un espectáculo pirotécnico, ¿qué elegiría?»

«Si un perro lo ataca, ¿sale usted huyendo o le planta cara gruñendo?»

En un momento dado, el profesor se levantó de golpe de su asiento, hizo «ejem, ejem», se quitó una pelusa de la manga de la bata, miró fijamente a Montalbano, suspiró, movió la cabeza con desolación, suspiró de nuevo, volvió a hacer «ejem, ejem», pulsó un botón y, automáticamente, las argollas se abrieron y el casco se elevó.

—Parece que la visita ha terminado —dijo mientras iba a sentarse detrás de la mesa, en una esquina del consultorio, y empezaba a escribir en el ordenador.

Montalbano se puso en pie y cogió los calzoncillos y los pantalones, pero se quedó indeciso.

¿Qué significaba ese «parece»? ¿Había terminado ese peñazo de revisión o no?

Una semana antes había recibido una notificación firmada por el jefe superior, donde se le informaba de que, de conformidad con las nuevas normas para el personal dictadas por el ministro personalmente en persona, tendría que someterse a un control de salud mental en la clínica Virgen María de Montelusa en un plazo no superior a diez días.

«¿Cómo es que un ministro puede hacer que se controle la salud mental de un funcionario y un funcionario no puede hacer que se controle la salud mental de un ministro?», se había preguntado, renegando. Y había protestado ante el jefe superior.

La respuesta de éste: «¿Qué quiere que le diga, Montalbano? Son órdenes de arriba. Sus colegas se han adaptado».

Adaptarse era la consigna. Si no te adaptabas, te exponías a que difundieran algún rumor calumnioso, como que eras pederasta, chulo putas o violador habitual de monjas, y te obligaran a dimitir.

—¿Por qué no se viste? —preguntó el profesor.

—Porque no... —masculló, tratando de dar una explicación mientras empezaba a vestirse.

Y fue entonces cuando se torcieron las cosas: los pantalones no le entraban. Sin duda, eran los mismos que llevaba al llegar, pero habían encogido. Por más que metiera barriga, por más que se retorciera, no había manera, no podía abrochárselos. Eran como mínimo tres tallas más pequeños que la suya. En el último intento desesperado, perdió el equilibrio y se apoyó con una mano en un carrito con un misterioso aparato encima, pero el carrito salió disparado y fue a chocar contra la mesa del profesor, que dio un respingo.

—¡¿Se ha vuelto loco?!

—No me entran los pa... los pantalones —balbuceó el comisario, tratando de justificarse.

Entonces el profesor se levantó hecho una furia, cogió los pantalones por la cinturilla y se los subió.

Le entraron perfectamente.

Montalbano se sintió avergonzado como un niño de guardería que va al váter y necesita la ayuda de la maestra para volver a vestirse.

—Ya albergaba serias dudas —dijo el profesor, sentándose para seguir escribiendo—, pero este último episodio disipa todas mis incertidumbres.

¿Qué quería decir?

—Explíquese mejor.

—¿Qué quiere que le explique? ¡Está más claro que el agua! ¡Le pregunto en qué piensa cuando ve un buen trasero femenino y me contesta que en Abraham Lincoln!

El comisario se quedó perplejo.

—¡¿Yo?! ¿Yo he contestado eso?

—¿Acaso niega lo que está grabado?

En ese momento, Montalbano tuvo una iluminación y comprendió lo que estaba pasando. ¡Había caído en una trampa!

—¡Es un complot! —gritó—. ¡Queréis hacerme pasar por loco!

No había acabado de dar voces cuando la puerta se abrió de par en par y aparecieron dos fornidos enfermeros que le pusieron una camisa de fuerza. Montalbano intentó liberarse maldiciendo y dando patadas a diestro y siniestro, y entonces...

Y entonces se despertó. Empapado en sudor y con la sábana tan enrollada alrededor del cuerpo que no podía moverse; parecía una momia.

Cuando, tras contorsiones varias, consiguió liberarse, miró el reloj. Eran las seis.

A través de la ventana abierta entraba un caliente siroco. El pedazo de cielo que veía desde la cama estaba cubierto por una neblina lechosa. Decidió quedarse en la cama diez minutos más.

No, el sueño que acababa de tener no se ajustaba a la realidad. Él nunca se volvería loco; estaba seguro. Si acaso, empezaría a chocchar poco a poco, quizá olvidando el nombre y la cara de las personas más queridas, hasta sumirse en una especie de soledad inconsciente.

¡Menudos pensamientos se le ocurrían de buena mañana! ¡La mar de agradables! Reaccionó levantándose y yendo directo a la cocina a preparar café.

Cuando estuvo listo para salir, se dio cuenta de que era demasiado temprano para ir a la comisaría. Abrió la cristalera de la galería, se sentó fuera y encendió un cigarrillo. Hacía un calor tremendo. Prefirió entrar y quedarse dentro sin hacer nada hasta que fueran las ocho.

A esa hora subió al coche y empezó a recorrer el estrecho tramo de carretera que unía Marinella con la provincial. A doscientos metros de su casa había otra casi igual, que había estado años vacía y que desde hacía cinco meses habitaba un matrimonio sin hijos, los señores Lombardo. Él, Adriano, era un hombre de cuarenta y cinco años, alto y elegante, y según información de Fazio era el representante exclusivo para toda la isla de una conocida marca de ordenadores, motivo por el cual viajaba con frecuencia. Tenía un veloz coche deportivo. Su mujer, Liliana, era una guapa turinesa diez años menor que él, una morena que quitaba el hipo. Alta, piernas largas y perfectas... debía de haber practicado algún deporte. Y cuando uno la veía caminar desde atrás, no pensaba ni por asomo, a no ser que estuviera loco de atar, en Abraham Lincoln. Ella, a diferencia de su marido, tenía un utilitario japonés.

Su relación con Montalbano se limitaba a desearse buenos días y buenas tardes en las raras ocasiones en que se cruzaban en el estrecho tramo de carretera, aunque cuando eso sucedía era un auténtico coñazo, porque no podían pasar dos coches a la vez y había que hacer un montón de maniobras.

Aquella mañana, el comisario vio con el rabillo del ojo el coche de la vecina con el capó levantado y a ella doblada por la cintura mirando dentro. Seguro que tenía algún problema. Como no tenía ninguna prisa, casi sin pensarlo giró a la derecha, recorrió diez metros y se encontró delante de la verja abierta del chalet. Sin apearse, preguntó:

—¿Necesita ayuda?

Liliana lo obsequió con una sonrisa de gratitud.

—¡No arranca!

Montalbano bajó, pero no cruzó la verja.

—Si va al pueblo, la llevo.

—Gracias, tengo bastante prisa. Pero ¿usted no podría echarle un vistazo al motor?

—Créame, señora: no entiendo absolutamente nada de motores.

—Entonces voy con usted.

Liliana bajó el capó, cruzó la verja y, sin cerrarla, subió al automóvil mientras el comisario le mantenía la puerta abierta.

Se pusieron en marcha. Pese a que las ventanillas estaban bajadas, el coche se inundó del perfume de la mujer, delicado y penetrante a un tiempo.

—El problema es que no conozco a ningún mecánico. Y mi marido no vuelve hasta dentro de cuatro días.

—Podría llamarlo por teléfono.

La señora Lombardo pareció no haber oído la sugerencia.

—¿Usted no podría aconsejarme uno?

—Por supuesto. Pero no llevo encima su número de teléfono. Si quiere, la acompaño al taller.

—Es muy amable.

No hablaron más durante el resto del trayecto. Montalbano no quería pasar por curioso; ella, por su parte, era cortés y afable, pero se notaba que no le gustaba dar confianzas. El comisario se la presentó al mecánico, la mujer volvió a darle las gracias y así finalizó el breve encuentro.

—¿Están Augello y Fazio?

—*Dottori*, están *in situ*.

—Mándalos a mi despacho.

—¿Y cómo van a ir, *dottori*? —preguntó Catarella, perplejo.

—¿Cómo que cómo van a ir? ¡Pues por su propio pie, digo yo!

—Pero no están aquí, *dottori*, están *in situ* donde está el sitio.

—¿Y dónde está ese sitio?

—Espere, que lo miro. —Cogió una hoja—. Aquí pone via Pissaviacane, veintiocho.

—¿Seguro que se llama via Pissaviacane?

—Tan seguro como la muerte, *dottori*.

Era la primera vez que oía hablar de esa calle.

—Llama a Fazio y pásamelo al despacho.

Sonó el teléfono.

—Fazio, ¿qué ocurre?

—Esta mañana, al amanecer, ha explotado una bomba delante de un almacén de via Pisacane. Ningún herido, sólo un buen susto y algunos cristales rotos. Además de



la persiana metálica destrozada, claro.

—¿De qué es el almacén?

—De nada. Lleva casi un año vacío.

—¡Ah! ¿Y el propietario?

—Lo he interrogado. Luego se lo cuento todo; dentro de una hora como máximo estamos de vuelta.

Se puso a firmar papeles de mala gana, a fin de que la enorme pila que tenía sobre la mesa encontrara un equilibrio más estable. Hacía tiempo que Montalbano se había hecho una idea muy precisa de un fenómeno misterioso, pero prefería no comentarlo con nadie. Porque entonces sí que lo tomarían por loco. El fenómeno era el siguiente: ¿cómo es que los expedientes aumentaban durante la noche? ¿Cómo se explicaba que dejara por la tarde una pila de un metro de alto y, a la mañana siguiente, la encontrara de un metro diez sin que hubiera llegado correo nuevo? La explicación sólo podía ser una. Cuando la oficina se quedaba a oscuras y desierta, los expedientes, sin que nadie los viera, salían de los archivadores, se desperdigaban aquí y allá, se despojaban de las carpetas y se entregaban a orgías desenfundadas, a copulaciones ilimitadas, a camas redondas inenarrables. Y por eso, a la mañana siguiente, los frutos nacidos de la pecaminosa noche aumentaban el volumen y la altura de la pila.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, está en la *lìnia* Francischino, que quiere hablarle personalmente en persona.

¿Y quién era ése? Dijo que se lo pasara; más valía no perder el tiempo con Catarella.

—¿Quién es?

—Comisario, soy Francischino, el *micánico*.

—Ah, dime.

—Lo llamo desde casa de los *signores* Lombardo. El motor se lo han cargado. ¿Qué hago? ¿Me llevo el coche al taller o lo dejo aquí?

—Perdona, pero ¿por qué me llamas a mí?

—Porque la *signora* no coge el móvil, y como es amiga suya...

—Francischì, no es amiga mía; es una conocida. Así que no sé qué decirte.

—Ah, bueno. Perdona.

A Montalbano no le había pasado inadvertida una frase del mecánico.

—¿Por qué dices que se han cargado el motor?

—Porque es así. Lo han destrozado.

—¿Quieres decir que lo han hecho adrede?

—*Dottore*, yo conozco mi oficio.

Pero ¿quién podía tenerla tomada con la bella Liliana Lombardo?

—Bueno, ¿de qué va esta historia? —les preguntó el comisario a Fazio y Augello en cuanto se sentaron frente a él.

Le correspondía contestar al subcomisario Domenico Augello, llamado Mimì.

—Tal como yo lo veo —dijo—, es un caso de impago a la mafia. Tal como lo ve Fazio, no.

—Habla primero tú.

—El almacén es propiedad de un tal Angelino Arnone, que tiene también una tienda de alimentación, una panadería y una zapatería. Tiene que pagar tres cuotas a la mafia. O se ha olvidado de alguna, o se la han aumentado y él se ha rebelado. Así que, para meterlo en vereda, le han hecho una advertencia. Eso es todo.

—¿Y el tal Arnone qué dice?

—Las mismas tonterías que hemos oído cientos de veces. Que nunca ha pagado ninguna cuota a la mafia porque nunca se la han pedido, que no tiene enemigos y que nadie le desea ningún mal.

—¿Y tú qué piensas, Fazio?

—Pues, *dottore*, a mí la cosa no me cuadra —respondió Fazio.

—¿Por qué?

—Porque sería la primera vez que, para convencer a alguien de que pague la cuota de protección, le ponen una bomba en un almacén vacío. ¿Qué perjuicio le han causado? ¡Una persiana metálica rota! Sale del paso con cuatro euros. Según la regla establecida, deberían habérsela puesto delante de la tienda, la panadería o la zapatería. ¡Entonces sí que habría valido la advertencia!

El comisario no sabía qué decir. Las dudas de Fazio, desde luego, no carecían de fundamento.

—Y tal como lo ves, ¿por qué razón no han seguido la regla esta vez?

—Pues no lo sé. Pero, si usía me lo permite, quisiera saber algo más de Angelino Arnone.

—Está bien, infórmate y me pones al corriente. Ah, ¿qué tipo de bomba era?

—La típica, de relojería. Dentro de una caja de cartón que podía parecer dejada para que se la llevara el basurero.

Mientras se dirigía a la *trattoria* de Enzo, leyó la placa de una calle corta y estrecha por la que pasaba desde hacía años por lo menos dos veces al día: via Pisacane.

Nunca había reparado en ese nombre. Aminoró la marcha al pasar por delante del número 28. El almacén de Arnone, en la planta baja de un edificio de tres pisos, estaba entre una ferretería y el portal por el que se accedía a las viviendas. No habían colocado la bomba en el centro de la persiana metálica, sino en el lado derecho.

En la *trattoria* se dio un atracón. *Antipasti* variados, espaguetis con sepia en su

tinta, una degustación de pasta con almejas y salmonetes de roca fritos (dos raciones abundantes).

Así que, pese al calor que hacía, se impuso el paseo por el muelle hasta la roca plana, bajo el faro. Allí estuvo una hora fumando y charlando con un cangrejo, y luego volvió a la oficina.

Para acceder a la comisaría tuvo que apartar con el pie un gran paquete que obstaculizaba la entrada.

Con la rapidez de un flash, un pensamiento se encendió en su mente.

—Catarè, ¿qué es ese paquete?

—Disculpe, *dottori*, ahora mismísimo van a recogerlo los de administración. Han llegado ocho paquetes de formularios, impresos y papel con membrete.

¿Cómo era posible que el ministerio tuviera dinero para aumentar el tocamiento de cojones burocrático y no para la gasolina de las unidades móviles?

—¿Está Fazio?

—Sí, *signor*.

—Mándamelo al despacho.

Fazio llegó justificándose.

—*Dottore*, en toda la mañana no he tenido un minuto para ocuparme de Arnone.

—Siéntate, quiero decirte una cosa. He descubierto por casualidad que una de las calles por las que paso habitualmente para ir a la *trattoria* es via Pisacane. He echado un vistazo.

Fazio le dirigió una mirada interrogativa.

—A juzgar por el cerco dejado por la explosión y el agujero de la persiana metálica —prosiguió Montalbano—, me ha parecido que la bomba estaba colocada casi en el borde derecho de la persiana. ¿Es así?

—Sí, señor.

—En otras palabras, desviada hacia el veintiséis, es decir, el portal de entrada al edificio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Voy a exponer una hipótesis y a ver qué me dices. Si un inquilino del edificio, al salir o entrar por la mañana temprano, se encuentra delante del portal una caja de cartón, ¿qué hace?

—La aparta con el pie —dijo Fazio. Y exclamó—: ¡Coño!

—Exacto. Puede que la bomba no fuese una advertencia a Arnone, sino a alguien que vive en ese edificio.

—Tiene razón. Y eso significa que el trabajo aumenta y se complica.

—¿Quieres que se lo diga al *dottor* Augello?

Fazio hizo una mueca.

—Si pudiera ayudarme Gallo...

—Está bien.

Al cabo de media hora se presentó Augello.

—¿Tienes un minuto?

—Todo el tiempo que quieras, Mimì.

—He estado pensando en lo que Fazio ha dicho esta mañana sobre la bomba. Efectivamente, es una anomalía. Así que me he preguntado por qué habían puesto la bomba en el borde derecho de la persiana y no en el centro. Verás, Salvo, al lado del almacén está el portal de un edificio de tres pisos. Y digo yo: ¿no podría ser que la bomba estuviera destinada al portal y que un inquilino hubiese apartado la caja de cartón sin darse cuenta de que contenía una bomba?

El comisario desplegó una expresión exultante.

—¿Sabes que has tenido una magnífica idea, Mimì? Enhorabuena. Le diré a Fazio que indague sobre los vecinos del edificio.

Augello se levantó y volvió satisfecho a su despacho.

¿Qué necesidad había de desilusionarlo? La joven marmota de los *boy scouts* Salvo Montalbano había hecho la buena obra del día.

## 2

Al pasar por delante del chalet de los Lombardo a su vuelta a Marinella, observó que el coche de la mujer ya no estaba y que por una ventana abierta de la parte trasera se veía un dormitorio iluminado y a Liliana frente a un armario abierto.

Nada más entrar en casa, antes de tener tiempo de hacer nada, lo asaltó una duda repentina. ¿Cómo debía comportarse con la vecina? Puesto que sin duda Francischino le habría dicho que le habían destrozado el motor a propósito, ¿tenía él, en calidad de comisario, el deber de intervenir ofreciéndole su ayuda para descubrir al autor y protegerla de posibles riesgos futuros? A lo mejor la mujer esperaba un ofrecimiento así por su parte. O bien, dado que no había presentado ninguna denuncia, ¿debía permanecer impasible y callado? Claro que ¿y si ella no había tenido tiempo aún de presentar la denuncia?

Mientras intentaba responderse, lo asaltó otra duda de naturaleza estrictamente personal. Si Liliana, en vez de ser la atractiva mujer que era, fuese una desdichada estrábica, desdentada y con las piernas torcidas, ¿se interesaría por ella del mismo modo?

Sintiéndose profundamente ofendido por haberse planteado él mismo esta segunda duda, se dio una respuesta sincera: sí, se interesaría del mismo modo. Y eso lo convenció de ir a llamar sin perder tiempo al timbre de los Lombardo.

Dada la escasa distancia entre las dos casas, fue andando.

Liliana pareció alegrarse de verlo. De los piemonteses solía decirse que eran falsos y corteses, pero Montalbano no tuvo la impresión de que el buen recibimiento fuera fingido.

—Pase, pase... Acompáñeme, por favor.

Llevaba un vestido ligerísimo, cortísimo y ajustadísimo. Parecía pintado sobre la piel. Montalbano la siguió como un autómatas, completamente hipnotizado por la armoniosa ondulación de la esfera andante. Otra esfera celeste para añadir a las cantadas por los poetas.

—¿Nos sentamos en la galería?

—Con mucho gusto.

Era igual que la suya; sólo la mesa y las sillas eran distintas, más modernas y elegantes.

—¿Le apetece tomar algo?

—Gracias, no se moleste.

—Tengo un vodka excelente, comisario, pero si todavía no ha cenado...

—De acuerdo, gracias. Con este calor, apetece algo fresco.

—Se lo traigo enseguida.

Volvió con el vodka en una cubitera, dos vasitos largos y un cenicero.

—Yo también tomaré un poco para acompañarlo. Si quiere fumar... —En el interior sonó un móvil—. ¡Uf, qué pesadez! Discúlpeme. Sírvase mientras tanto.

Liliana entró en la casa, y debió de irse a hablar a la habitación situada más al fondo, el dormitorio, y quizá cerró la puerta, porque al comisario no le llegó ni un lejano murmullo.

La llamada fue tan larga que Montalbano tuvo tiempo de fumarse un cigarrillo entero.

Cuando volvió, Liliana estaba bastante sonrojada y respiraba con agitación. Respiración que, dicho sea entre paréntesis, producía un hermoso efecto evocador de otras esferas celestes, puesto que era evidente que no llevaba sujetador. Habría tenido una discusión acalorada.

—Perdone. Era Adriano, mi marido, un problema imprevisto... Pero ¡todavía no ha bebido! Yo le sirvo...

Vertió dos dedos de vodka en un vasito que le tendió a Montalbano; en el suyo puso una dosis bastante abundante y se la bebió de un trago. ¡Ni una gota, dejó!

—¿A qué debo el placer de su visita, comisario?

—No sé si el mecánico le ha dicho...

—¿Que el motor necesita una reparación a fondo? Sí; de hecho, le he dado permiso para que se lleve el coche al taller. Para mí será un problema ir y volver a Montelusa. Ya sé que hay transporte público, pero tiene unos horarios...

—Yo voy a la comisaría por la mañana, hacia las ocho. Si quiere aprovechar, al menos para la ida...

—Gracias, acepto. Mañana estaré preparada bien temprano.

Montalbano retomó el asunto que le interesaba.

—¿Le ha explicado el mecánico por qué estaba dañado el motor?

Ella se rio. ¡Virgen santa, qué risa tenía! Te provocaba un cosquilleo en el estómago. Parecía una paloma enamorada.

—No me ha hecho falta preguntárselo. Soy muy mala conductora; debo de haber sometido a ese pobre motor a...

—No se trata de eso.

—¿No?

—No. Lo han dañado de forma deliberada, adrede.

Ella palideció de golpe.

—Es la opinión del mecánico —continuó Montalbano—, que entiende de eso.

Liliana se sirvió otro vodka y se lo bebió. Luego se quedó mirando el mar sin decir nada.

—¿Usted utilizó el coche ayer?

—Sí. Hasta que volví a casa a última hora de la tarde, funcionaba perfectamente.

—O sea, que el hecho se produjo anoche. Alguien saltó la verja, abrió el capó y

dejó inutilizable el motor. ¿Oyó usted algún ruido?

—No, nada.

—Pero el coche estaba aparcado muy cerca de la ventana del dormitorio...

—¡Le he dicho que no oí nada!

Montalbano simuló no darse cuenta de que ella se había enfadado y siguió haciendo preguntas. Total, de perdidos, al río.

—¿Tiene idea de quién puede haber sido?

—No.

Pero, inmediatamente después de haber dicho que no, Liliana pareció cambiar de idea. Se volvió y clavó los ojos en los de Montalbano.

—Verá, comisario, con frecuencia paso sola largas temporadas. Y soy bastante atractiva para... Resumiendo, a veces me molestan algunos hombres. Para que se haga una idea, una noche un tipo vino a llamar a la persiana de mi habitación. Así que no sería extraño que algún imbécil haya querido vengarse por mi indiferencia...

—¿Ha recibido proposiciones explícitas?

—Todas las que quiera.

—¿Podría darme el nombre de alguno de sus... cómo llamarlos... cortejadores?

—¿Me creerá si le digo que no sé ni qué aspecto tienen? Telefonean, dicen su nombre, que puede ser inventado, y sueltan una sarta de obscenidades.

Montalbano sacó un papel del bolsillo y escribió.

—Le dejo el número de teléfono de mi casa. Si durante la noche alguien viene a molestarla, no dude en llamarme.

Acto seguido, se levantó y se despidió. Liliana lo acompañó hasta la verja.

—Le agradezco mucho su interés. Hasta mañana.

Después de zamparse un plato de pasta *'ncasciata*, con su toque final en el horno, y una generosa ración de berenjenas a la parmesana, todo preparado por su asistente Adelina, se sentó en la galería.

El cielo estaba tan despejado que las estrellas parecían al alcance de la mano, y se había levantado una brisa que era como una caricia en la piel, pero al cabo de cinco minutos Montalbano sintió que no podía seguir allí. Tenía una necesidad absoluta de dar un largo paseo por la orilla del mar con fines digestivos.

Bajó a la playa, pero en vez de dirigirse hacia la Escalera de los Turcos, a la derecha, como hacía siempre, fue hacia la izquierda, en dirección al pueblo. Así que tuvo que pasar forzosamente por delante de la casa de los Lombardo. Pero no lo había hecho adrede. ¿O sí?

Todas las luces estaban apagadas. No consiguió distinguir si la cristalera de la galería estaba abierta o cerrada. Quizá Liliana había cenado, se había pegado unos lingotazos más de vodka y se había acostado.

En ese momento, en la carretera provincial, un coche hizo un cambio de sentido y

sus faros iluminaron durante unos segundos la parte de atrás del chalet. El tiempo suficiente para que Montalbano viera con claridad que había un automóvil junto a la verja.

Se preocupó. A ver si resultaba que el desconocido machacamoteros había regresado para causar más estragos... Y a lo mejor Liliana lo había llamado para pedirle ayuda y él no la había oído porque estaba paseando por la playa.

Cambió de dirección y fue hacia el chalet. Cuando llegó, vio que la cristalera de la galería estaba cerrada por dentro. Entonces, con mucha cautela, rodeó la casa hasta el otro lado.

El coche, matrícula XZ 452 BG, era un Volvo verde y estaba aparcado con el morro tocando la verja cerrada. Se filtraba un hilo de luz por las persianas bajadas de la habitación que Montalbano sabía que era el dormitorio. La ventana era suficientemente baja para que la cabeza de una persona llegase a la altura del alféizar.

Se acercó y oyó los gemidos de Liliana. Sin duda, no eran de dolor.

El comisario se alejó rápidamente. Y para que se le pasara el nerviosismo que lo había invadido de pronto, reanudó el paseo junto al mar.

Que su amable y bella vecina le había contado un buen montón de solemnes mentiras era algo que Montalbano ya había visto claro durante la visita a su casa. Y lo que estaba sucediendo en ese momento en el dormitorio del chalet lo confirmaba plenamente.

Seguro que quien la había telefoneado no era su marido, sino otro hombre; pondría la mano en el fuego.

Probablemente, la genial idea de destrozarle el motor se le habría ocurrido a un amante que, en cierto momento, se había puesto más pesado de la cuenta y al que ella había dado el pasaporte para sustituirlo por el del Volvo. O bien había habido una discusión entre ella y el del Volvo, el cual había perdido la cabeza y se había desahogado con el coche. Después había llegado la reconciliación, cuya banda sonora él acababa de oír. Por consiguiente, Liliana no sólo conocía a la perfección nombre, apellido y dirección de los que la telefoneaban, sino que probablemente también se sabía al dedillo su vida y milagros.

Sin embargo, alcanzado este punto, Montalbano llegó a la conclusión de que se trataba de un asunto privado entre Liliana y sus amantes y de que no había razón para que él se inmiscuyera.

Así pues, hecha la habitual llamada de buenas noches a Livia, con cierto conato de trifulca, se fue a la cama.

Al día siguiente, Liliana estaba esperándolo a las ocho en punto. Naturalmente, ya no había ningún Volvo aparcado ni delante de la verja ni en las proximidades. Tal vez porque hacía más calor que el día anterior, la mujer llevaba un vestido como el de la



víspera, sólo que éste era azul claro. Causaba el mismo efecto devastador.

Estaba fresca y descansada. E iba perfumada.

—¿Todo bien? —preguntó el comisario, consiguiendo hacerlo sin un toque de malicia.

—Sí, he dormido como un angelito —dijo Liliana con una sonrisa de gata que acaba de zamparse una deliciosa lata de comida y está relamiéndose los bigotes.

«Es muy improbable que los angelitos duerman como tú», pensó Montalbano.

En ese preciso momento, un coche que circulaba en dirección contraria decidió adelantar a toda velocidad al camión que tenía delante.

El choque habría sido inevitable si Montalbano, con una presencia de ánimo y una rapidez de reflejos que lo sorprendieron a él mismo, no hubiera dado un volantazo a la derecha aprovechando un ensanchamiento de dos metros y regresado enseguida a la calzada. Inmediatamente después, sintió el peso del cuerpo de Liliana contra el suyo, y al cabo de un instante su cabeza inerte le golpeó las piernas.

Se había desmayado.

Montalbano se quedó de piedra. Nunca se había encontrado en una situación tan incómoda. ¿Y ahora qué debía hacer?

Mientras maldecía, vio un surtidor de gasolina con un bar detrás.

Aparcó, tumbó mejor a Liliana en el asiento, fue corriendo al bar por una botella de agua mineral y volvió al coche. Se sentó y, rodeándola con los brazos, le pasó por la cara un pañuelo mojado con agua fría. Al cabo de un momento, ella abrió los ojos y, recordando de golpe el peligro corrido, dio un grito y se abrazó al comisario, apoyando la mejilla en la de él.

—Tranquila, tranquila, ya ha pasado todo.

La notaba temblar. Empezó a acariciarle suavemente la espalda y ella lo abrazó más fuerte.

Por suerte no había más coches; si no, le habría incomodado lo que pudieran pensar sus ocupantes.

—Beba un poco de agua.

Liliana lo hizo. Luego bebió también Montalbano.

—Está sudando —dijo ella—. ¿Se ha asustado usted también?

—Pues sí.

Solemne mentira. No había tenido tiempo de pasar miedo. Si sudaba y tenía sed era por una razón que no podía revelarles a su causante.

Además, también estaba enfadado consigo mismo porque lo hubiera trastornado como a un adolescente el hecho de tener entre los brazos a una mujer guapa. Como si fuese la primera vez que le sucedía. ¿Quizá la vejez podía ser una vuelta a la juventud? No, de ninguna manera; si acaso, era un avance hacia la imbecilidad.

Diez minutos después estaban en condiciones de reanudar la marcha.

—¿Dónde la dejo?

—En la parada del autobús para Montelusa. Se me ha hecho tardísimo.

En el momento de despedirse, Liliana le retuvo la mano.

—Ha sido usted tan amable conmigo... ¿Puedo invitarlo a cenar esta noche en mi casa?

¿Sería la noche libre del hombre del Volvo? No obstante, la pregunta importante y un tanto dramática era: si resultaba que la mujer no sabía cocinar, ¿qué terroríficos mejunjes se vería obligado a deglutir? Liliana pareció leerle el pensamiento.

—Tranquilo, soy una cocinera aceptable.

—Gracias, iré con mucho gusto.

—Oye, Catarè —dijo el comisario, entrando en el cuartito del recepcionista—, llama al taller de Francischino y pásamelo al despacho.

—Ahora mismito, *dottori*. ¡Madre mía, qué bien perfumado ha venido esta mañana!

Montalbano se quedó boquiabierto.

—¿Yo?

Catarella acercó la nariz a su americana.

—Sí, *signor*, es usía.

El perfume de Liliana.

Fue hacia su despacho soltando tacos, y en cuanto entró levantó el auricular del teléfono, que ya estaba sonando.

—Francischi, sácame de dudas. ¿Le dijiste a la señora Lombardo que habían destrozado el motor adrede?

—Sí, señor.

—Y para destrozarlo, ¿te parece que tuvieron que hacer mucho ruido?

—¡Ya lo creo, *dottore*! ¡Un buen escándalo! Usaron un martillo, ¡no le digo más!

Por tanto, durante la destrucción del motor, o Liliana se había encerrado en casa asustadísima o... sí, ésta era una hipótesis más probable: había pasado parte de la noche fuera de casa con el hombre del Volvo y, al volver de madrugada, su antiguo amante le había dejado un bonito regalo.

—¿Da usted su permiso? —preguntó Fazio.

—Pasa y siéntate. ¿Alguna novedad?

Fazio olfateó el aire.

—¿Qué es ese perfume?

¡Joder, qué pesados!

—Si no te gusta, tápate la nariz —contestó Montalbano, desabrido.

Fazio advirtió que más valía dejar el asunto.

—*Dottore*, en el edificio de via Pisacane viven dos personas con antecedentes penales y Carlo Nicotra.

Montalbano lo miró con los ojos como platos.

—¿Has dicho Nicotra como si fuera el Papa! ¿Quién demonios es?

—Carlo Nicotra se casó hace seis años con una nieta del viejo Sinagra, y al parecer la familia le dio el cargo de capataz del tráfico de droga en la isla.

—¿Una especie de inspector general?

—Exacto.

De pronto el comisario recordó al personaje. ¿Cómo no había caído antes en la cuenta? «Por lo visto —reflexionó con amargura—, la edad empieza a jugarme malas pasadas».

—Oye, pero ¿no es aquel al que dispararon hace tres años?

—Sí, señor. El proyectil lo alcanzó en el pecho. Cinco centímetros más a la izquierda y le revientan el corazón.

—Espera... espera... ¿Y no es el mismo al que el año pasado le pusieron una bomba en el coche?

—El mismo.

—O sea, que esta bomba de via Pisacane debía de llevar escrita una dirección concreta.

—Eso parece.

—Pero ¿a ti te convence?

—No, señor.

—A mí tampoco. Dime por qué.

—*Dottore*, a Nicotra primero le dispararon, luego tenía que saltar por los aires con el coche en cuanto girara el contacto, pero decidió que cogiera el coche su ayudante y fue éste quien la palmó... Quiero decir que Carlo Nicotra no es un hombre al que se le mandan advertencias; se lo intenta matar y punto.

—Estoy de acuerdo. De todos modos, yo no lo perdería de vista. ¿Y los dos tipos con antecedentes?

Fazio sacó un papel del bolsillo.

Montalbano se puso tenso.

—Si empiezas a leerme el nombre del padre y la madre y la fecha y el lugar de nacimiento de esos sujetos, juro que te hago tragar el papel.

Fazio se sonrojó y no dijo nada.

—Para ti, la felicidad completa sería trabajar en el registro civil —añadió el comisario.

Fazio empezó a guardarse lentamente el papel en el bolsillo. Tenía el aspecto de un sediento al que niegan un vaso de agua. La joven marmota de los *boy scouts* Salvo Montalbano decidió hacer la buena obra del día.

—Está bien, lee.

El semblante de Fazio se iluminó como una bombilla. Desplegó el papel ante sus

ojos.

—El primero es Vincenzo Giannino, hijo del difunto Giuseppe y de Michela Tabita, nacido en Barrafranca el 7 de marzo de 1970. En total, una decena de años de cárcel por atraco, robo con fuerza y agresión a funcionario público. El segundo es Stefano Tallarita, hijo del difunto Salvatore y la difunta Giovanna Tosto, nacido en Vigàta el 22 de agosto de 1958. En la actualidad se encuentra preso en la cárcel de Montelusa, por tráfico de drogas. Anteriormente, cumplió otras cuatro condenas, todas por lo mismo.

Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

### 3

—Perdona —dijo Montalbano—, pero si Tallarita está en la cárcel, ¿quién vive en su piso de via Pisacane?

Fazio sacó otra vez el papel y miró a su jefe como pidiéndole permiso. El comisario se encogió de hombros y abrió los brazos. Fazio leyó con expresión beatífica; no podía negar que estaba disfrutando.

—Su mujer, Francesca Calcedonio, nacida en Montereale, de cuarenta y cinco años, su hijo Arturo, de veintitrés, y su hija Stella, de veinte.

—¿Qué hace Arturo?

—Sé que trabaja en Montelusa, me parece que como dependiente en una gran tienda de ropa de hombre y de mujer.

—¿Y la hija?

—Estudia en la Universidad de Palermo.

—¿Te parecen personas a las que alguien pondría una bomba?

—No, señor.

—Entonces, o estaba destinada a Arnone o, en contra de nuestra opinión, a Nicotra.

—¿Qué hago?

—Continúa trabajando sobre estos dos.

Fazio hizo ademán de levantarse, pero el comisario lo detuvo con un gesto. El inspector se sentó de nuevo y esperó a que le preguntara algo, pero Montalbano permaneció callado. El caso era que no sabía por dónde empezar. Por fin se decidió.

—¿Te acuerdas de que hace tiempo te pregunté por mis vecinos?

—¿Los Lombardo? Sí, señor.

¡Qué prodigiosa memoria de auténtico policía tenía Fazio!

—¿A él lo conoces?

—La primera vez que lo vi fue cuando vino a la comisaría para denunciar el robo de una maleta que había dejado en el asiento trasero de su coche.

—¿Rompieron la puerta?

—Sí, señor.

—¿Qué contenía la maleta?

—Según él, efectos personales. Se disponía a hacer un recorrido por la isla. Me parece que es representante de ordenadores. A decir verdad, Lombardo no tenía mucha intención de denunciarlo.

Entonces debía de ser una costumbre de familia, eso de rehuir presentar denuncias.

—Explícate mejor.

—Antes de salir de Vigàta, él fue al bar Castiglione a tomar un café. Y mientras

estaba allí, un motorista rompió el cristal, se cargó la puerta y le birló la maleta. En ese momento llegó un guardia municipal, que fue quien hizo la denuncia, porque Lombardo quería irse sin más, con la puerta destrozada.

—¿A su mujer la has visto alguna vez?

—Sólo una. Y no la he olvidado.

Lo comprendía. Montalbano decidió entonces contarle toda la historia, desde el momento en que había visto a Liliana mirando el motor hasta la noche anterior y esa misma mañana, cuando la había llevado a Vigàta.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó al acabar.

—*Dottore*, puede ser la venganza de un amante despechado, como piensa usía, o cualquier otra cosa. Con una mujer así, todo es posible. Y está claro que ella sabe perfectamente quién ha sido y no tiene ninguna intención de denunciarlo.

No le preguntó a Montalbano por qué estaba interesado en el asunto, pero se lo veía perplejo.

—¿Qué pasa?

—Perdone, *dottore*, pero hay algo que... —Se interrumpió; parecía confuso.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a decirme lo que te pasa?

—¿Qué hora era más o menos cuando usía oyó a la señora Lombardo haciendo el amor?

Montalbano lo pensó un momento.

—Entre las once y las once y cuarto.

—Seguro que estoy equivocado —dijo Fazio.

—Adelante, dímelo de todos modos.

—¿Recuerda la primera vez que vi a Lombardo? He dicho la primera vez porque ha habido otra.

—¿Cuándo?

—Ayer a las ocho fuimos a cenar a casa de mi cuñada, de donde salimos a las diez y media. No habíamos cogido el coche porque vivimos cerca. Había un borracho en medio de la calle y un automóvil tuvo que aminorar la marcha. Era un coche grande, deportivo, y me pareció que al volante iba precisamente él, Lombardo.

—¿Y en qué dirección iba?

—Hacia Marinella.

—¿Seguro que el coche no era un Volvo verde?

—*Dottore*, ¿es una broma?

—Pero ¿tú te das cuenta de lo que me estás diciendo? No; es absolutamente imposible que...

—En efecto. Me habré equivocado.

—*Dottori*, está en la línea su asistenta *Adilina*.

—Pásamela. *Adelì*, ¿qué ocurre?

—*Dottori*, esta noche voy a preparar *arancini* y quería saber si usía me haría el *honor* de venir a cenar a mi casa.

Un destello de felicidad y otro de infelicidad asaltaron a la vez al comisario. Degustar los *arancini* de Adelina era una experiencia absoluta, existencial; una vez que uno los había probado, conservaba recuerdo eterno de ellos como de un paraíso perdido. Por eso, el ofrecimiento de volver una noche al jardín del Edén no era algo que pudiese rechazar a la ligera.

Pero se había comprometido con Liliana y no le parecía bien echarse atrás. Y aunque quisiera, no podría hacerlo, puesto que no tenía su número de móvil.

—Adelì, te lo agradezco, pero no puedo ir.

—¿Por qué? Estarán también mi hijo Pasquali, mi nuera y mi nieto Salvuzzo, que hoy cumple años.

El hijo de Pasquali era su ahijado; lo había tenido él en brazos en el bautizo.

—Adelì, no puedo ir porque estoy invitado en casa de mi vecina, la del chalet de...

—¡La conozco! ¡He hablado con ella! ¡Qué pedazo de mujer! ¡Y muy amable, además! ¿Estará también su marido?

—No; está fuera.

—Pues entonces, ¡tráigala! ¡Se lo digo por su propio interés! ¡Usía ya sabe que los *arancini* hacen milagros! —dijo Adelina con segundas, y se echó a reír.

La asistente de Montalbano no soportaba a Livia, y el sentimiento era mutuo. Cuando Livia acudía a pasar unos días en Marinella, Adelina desaparecía; no se dejaba ver hasta que el comisario volvía a quedarse solo. Por eso estaría encantada si Montalbano le pusiera los cuernos a Livia.

—No sé cómo localizarla.

—¡Ja! ¿El *cumisario* Montalbano no sabe cómo *incontrar* a una mujer?

Justo en ese momento se le ocurrió lo que podía hacer.

—Te llamo dentro de diez minutos, Adelì.

Telefonó al taller de Francischino, le pidió el número de Liliana y la llamó.

—Soy Montalbano.

—¡No me diga que no puede venir esta noche!

El comisario le contó lo de la invitación de Adelina.

—Son personas muy sencillas —añadió.

Omitió decirle que Pasquali era un delincuente habitual y que él mismo lo había mandado dos o tres veces a chirona.

—De acuerdo. Pero ¿esos *arancini* son como los que se comen en el transbordador?

—¡No lo diga ni en broma! —replicó el comisario, indignado.

Ella se echó a reír.

—¿A qué hora pasará a recogerme?

—¿A las ocho y media?

—Muy bien. Pero esto no anula la invitación.

—No comprendo.

—Que sigo debiéndole una invitación en mi casa.

Montalbano llamó a Adelina para decirle que iría con la señora Lombardo. La asistente se alegró.

En la *trattoria* de Enzo comió ligero en previsión de los *arancini* vespertinos; se saltó los *antipasti* y no repitió del segundo plato.

Aun así, dio el paseo por el muelle, no con finalidad digestiva sino meditativa.

Lo que le había contado Fazio, o sea, que había visto en Vigàta al marido de Liliana mientras ella estaba en la cama con un amante, lo había inquietado.

Es verdad que Fazio había admitido su error, pero por una cuestión de lógica, porque si Lombardo estaba en Vigàta, las cosas no podían haber sucedido con tanta tranquilidad. Sin embargo, su primer instinto, el de policía, había reconocido a Lombardo en el interior del coche deportivo. Y Montalbano confiaba mucho en el instinto de Fazio. Por consiguiente, había que tomar en consideración, al menos en el plano teórico, la hipótesis de que Lombardo se dirigía esa noche a Marinella después de haber estado unos días fuera.

¿Cómo se explicaba, entonces, que no hubiera sorprendido a Liliana con otro hombre? ¿No había querido hacerlo?

Primera respuesta: Lombardo no se dirige a su casa; va camino de Montereale, o Fiacca, o Trapani, o él sabrá adónde, y tiene prisa, por eso no ha previsto parar para saludar a su mujer.

Esa respuesta no era válida, porque tomando esa carretera tenía que pasar forzosamente por delante del chalet. Y no podría dejar de ver que junto a la verja había un Volvo. Como mínimo, la curiosidad lo habría obligado a detenerse.

Segunda respuesta: Lombardo se dirige a su casa pero, al ver el Volvo y comprender que Liliana está acompañada, continúa sin parar. Es posible que él y su mujer sean una pareja abierta en la que cada cual va a su aire.

Sin embargo, en este caso tampoco era válida la respuesta. Porque podría haber esperado en las inmediaciones a que acabara el encuentro de Liliana y luego presentarse en casa. En cambio, no había ni rastro de él cuando Montalbano había recogido a Liliana por la mañana.

Tercera respuesta: Lombardo telefona a su mujer para decirle que, como esa noche tiene que pasar por delante de casa, parará un momento para saludar. Es la llamada que ella recibe mientras Montalbano está en el chalet. Liliana le dice que no pase porque tiene un compromiso. Discuten. Y al final él cede.

Conclusión inevitable: a Lombardo le tiene sin cuidado cómo se comporte



Liliana.

Todo eso suponiendo que Fazio no se hubiera equivocado de persona.

—¡Ah, *dottori!* Hay uno que se llama Arrigone que quiere hablar urgentísimamente con usía *pirsonalmente* en *pirsona*.

—¿Está al teléfono o *in situ*?

—*In situ*.

—¿Te ha dicho qué quiere?

—No, *signor*.

—Está bien, acompáñalo hasta aquí.

En la puerta apareció Catarella y, haciéndose a un lado, anunció:

—El *signor* Arrigone.

—Arnone, Angelino Arnone —lo corrigió el hombre, entrando.

Era un sexagenario calvo y bajito que, pese al traje de marca y unos zapatos que debían de costar un ojo de la cara, se veía a la legua que era de origen campesino.

—Espera —le dijo el comisario a Catarella. Y dirigiéndose a Arnone—: Si no recuerdo mal, usted es el propietario del almacén que...

—Exacto.

—Catarella, si están, díles a Fazio y al *dottor* Augello que vengan.

—Ahora mismito, *dottori*.

—Siéntese, por favor, señor Arnone.

El hombre se sentó en el borde de la silla. Debía de estar nervioso, pues se secó la frente con un pañuelo. O quizá el pobre simplemente padecía el calor.

Entraron Augello y Fazio.

—Ya se conocen, ¿verdad? —preguntó el comisario.

—Sí, sí —dijeron los tres a coro.

Cuando se hubieron sentado todos, Montalbano dirigió una mirada interrogativa a Arnone, el cual, antes de responder a la pregunta muda, se pasó el pañuelo por la cara y el cuello. No, no era calor; era nerviosismo.

—Yo... yo no pensaba que la bomba... en fin, creía que la cosa no iba conmigo. Y se lo dije a estos señores.

—¿Quiere repetírmelo a mí?

—¿Qué quiere que repita?

—El motivo por el que estaba convencido de que la bomba no iba con usted.

—Bueno... —empezó Arnone. Y se detuvo.

—Un «bueno» no me parece suficiente —dijo el comisario.

—Bueno... En primer lugar, yo no tengo enemigos.

—Señor Arnone, dado que está usted ofendiéndome, le ruego que salga de este despacho.

Arnone se puso a sudar a mares. El pañuelo estaba ya empapado.

—¿Yo... yo... lo he ofendido?

—Me ha tratado indirectamente de idiota queriendo hacerme creer que no tiene enemigos. Así que, o dice a las claras la razón por la que ha venido, o se va.

—He recibido una carta anónima.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿La ha traído?

—Sí.

—Démela.

Arnone sacó un sobre de un bolsillo de la americana y lo dejó encima de la mesa. Montalbano no lo tocó.

—¿Cuántas líneas tiene? —preguntó.

Arnone pareció desconcertado. Miró a Fazio, a Augello, y después de nuevo al comisario.

—No comprendo.

—Le pregunto simplemente si recuerda cuántas líneas tiene la carta. Fazio, ¿hay algo para que el señor se seque el sudor?

Fazio le tendió un pañuelo de papel.

—No me acuerdo.

—Pero ¿usted ha leído la carta?

—Claro.

—¿Cuántas veces?

—Pues... cuatro o cinco.

—¿Y no recuerda cuántas líneas tiene? Qué raro.

Montalbano cogió finalmente el sobre. La dirección estaba escrita en letras de molde:

ANGELINO ARNONE

VIA ALLORO, 122

VIGÀTA

Sacó la cuartilla doblada que había dentro y le pasó el sobre a Augello. La carta también estaba en letras de molde. El comisario leyó en voz alta:

—«No olvides que la bomba era para tu almacén y tú sabes por qué». Apenas una línea y media, señor Arnone.

El hombre no dijo nada.

—¿Usted se lo cree?

—¿El qué?

—Lo que dice esta carta anónima.

—Si me la han mandado...

—Cambia usted muy fácilmente de opinión, si me permite decirlo. Primero no creía que la bomba fuera para su almacén; luego, tras recibir una carta anónima... —Montalbano movió la cabeza, desolado—. Tanto cambio me confunde las ideas, pero, en fin, dejémoslo. Entonces, ¿usted admite ahora que el objetivo de la bomba era su almacén?

—Sí, señor.

—¿No cambiará de idea si le mandan otra carta anónima diciendo lo contrario?

Arnone estaba estupefacto. Negó con la cabeza.

—¿Qué quiere de nosotros, señor Arnone? —continuó el comisario—. ¿Protección?

—Yo he venido... sólo para decirles que... que me había equivocado. Sólo para eso.

—Entonces, ¿ahora reconoce que tiene enemigos?

Arnone abrió los brazos.

—Respóndame con palabras.

—Sí.

—¿Y cómo es que, sabiendo que tiene enemigos, no nos pide protección?

Fazio se compadeció de Arnone y le tendió otro pañuelo.

—Si... si... si quieren dárme la... esa protección...

—Para eso es preciso que usted colabore.

—¿Có... cómo?

—Dándome el nombre de alguien que usted considere su enemigo.

El semblante de Arnone viraba hacia el verde.

—Pero... así de pronto... Tengo que pensarlo.

—Lo comprendo muy bien. Piénselo con calma y luego póngase en contacto con el *dottor* Augello. —Montalbano se levantó y los demás hicieron lo mismo—. Le agradezco que haya cumplido con su deber de ciudadano. Buenos días. Fazio, acompaña al señor.

—¡No comprendo por qué lo has tratado así! —exclamó Augello una vez que Arnone y Fazio hubieron salido.

—Mimì, estás perdiendo facultades.

Fazio volvió al despacho.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó, sentándose. Se había dado cuenta de todo el montaje, como Montalbano.

—¿Quiénes? —preguntó Augello.

—Mimì —dijo el comisario—, como desde el primer momento te has empeñado en creer que el destinatario de la bomba era Arnone, has pensado que la carta anónima lo confirmaba.

—¿Y no es así?

—No. La carta quiere hacernos creer eso, pero ni a mí ni a Fazio nos convence.

—¿Por qué?

—Si la carta fuera auténtica, ¿tú crees que Arnone nos la habría enseñado?

Augello se limitó a poner cara de duda.

—No, seguro que no la habría traído —continuó el comisario—. Si lo ha hecho, es porque lo han obligado.

—¿Quiénes?

—Los que han puesto la bomba, que probablemente son los mismos mafiosos a los que paga la cuota de protección. Le habrán dicho que iban a mandarle una carta anónima y que tenía que venir a enseñárnosla.

—Entonces, la bomba estaba destinada al número veintiséis, y no al veintiocho —dijo Augello en tono de revelación.

—Exacto. Pero ¿es que ya se te ha olvidado que esa hipótesis la formulaste tú mismo? —le recordó Montalbano. Fazio lo miró, pero no dijo nada—. De hecho, Fazio está indagando sobre los inquilinos del veintiséis —concluyó el comisario.

Por el momento no tenían nada más que decirse.

Al cabo de cinco minutos, Montalbano salió de la comisaría. Había caído en la cuenta de que tenía que comprar un regalo para su ahijado Salvuzzo.

Llegó a Marinella a las siete y media, fue a ducharse, se cambió de ropa, y a las ocho y diez, cuando llamaron a la puerta, ya estaba preparado.

Al abrir se encontró con Liliana.

No se había puesto uno de sus vestidos arruinahombres, sino pantalones, blusa y chaqueta.

—Todavía no es la hora.

—Lo sé. Y he aprovechado la ocasión.

—¿La ocasión de qué?

—Me han entrado ganas de ver su casa.

La recorrió toda a conciencia, deteniéndose delante de los cuadros y la librería.

—No parece la vivienda de un comisario. Nuestra casa tiene una habitación más.

—¿Por qué no le parece la vivienda de un comisario?

Ella sonrió, rebotante de encanto. Lo miró a los ojos y, sin responder, fue a sentarse a la galería.

—No tengo ningún aperitivo que ofrecerle. Pero en el frigorífico hay un vino blanco que...

—Vaya por el vino.

El comisario se sirvió un dedo porque tenía que conducir, pero a ella le puso tres cuartos de copa.

—Me he enterado de que tiene usted pareja —dijo Liliana de sopetón.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó él mirando el mar.

Ella sonrió.

—Me he informado. Curiosidad femenina. ¿Desde cuándo?

—Desde hace una eternidad.

—¿Cómo se llama?

—Livia. Vive en Génova.

—¿Viene a verlo a menudo?

—No todo lo que yo quisiera.

—Pobrecillo.

Aquel «pobrecillo» molestó a Montalbano.

No le gustaba hablar de sus cosas, no le gustaba que lo compadecieran, y además le pareció percibir un matiz de ironía en su voz. ¿Estaba burlándose de él porque debía padecer largos períodos de castidad? Miró el reloj de forma que ella lo notara. Pero Liliana continuó bebiendo despacio.

De pronto, como movida por una prisa repentina, apuró la copa y se levantó.

—Podemos irnos.

En el coche, ella dijo:

—No quisiera retirarme tarde. Me gustaría estar un rato con usted después. Necesito hablarle de un asunto.

—Podría ganar tiempo empezando ahora.

—Prefiero no hacerlo en el coche.

—Adelánteme al menos el tema.

—No. Perdona, pero es un asunto bastante desagradable y no quiero que me quite el apetito.

Él no insistió.

Antes de llegar a casa de Adelina, el comisario paró delante del café Castiglione y compró una bandeja de quince *cannoli*.

Cada *arancino* tenía el tamaño de una naranja grande. Para una persona normal, dos *arancini* constituirían una cena peligrosamente abundante. Montalbano se zampó cuatro y medio; Liliana, dos.

Hasta llegar a los *cannoli*, las palabras que cruzaron se redujeron a lo esencial.

Era imposible hablar, en efecto. El sabor y el aroma de los *arancini* eran tales que todos comían como en éxtasis, con los ojos entornados y una sonrisita de dicha en los labios.

—¡Son una exquisitez! ¡Están deliciosos! ¡Absolutamente increíbles! —exclamó Liliana al terminar.

Adelina le sonrió.

—*Signora*, he apartado cinco. Si mañana por la noche va a casa del *dottori*, podrá comer otra vez.

Habría hecho cualquier cosa con tal de perjudicar a su odiada Livia.

Hacia las once, Montalbano dijo que le había prometido a la señora Lombardo que no se retirarían tarde. Fue en ese momento cuando Pasquali le preguntó:

—¿Puedo hablar cinco minutos en privado con usted?

Fueron al dormitorio de Adelina. Pasquali cerró la puerta con pestillo.

—¿Sabía que salí de la cárcel hace tres días?

—No. ¿Por qué estabas dentro?

—Me detuvieron los carabineros de Montelusa. Por complicidad en robo con fuerza.

—¿Qué querías decirme?

—En la cárcel oí un rumor que parece que es algo más que un rumor.

—¿Qué se dice?

—Que los de Narcóticos están trabajándose a Tallarita y que Tallarita, al menos hasta hace unos días, estaba medio convencido de colaborar.

Los *arancini* y el *cannolo* habían enlentecido todo el sistema cerebral del comisario.

—¿Y quién es Tallarita?

—*Dottore*, es un traficante de drogas. Le cuento esto porque su familia vive en via Pisacane.

En un segundo, el sistema cerebral aceleró.

—Gracias, Pasquali.

—¿Sigue queriendo que hablemos? —preguntó Montalbano mientras subían al coche.

—Sí, si no es demasiado tarde para usted...

—No, no, qué va. ¿Vamos a su casa o a la mía?

—A la que quiera.

—En mi casa hay whisky para hacer la digestión; en la suya, vodka. Elija.

—El vodka se ha acabado y no me he acordado de comprar otra botella.

—Entonces no tiene elección.

El peso de los *arancini* en el estómago le hacía conducir despacio. Había poco tráfico. Liliana se arrellanó en el asiento, apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, asaltada quizá por un ataque de sueño. Sin duda había acompañado los *arancini* con demasiado vino. Para no despertarla, el comisario aminoró tanto la marcha que, justo cuando iba a girar a la izquierda y tomar la estrecha carretera que llevaba a casa, el motor se caló.

Arrancó de nuevo, pero maniobró mal. No sabía qué había hecho, pero el caso es que el coche dio un brusco brinco hacia delante, separándose unos centímetros del suelo. Justo en ese momento oyó un chasquido, como un impacto contra la carrocería, pero no se preocupó; debía de haber saltado una piedra.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó Liliana, irguiéndose y abriendo los ojos, asustada.

—Nada, nada —la tranquilizó el comisario.

—Perdone, pero me ha entrado muchísimo sueño.

—¿Quiere que lo dejemos para otro momento?

—Si no le importa... Además, Adelina ha decidido que mañana por la noche tengo que ir a comerme los *arancini* con usted.

—Estoy totalmente de acuerdo con Adelina.

La dejó delante de la verja.

—¿Necesita que la lleve mañana?

—Mañana no voy a trabajar. La tienda permanecerá cerrada por defunción; ha muerto la madre del propietario. Gracias por la velada, ha sido muy agradable. Buenas noches.

Es verdad que las cosas buenas se digieren sin dificultad, pero, si se comen en demasía, digerirlas requiere su tiempo.

Se llevó la botella de whisky, un vaso, el paquete de tabaco y el encendedor a la

galería, pero pensó que era mejor telefonar antes a Livia.

—Acabo de llegar —dijo ella.

—¿Has ido al cine?

—No, a cenar con unos amigos. Era el cumpleaños de mi compañera Marilù, ¿te acuerdas de ella?

No tenía la menor idea. Seguro que Livia se la había presentado en alguna de sus visitas a Boccadasse, pero no se acordaba.

—¡Pues claro! ¿Cómo no voy a acordarme de Marilù? ¿Y qué? ¿Estaba buena la cena?

—¡Mejor que esas horribles bazofias que te prepara tu amada Adelina!

¿Cómo se atrevía? Evidentemente, pretendía buscarle las cosquillas, pero esa noche él no tenía ganas de trifulca. Además, un enfado igual le cortaba la digestión, así que decidió darle carrete.

—Es verdad, algunas veces Adelina no... Esta noche no he podido comerme lo que había preparado.

—¿Ves como tengo razón? ¿Y te has quedado sin cenar?

—Casi. He tenido que conformarme con un poco de pan y salchichón.

—¡Pobrecillo!

Era el día de la compasión femenina. Al cabo de un rato se despidieron deseándose buenas noches.

Respecto a lo que ocurrió a continuación, al principio no sabía muy bien si lo estaba soñando o estaba sucediendo de verdad.

Acababa de terminarse la primera copa de whisky cuando distinguió, a la pálida luz de un cuarto de luna, una figura humana que caminaba despacio por la orilla del mar. Al llegar a la altura de la galería, se detuvo, levantó un brazo y lo saludó.

Entonces la reconoció. Era Liliana.

Montalbano cogió el tabaco y el encendedor y bajó a la playa. Ella había seguido andando. La alcanzó y se situó a su lado.

—Nada más entrar en casa, se me ha pasado el sueño —dijo Liliana.

Caminaron en silencio una media hora. Sólo se oía el murmullo de la resaca, como una música constante.

—¿Volvemos? —propuso ella al cabo.

Al dar media vuelta, sus cuerpos se rozaron. Con toda naturalidad, Liliana lo cogió de la mano y no lo soltó hasta que llegaron frente a la galería. Una vez allí, se detuvo, rozó con los labios los de él y se dirigió hacia su casa.

Montalbano se quedó mirándola hasta que su sombra se desvaneció en la oscuridad.

Ahora estaba seguro de una cosa: si Liliana había decidido no hablar con él esa noche, no era porque le había entrado sueño, sino porque lo que quería decirle no era



fácil de decir y le había faltado valor.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, al pasar por el chalet de los Lombardo observó que la ventana del dormitorio todavía estaba cerrada. Sin duda, Liliana aprovechaba que no tenía que ir a trabajar para levantarse más tarde.

En la puerta de la comisaría casi se dio de bruces con Fazio, que salía.

—¿Adónde vas?

—A ver si encuentro alguna información sobre la bomba de via Pisacane.

—¿Tienes prisa?

—No, señor.

—Entonces ven primero conmigo, que tengo que decirte una cosa.

Fazio lo siguió hasta su despacho.

—Anoche obtuve una información que me parece importante. Me la dio el hijo de Adelina.

Y le contó lo que le había dicho Pasquali.

—Según eso, entonces, ¿el destinatario de la bomba era Tallarita? —dijo al final Fazio—. ¿Le mandaron este mensaje: «Ándate con ojo, que si colaboras matamos a alguien de tu familia»?

—Exacto.

Fazio pareció dubitativo.

—¿Qué pasa?

—Me pregunto cómo es que los de Narcóticos, que sin duda se han enterado de la bomba, todavía no han puesto a la familia bajo protección.

—¿Estás seguro?

—*Dottore*, ayer pasé por delante del portal y no vi nada, ni coches ni hombres.

—Habría que averiguar si la familia Tallarita sigue ahí o la han trasladado a otro sitio.

—*Dottore*, siguen en via Pisacane. Estoy más que seguro.

El comisario tomó una decisión repentina.

—¿Cómo has dicho que se llama la mujer?

—Francesca Calcedonio.

—Voy a hablar con ella.

—¿Y yo qué hago?

—Tú ve a informarte con alguien de Narcóticos de cómo están realmente las cosas con Tallarita.

Le abrió un chico bien plantado, alto, moreno, de pelo rizado, aire atlético y ojos negros y brillantes. Iba en mangas de camisa, pero aun así presentaba un aspecto elegante.

—¿Qué desea?

—Soy el comisario Montalbano.

La primera reacción del chico, inmediata, fue darle con la puerta en las narices, pero se controló a tiempo y preguntó:

—¿Y qué quiere?

—Quisiera hablar con la señora Francesca Calcedonio.

¿Fue una impresión o realmente el joven pareció tranquilizarse un poco?

—Mi madre no está; ha salido a hacer la compra.

—¿Usted es Arturo?

Semblante de nuevo alarmado.

—Sí.

—¿Tardará mucho?

—No, señor. —Y de mala gana, en vista de que el comisario no se movía, añadió —: Si quiere entrar y sentarse...

Lo hizo pasar al comedor, modesto pero limpio. En una esquina había un sofá, dos butacas y el indefectible televisor.

—¿Le ha pasado algo a mi padre? —preguntó Arturo.

—Que yo sepa, no. ¿Está preocupado por él?

El chico pareció sinceramente asombrado.

—¿Por qué tendría que estarlo? Le he preguntado por mi padre porque no entiendo...

—¿Por qué he venido?

—Exacto.

El joven se había puesto nervioso. El comisario decidió jugar un poco.

—¿No se lo imagina? —preguntó con expresión enigmática.

Arturo palideció. No, no era el comportamiento de una persona que no tiene nada que ocultar.

—Yo... no...

La puerta de entrada se abrió y se cerró.

—Artù, ya he vuelto —anunció una voz femenina.

—Disculpe un momento —dijo el chico, aprovechando la ocasión para escabullirse.

Los oyó hablar en el recibidor y al cabo de un momento entró sólo la señora Francesca.

Aparentaba más edad de la que tenía, estaba gorda y jadeaba. Se dejó caer en una butaca, con un suspiro de cansancio.

—¿No se encuentra bien?

—Padezco del corazón.

—Sólo la entretendré unos minutos.

—Menos mal que Arturo no ha ido hoy a Montelusa a trabajar porque la tienda

está cerrada; si no, ya podría haber llamado, que no le hubiera abierto nadie. Mi hija Stella está en Palermo. Dígame.

—Señora, su marido está actualmente recluido en la cárcel de Montelusa cumpliendo una pena por tráfico de drogas.

—Sí, y no es la primera vez.

—¿Y usted vive aquí con sus dos hijos?

—Sí, señor. Pero quien está realmente conmigo es Arturo. Stella, desde hace dos años, va y viene de Palermo porque estudia en la universidad.

—De acuerdo. Lo que yo quisiera saber es si usted o alguno de sus hijos han recibido amenazas en los últimos tiempos.

La señora Francesca se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dice?!

—Quisiera saber si usted... —empezó Montalbano, paciente, pero la mujer había oído muy bien.

—¿Nosotros? ¿Amenazas? ¿De qué clase?

—No sé, llamadas, cartas anónimas...

—¿Qué quiere que le diga? Puedo jurárselo: aquí, en casa, no he recibido nada de nada. —Se quedó un momento pensando y de pronto dio una voz que sobresaltó a Montalbano—: ¡Artù!

El chico se presentó al punto; quizá estaba escuchando detrás de la puerta.

—¿Qué pasa, mamá?

—¿Has recibido en la tienda de Montelusa amenazas en forma de cartas o llamadas anónimas?

Arturo también puso cara de asombro.

—¿Yo?! ¡Nunca! ¿A santo de qué?

Madre e hijo dirigieron una mirada interrogativa al comisario, que se había preparado la respuesta.

—Hemos recibido una información según la cual el padre de un chico muerto por sobredosis quiere vengarse —explicó. Los dos permanecieron mudos, pero Arturo palideció—. Naturalmente, avisaré a mis compañeros de Narcóticos, pero mientras tanto organizaré una protección discreta. Necesito la dirección de Stella en Palermo y la de la tienda donde trabaja usted, Arturo.

Montalbano escribió en un papel las señas que le dieron, se despidió y se fue.

La visita no había sido completamente infructuosa; había obtenido algún resultado. Por ejemplo, a esos dos no les pasaba por la mente ni de refilón que ellos podían ser los destinatarios de la bomba. Y los de Narcóticos no habían contactado con los Tallarita en ningún momento.

Pero, sobre todo, ¿por qué Arturo se había puesto tan nervioso? Quizá había que darle algunas vueltas a esa cuestión.

—He tenido suerte —dijo Fazio—. Cinco minutos después de que usía se fuera, ha venido a saludarme Aloisi, de Narcóticos, que pasaba por aquí.

—¿Le has preguntado por Tallarita?

—Claro. Se ha quedado muy sorprendido.

—¿No sabía nada?

—Nada de nada. Según él, no hay ninguna negociación en marcha con Tallarita.

—¿No será una de esas operaciones supersecretas que los de Narcóticos...?

—Me lo habría dado a entender.

—Entonces, ¿Pasquali me contó un cuento chino?

—No creo que lo hiciera aposta. Es posible que alguien, informado de la relación de usía con Pasquali, se lo dijera sabiendo que antes o después él se lo contaría. Un intento de dar una pista falsa.

—Sí, seguro que es eso. Además, los Tallarita están sin protección y no piensan ni por asomo que la bomba fuera para ellos.

—¿Ve como todo cuadra?

—Sí, pero Arturo, el hijo, no me convence.

—¿En qué sentido?

—En mi opinión, sabe más de lo que dice.

—¿Quiere que siga indagando?

—Sí.

El comisario sacó el papelito en el que había apuntado las direcciones y lo miró.

—La tienda de Montelusa donde trabaja se llama A la Última Moda. Está en el ciento cuatro de via Atenea.

—La conozco.

¡Raro sería que no la conociera!

—Mientras me contabas lo de Aloisi, cada vez me convencía más de una cosa — continuó el comisario.

—¿De qué? —preguntó Fazio con interés.

—Una vez vi una película de Orson Welles. Una escena se desarrollaba en una habitación hecha de espejos y uno no sabía dónde se encontraba; perdía el sentido de la orientación y creía estar hablando con alguien que tenía delante, cuando en realidad lo tenía detrás. Me parece que quieren jugar con nosotros exactamente a eso, quieren llevarnos a una habitación de espejos.

—Explíquese mejor.

—Quieren que perdamos el sentido de la orientación. Están haciendo todo lo posible, y puede que lo imposible, para que no averigüemos a quién iba destinada la advertencia. Para ser claros, ya no pienso que la bomba fuera desplazada casualmente hacia el almacén de Arnone; estoy convencido de que la pusieron allí adrede.

—Empiezo a entender.

—Le mandan la carta anónima a Arnone, y al mismo tiempo propagan el rumor de la colaboración de Tallarita con la brigada de Narcóticos, con el resultado de que nosotros seguimos estando como al principio. Vamos a remolque de sus pensamientos, como perros con correa. Tendríamos que ser nosotros los que lleváramos la iniciativa a partir de ahora.

—Sí, pero ¿cómo?

—Ahí voy. Cuando te dije que vieras quiénes vivían en el veintiséis de via Pisacane, sólo me hablaste de Carlo Nicotra y de dos con antecedentes penales. Y la razón de que lo hicieras fue que, desde tu punto de vista de policía, eran las únicas personas interesantes. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Pues seguramente cometimos un gran error.

—¿Cuál?

—Limitarnos a esos tres. ¿Y si la bomba iba destinada a otro inquilino, uno sin antecedentes penales, alguien fuera de toda sospecha, alguien de quien todavía no sabemos nada? Tal vez se esfuerzan en impedir que lleguemos hasta él.

Fazio parpadeó.

—Es verdad.

—¿Cuántas familias viven en el veintiséis?

—Nueve. Tres por planta.

—Y nosotros nos hemos limitado a un tercio de los inquilinos. Así que...

—Así que me ocupo de eso ahora mismo.

Una vez que Fazio hubo salido, Montalbano miró el correo. La primera carta iba

dirigida a él y en el sobre ponía «personal».

La abrió. Enseguida notó que era una misiva anónima, aunque no estaba escrita a mano ni en letras de molde, sino con ordenador. Leyó:

*Cecè Giannino es un ladrón con mala suerte. Ha robado lo que no debía y no quiere devolvérselo a su propietario.*

Le entraron ganas de reír. Era la prueba palpable de lo que acababa de decirle a Fazio. Lo llamó por teléfono para que fuera a verlo. Y cuando Fazio llegó, le enseñó la carta.

—Lee. Han añadido otro espejo.

Fazio también sonrió.

El comisario fue el primer cliente que entró en la *trattoria*; era demasiado pronto. Enzo estaba viendo la televisión, sintonizada en Telegàta. Estaba hablando el periodista número uno de la cadena, Pippo Ragonese, que no sentía ninguna simpatía por el comisario y era ampliamente correspondido.

«... volviendo a la explosión de la bomba de via Pisacane, hemos sido informados, de forma absolutamente confidencial, de que voluntariosos ciudadanos han indicado al comisario Montalbano algunas pistas, esencialmente testimonios, ninguna de las cuales, sin embargo, ha sido tenida en cuenta por el inefable funcionario. En consecuencia, varios días después de la explosión, el brillante resultado obtenido es que no se sabe quiénes son los autores del atentado. ¿Tendremos que esperar a que estalle otra bomba para que el comisario Montalbano despierte de su largo sueño?»

—Voy a apagar el televisor, o ese grandísimo cabrón acabará por quitarle el apetito —dijo Enzo.

—Lo veo difícil. ¿Qué vas a traerme?

Se comió una ración doble de *antipasti* de marisco en la cara de Ragonese.

Después dio su paseo por el muelle, pero no estuvo mucho rato sentado en la roca plana. Se le había ocurrido una idea.

Al volver a la oficina llamó a Nicolò Zito, amigo suyo y director del telediario de Retelibera.

—Nicolò, ¿todos bien en la familia?

—Todos bien, sí. Dime.

—A la una he visto por casualidad a Ragonese en Telegàta.

—Yo también. Ya estás acostumbrado, ¿no? ¿Quieres contestarle?

—Indirectamente.

—¿Cuándo vienes, entonces?

—En lo que tarde en llegar.

Nada más salir de Vigàta, se encontró con un atasco. Se asomó por la ventanilla para mirar. Había un puesto de control de los carabinieri. Soltó una sarta de reniegos. A saber el tiempo que le harían perder. Al cabo de un rato decidió no seguir esperando, abandonar la cola e identificarse. Casi había llegado al principio de la fila cuando un carabiniere se dirigió a su encuentro.

—¿Adónde cree que va?

—Soy el comisario Montalbano.

—Apártese a la izquierda.

—Pero...

—¡Apártese a la izquierda y baje del coche!

El carabiniere no atendía a razones; estaba enfadado y llevaba una metralleta en la mano. Más valía no enfadarlo más.

Montalbano se apartó, bajó y en ese momento se armó la de Dios es Cristo.

Un coche de los grandes apareció a doscientos por hora, decidido a saltarse el puesto de control. Antes de echarse al suelo, Montalbano pudo ver que un tipo disparaba desde el automóvil en marcha contra los carabinieri.

Oyó pasar el coche cerquísima, y a continuación una ráfaga de metralleta. Los militares estaban respondiendo.

Tras un estruendo de motores en marcha, chirridos de neumáticos y sirenas, se hizo un silencio total.

Montalbano se levantó. El puesto de control ya no estaba: los carabinieri se habían lanzado a perseguir al vehículo. El comisario tuvo la presencia de ánimo de montar en su coche, arrancar e irse. Los demás automóviles seguían parados; los conductores se habían quedado boquiabiertos, les costaba recuperarse del susto.

Al final consiguió no llegar tarde a su cita con Nicolò, al que encontró bastante agitado.

—Acaban de llamar para decirme que ha habido un enfrentamiento armado en un control de los carabinieri nada más salir de Vigàta. ¿Sabes algo?

El comisario puso cara de sorpresa.

—¿En serio? Yo no he visto ningún control.

Si le decía la verdad, igual Nicolò quería entrevistarle de inmediato como testigo, y él no tenía ningunas ganas.

—Hagamos enseguida la entrevista —dijo su amigo—. Así la emito en el telediario de las siete, y vuelvo a pasarla a las ocho y a las doce. ¿Te parece bien?

—Muy bien.

*ZITO: Comisario, antes de nada le agradezco que haya tenido la amabilidad de*

concedernos esta entrevista. La bomba que explotó en Vigàta no causó muchos daños; sólo destrozó la persiana metálica de un almacén vacío. Sin embargo, es posible que perjudique a la imagen de la policía.

MONTALBANO: ¿Por qué?

ZITO: Se dice que esta vez algunos ciudadanos, a diferencia de lo que es habitual, le han enviado testimonios que al parecer no se han tenido en cuenta. Debido a...

MONTALBANO: Perdone que lo interrumpa, pero me veo obligado a corregirlo. No he recibido ningún testimonio, repito, ninguno, porque no ha habido ningún testigo.

ZITO: ¿Qué me dice, entonces, de las cartas que le han enviado?

MONTALBANO: Quisiera aclarar que se trata de cartas anónimas. Por tanto, de ciudadanos voluntariosos, sí, pero hasta cierto punto. Y no aportan ninguna prueba que avale sus afirmaciones. Además de eso, algunos rumores puestos hábilmente en circulación tampoco han encontrado confirmación.

ZITO: ¿Podría hablarnos del contenido de esas cartas?

MONTALBANO: Contienen suposiciones, mejor dicho, insinuaciones sobre posibles destinatarios de la bomba.

ZITO: No comprendo con qué finalidad las han escrito.

MONTALBANO: Muy sencillo: para despistarnos. Están ofreciéndonos pistas para confundirnos. Y todo ese esfuerzo confirma la opinión que me he formado.

ZITO: ¿Puede decírnosla?

MONTALBANO: No tengo inconveniente. Detrás de esta bomba se esconde algo muy gordo. No se trata de la habitual advertencia de la mafia por no pagar la cuota, aunque sea eso lo que quisieron hacernos creer en un primer momento. Ni siquiera es un intento de tapar la boca a alguien que se disponía a hablar. Y la tesis de que esa bomba pretende convencer a un ladrón de que devuelva lo robado es ridícula.

ZITO: ¿Y cuál es la conclusión?

MONTALBANO: La investigación sigue abierta. Pero me ha parecido conveniente tranquilizar a los ciudadanos sobre la presunta negligencia de las fuerzas del orden.

—Catarè, ¿está Fazio?

—No, señor *dottori*, pero hace como un cuarto de hora que llamó él mismo *pirsonalmente* en *pirsona* para decir que llegaría enseguida.

—¿Y el *dottor* Augello?

—Tampoco. Le pasé una llamada y después se fue.

—¿Adónde?

—No me lo dijo. Perdone, *dottori*, pero ¿sabe que ha habido un enfrentamiento armado con los carabinieri en un puesto de control?

—Lo sé, lo sé.

Entró en su despacho. Había cogido un puñado de papeles del montón para



firmarlos cuando se presentó Fazio.

—Un viaje en balde.

—O sea...

—He ido a Montelusa para hablar con alguien de la tienda de ropa, pero estaba cerrada.

—Pues vuelves mañana.

—¿Sabe que tiene un agujero? —preguntó de repente Fazio.

Instintivamente, Montalbano se miró la chaqueta y la camisa. Fazio sonrió.

—No; en el coche. Me he dado cuenta ahora, al aparcar a su lado.

—¿En el coche?!

Salió y fue al aparcamiento seguido de Fazio.

El agujero estaba en la puerta derecha, más o menos a la altura del respaldo del asiento del pasajero. Si te fijabas bien, era evidente que se trataba de un disparo.

Montalbano abrió la puerta. El proyectil había traspasado la carrocería y penetrado en el respaldo, en cuyo interior se había quedado.

Fazio estaba mudo, pálido y preocupado.

—No te alarmes —le dijo Montalbano sonriendo—. Ha sido una bala perdida; no iba dirigida a mí.

—¿Y cómo ha sido?

Le contó lo del enfrentamiento armado. Fazio soltó un suspiro de alivio.

—Pero ¿no puede circular por el mundo así!

—¿Qué propones?

—Mandaré que lleven el coche al chapista que trabaja para nosotros, para que le haga un arreglo rápido.

—Dile que saque el proyectil.

—Pero entonces, ¿tendrá que destripar el asiento!

—¿Qué le vamos a hacer! Paciencia...

—Esta noche lo llevará Gallo a Marinella —decidió Fazio—, y por la mañana irá a buscarlo. Si la reparación va para largo, ya veremos cómo lo organizamos.

—De acuerdo.

Media hora después apareció Mimì Augello.

—¿Dónde has estado?

—En via Pisacane.

—¿Por qué?

—He recibido una llamada, pero el tipo no me ha dado su nombre.

—¿Qué te ha dicho?

—Que la bomba explotó por casualidad.

Eso era una novedad.

—¿Cómo que por casualidad?

—Según él, la preparó un tal Russotto Filippo, que vive en el segundo piso del veintiséis de via Pisacane y que de vez en cuando hace bombas para la mafia. Parece que, mientras estaba trasladando la bomba al coche para entregarla a sus clientes, le surgió un contratiempo que no he entendido bien y la dejó en la calle.

—¿Y te lo has creído?

—Calma. Antes de ir he consultado el fichero. No había ningún cargo en su contra. Entonces he buscado el nombre de todos los que han tenido alguna relación con atentados con bombas. Pues bien, en un proceso de hace cinco años, un tipo nombró a Russotto Filippo como la persona que le había facilitado el explosivo, pero no pudo demostrarlo y Russotto salió bien parado de la acusación. Total, que, por si acaso, he decidido ir a ver cómo estaban las cosas.

—¿Y cómo estaban?

—Mal y bien, según cómo se mire.

—Explícate.

—Russotto, tal como me ha dicho su mujer, está ingresado desde hace diez días en el hospital de Montelusa para una serie de pruebas. Al parecer tiene algo en los pulmones. Se ve que quien me ha telefoneado no estaba al corriente de este detalle.

Otro intento vano de añadir un espejo.

Fazio volvió y Montalbano lo puso al corriente de lo que le había sucedido a Augello.

—Lo están intentando todo —dijo Fazio.

—¿Cómo ha ido en el chapista?

—*Dottore*, incluso yendo a toda velocidad, no puede tener el coche listo antes de cuatro días.

Montalbano soltó una maldición.

—¿Y cómo voy a arreglármelas?

—Ese asunto ya está resuelto. He pedido un coche que se conduzca igual que el suyo. Está en el aparcamiento: es el gris de al lado del mío. Aquí tiene las llaves. — Las dejó encima de la mesa—. Y éste es el proyectil —añadió.

Montalbano lo cogió para examinarlo.

—¿Seguro que es éste?

—*Dottore*, ¿cuántos proyectiles quiere que hubiera en el relleno de su asiento?

—Pero ¡esto es un proyectil especial de fusil!

—¿Y qué?

—No lo utilizan los carabinieri.

—Pero, si no me equivoco, ¿no dice usía que un tipo disparaba desde un coche?

—¡Sí, pero no con un fusil!

—Igual usía no se ha dado cuenta de que había también alguien con un fusil.

Montalbano se quedó pensativo. Hizo memoria para reproducir en su mente la

escena del puesto de control y llegó a una conclusión.

—¿Sabes qué voy a hacer? Voy a hablar con el teniente Vannutelli.

Lo llamó por teléfono y el teniente le dijo que lo esperaba en el cuartel.

Prefirió ir a pie; no había tenido tiempo de probar el coche prestado.

—¿Habéis conseguido atraparlos?

—No; se han escapado.

—¿Te han contado que yo estaba allí?

—¡¿Tú?!

Montalbano le relató lo sucedido y le enseñó el proyectil. Vannutelli lo miró y puso cara de perplejidad.

—¿Y esto de dónde ha salido? Se han disparado metralletas, no fusiles.

—Precisamente por eso estoy aquí. El orificio de la puerta de mi coche es perfectamente redondo, así que debieron de disparar desde un punto paralelo a mi vehículo —expuso Montalbano.

Vannutelli siguió mirándolo con expresión interrogativa.

—El carabinero me paró justo a la altura del primer coche de la fila que iba hacia Montelusa. El disparo sólo pudo proceder de ese coche o del que estaba justo detrás.

—Me parece entender que, según tu hipótesis, los que se saltaron el puesto de control tenían cómplices armados.

—Exacto.

—Te agradezco la información. Hablaré con el suboficial que montó el puesto de control y te diré algo.

El comisario entró en la oficina y llamó a Fazio.

—¿Tienes a algún amigo en la Científica?

Montalbano sentía una profunda antipatía por el jefe de la Policía Científica. Sólo de verlo le entraba dolor de tripa. Y era ampliamente correspondido.

—Sí, señor.

Le tendió el proyectil.

—Enséñaselo en privado.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que sea posible.

—¿Tiene prisa?

—No.

—Entonces se lo llevaré a Montelusa mañana por la mañana.

Cuando se disponía a salir para Marinella, lo llamó el teniente Vannutelli.

—He tenido una larga conversación con el suboficial Capua y con el carabinero de primera De Giovanni, que es el que te dio el alto y se acordaba perfectamente de

ti.

—¿Qué te han dicho?

—Que tu hipótesis no se sostiene.

—¿Por qué?

—Porque justo cuando llegó el coche que se saltó el puesto de control, Capua estaba examinando precisamente el primer vehículo de la fila, y está más que seguro de que desde allí no disparó nadie. En cuanto a De Giovanni, después de hacerte parar, estaba dirigiéndose hacia el segundo coche y se pegó a él para protegerse cuando apareció el que iba a toda velocidad. Si hubieran disparado desde ese segundo vehículo, le habrían dado a él.

Una explicación impecable; no dejaba ningún resquicio.

Entonces, ¿cómo se explicaba el agujero?

Fue al aparcamiento, montó en el coche que le había conseguido Fazio y dio tres vueltas de prueba dentro del recinto. Se encontró cómodo conduciéndolo, así que se dirigió hacia Marinella.

## 6

En el chalet de los Lombardo estaban las luces encendidas. Eso significaba que Liliana se encontraba en casa, aunque no se la veía. ¿Acudiría a comerse los *arancini*, como había prometido? Montalbano, a saber por qué, se temía que en el último momento buscara una excusa para no ir. Al meter la llave en la cerradura, oyó el teléfono. Era algo que sucedía a menudo, como si el teléfono percibiera a distancia la llegada del coche y empezara a sonar de forma que él no tuviese tiempo de contestar. Se apresuró todo lo que pudo, pero cuando levantó el auricular ya sólo se oía la señal de tono. Fue directamente a la cocina, sacó los *arancini* del frigorífico y los metió en el horno, que puso a temperatura baja. Se dirigió al cuarto de baño para lavarse un poco y luego encendió el televisor para ver la entrevista que le había hecho Nicolò. Después lo apagó y fue a poner la mesa en la galería.

Al terminar, se sentó en el banco, encendió un cigarrillo y se puso a pensar en lo que lo estaba corroyendo: ¿desde dónde podían haber disparado a su coche?

El orificio de entrada hablaba claro: no presentaba irregularidades, era limpio y perfectamente circular. El arma la había disparado alguien situado en paralelo al coche, por lo que, si la reconstrucción de los carabinieri era correcta, el tirador sólo podía encontrarse al otro lado de la fila de vehículos, en el campo que bordeaba la carretera.

Pero eso tampoco era posible, porque en ese caso el proyectil tendría que haber ido a parar forzosamente, antes que a su coche, a uno de los que hacían cola.

A no ser que el tirador estuviera en el primer piso de alguna casa. Pero entonces el orificio de entrada tendría una forma casi ovalada.

No había ninguna explicación.

Miró el reloj: nueve menos cuarto. Liliana estaba tardando mucho. ¿O acaso le había faltado valor de nuevo, como se temía?

Sonó el teléfono. Se quedó un momento dudando si contestar o no. Podía tratarse de Liliana o de algún gilipollas que le estropearía la velada.

Fue a contestar.

—¿*Dottor* Montalbano?

—Sí.

—Soy Liliana.

—¿No viene?

—He llegado hasta su puerta, pero al ver un coche que no conozco he pensado que...

—No, no; es el mío.

—¿Por qué se lo ha cambiado?

—Me he visto obligado a hacerlo. Luego se lo explico.

—¿Está solo?

—Sí.

—Entonces, voy para allá.

Montalbano fue a abrir y se quedó en la puerta para verla llegar vestida con pantalones y blusa, quizá porque tenía que decirle algo serio. Pero ¡qué guapa era! A modo de saludo, le estrechó la mano con una sonrisa tensa en el semblante pálido.

Él la hizo pasar a la galería y le ofreció asiento. No le gustaba que Liliana estuviera tan seria y ligeramente preocupada, como si fuera a someterse a un interrogatorio; sería mejor que se relajara un poco, de ese modo le resultaría más fácil hablar.

—Tengo en el frigorífico una botella de aquel vino que le gustó.

—¿Por qué no?

Después de beberse media copa, suspiró hondo y recuperó un poco de color.

—¿Por qué ha tenido que cambiar de coche?

El comisario le contó lo del tiroteo en el puesto de control, aunque sin decirle que los carabineros descartaban que la bala procediese de esa situación.

Ella ya estaba más distendida.

—¿Voy a buscar los *arancini*?

—Lo acompaño.

—Llevemos los platos.

En cuanto Montalbano abrió el horno, salió un olor delicioso, que resucitaría a un muerto.

—Como hay que comerlos bien calientes, cojamos de momento solamente uno por cabeza y después volvemos por más.

—Muy bien.

Se los comieron en un abrir y cerrar de ojos, acompañados del resto del vino.

—¿Vamos? —propuso Liliana.

—Vamos.

Liliana abrió el horno, puso dos *arancini* en el plato del comisario y el que quedaba en el suyo.

—Así no hacemos más viajes.

Montalbano cogió otra botella de vino.

Esta vez los degustaron poco a poco, sin hablar, sonriéndose sólo con los ojos.

Liliana volvía a ser la de siempre, cordial y sonriente; los *arancini* habían obrado el milagro de aligerarla del peso de las palabras que tendría que pronunciar.

—Si se ha quedado con hambre, tengo un queso exquisito.

—¿Está de broma?

Liliana ayudó a quitar la mesa y sacar el whisky, los vasos y el cenicero. El comisario observó que se servía una dosis generosa.

—¿Me da un cigarrillo?

Se lo fumó.

—¿Podría apagar la luz, por favor?

Quizá pensaba que la oscuridad le permitiría sentirse más cómoda.

El comisario apagó la luz. Pero, entre la que llegaba del comedor y la claridad de la noche, había suficiente para verse las caras. Liliana empezó a hablar en voz baja.

—Quiero explicarle por qué no he presentado una denuncia por los daños causados a mi coche.

Montalbano guardó silencio. Sabía por experiencia que cualquier pregunta que hiciera en ese momento, incluso el simple sonido de su voz, podía producir un efecto indeseado.

—Sé quién lo hizo.

Esta vez la pausa fue larga.

—Y por nada del mundo quisiera hacerle daño. Su comportamiento fue una reacción infantil, dictada por la rabia. No se repetirá; estoy convencida.

Se sirvió más whisky.

—Ahora viene la parte más difícil para mí.

Llegados a ese punto, el comisario se decidió a hablar.

—Oiga, Liliana, por mí puede dejar el asunto aquí. No está obligada a darme ninguna explicación de sus actos. Menos aún si se trata de motivaciones que supongo que son... cómo diría... estrictamente personales.

—Ya, pero de todos modos quiero decírtelo.

De pronto había pasado al tuteo. El comisario sintió un ligerísimo malestar. Ese «tú» acertaba, y bastante, una distancia que él habría preferido que siguiese siendo la que era.

—¿Por qué?

—Porque quisiera tenerte como amigo. Quisiera poder pedirte consejo, ayuda... Verás... no tengo a nadie con quien hablar, sincerarme... Es una situación que a veces me resulta insoportable. Y tú eres un hombre que transmite tal sensación de solidez, de seguridad...

Como estaban sentados uno al lado del otro en el banco, ella se acercó hasta pegarse al cuerpo de Montalbano y apoyó la cabeza en su hombro mientras seguía hablando.

¿Adónde quería ir a parar?

—Te hablo con el corazón en la mano, sin ocultarte nada. Adriano y yo no mantenemos relaciones desde hace dos años; nos hemos convertido en dos extraños. No sé cómo ha sucedido, pero el hecho es ése. Un mes después de llegar a Vigàta, encontré trabajo en Montelusa como encargada en una gran tienda de ropa de hombre y mujer. Se llama A la Última Moda. Uno de los dependientes es un joven de

veintipocos años, un chico muy guapo, alto, atlético...

En la cabeza del comisario apareció un nombre iluminado con luces de neón: «Arturo Tallarita». No obstante, no abrió la boca.

—Resumiendo, me resistí hasta que no pude más. Pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que se trataba de un tremendo error. Demasiado joven, impulsivo, posesivo... Y le prohibí que volviera a venir. La otra noche vino a buscarme un amigo, me acompañó muy tarde a casa, y a la mañana siguiente el coche estaba... ya lo viste. Al llegar al trabajo mandé llamarlo y... se echó a llorar, confesó, me suplicó que no lo denunciara. Y eso es todo.

No, no era todo. ¿Y el hombre del Volvo? Pero Liliana estuvo un rato en silencio. Le había pasado un brazo alrededor de los hombros y lo atraía hacia sí.

—¡Qué bien estoy contigo! —susurró, los labios casi tocándole la oreja. Bastaba con que Montalbano volviera un poco la cabeza...

Sonó el teléfono.

—Disculpa —dijo entonces el comisario, liberándose del abrazo.

Era Livia.

—¿Estás solo?

Pero ¿por qué le hacía esa pregunta? ¿Acaso tenía un sexto sentido? ¿O una bola de cristal?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¡Qué habladores estamos! ¿No puedes hablar o no quieres?

—Te he dicho que...

—Vale, vale, no te molesto más.

Y colgó.

Cuando el comisario volvió a la galería, Liliana estaba apoyada en la barandilla. El momento mágico había pasado. No era probable que, al menos esa noche, se repitiese. Montalbano se puso a su lado y encendió un cigarrillo.

Ella esperó a que se lo terminara antes de decir:

—Se ha hecho tarde. Me voy a casa.

—Si quieres quedarte un poco más, no...

Liliana miró el reloj y se sobresaltó.

—¡Qué tarde se ha hecho! ¡Dios mío, no, gracias; tengo que irme enseguida!

¿Cómo es que le entraba tanta prisa?

—Te acompañó hasta tu casa.

—No.

Fue un «no» tan seco que Montalbano no replicó. Liliana entró en la casa y el comisario la siguió. Al llegar ante la puerta, ella le tendió la mano.



—Gracias por la agradable velada, por los *arancini* y por toda la paciencia que has tenido conmigo.

—¿Hasta mañana a las ocho?

—Si no es molestia...

De pronto le rodeó el cuello con los brazos, lo besó en la boca, abrió la puerta, salió y cerró a su espalda.

Montalbano volvió a sentarse en la galería.

La querida y atractiva Liliana le había contado la verdad, pero no toda, sólo de la misa la mitad. Aunque era suficiente para explicar el nerviosismo de Arturo cuando él se presentó en casa de los Tallarita. Evidentemente, el chico pensó que Liliana había cambiado de opinión y presentado una denuncia por los daños causados al coche. Tenía que avisar a Fazio para que no indagara sobre Arturo; ahora ya estaba todo claro.

En cambio, lo que seguía de lo más oscuro era el comportamiento de Liliana con él. Había representado, desde luego muy bien, un inicio de seducción en toda regla. Una táctica perfecta. Pero quizá era demasiado pronto para preguntarse la razón; había que esperar a otro encuentro para tener las ideas claras. En cualquier caso, era más que evidente que Liliana quería ponerlo de su parte, tenerlo como aliado.

Pero ¿contra quién? ¿Cuál era la otra mitad de la misa?

Hizo una apuesta consigo mismo. Y mientras la hacía, se echó a reír.

Para averiguar si la había ganado o perdido, quizá era mejor esperar un rato más. Así que se sirvió tres dedos de whisky y se los bebió despacio, con toda tranquilidad.

Luego entró en casa y abrió la puerta principal sin encender la luz del recibidor.

Echó a andar por el estrecho tramo de carretera. Cuando tuvo a la vista la verja del chalet de los Lombardo, sintió una profunda decepción. Se había equivocado de medio a medio.

Dio media vuelta para dirigirse a su casa. Pero aún no había dado tres pasos cuando lo pensó mejor y volvió a girar sobre sus talones para acercarse más al chalet.

Llegó a la verja y desde allí vio el Volvo verde aparcado en el jardín. Por la ventana del dormitorio se filtraba un hilo de luz.

Había ganado la apuesta.

Durmió mal; había sido un error no dar un buen paseo después de los *arancini*.

Se despertó a las seis y media, pero necesitó un tazón de café para estar en condiciones de llegar al cuarto de baño.

Estaba a punto de meterse en la ducha cuando oyó el teléfono. Era Fazio.

—*Dottore*, perdone, pero quería decirle que esta mañana ha explotado otra bomba.

Soltó un juramento. ¿Le habían cogido el gusto?

—¿Delante de un comercio o de un portal?  
—De un almacén.  
—¿Daños personales?  
—Un transeúnte herido. Lo han llevado al hospital de Montelusa.  
—¿Grave?  
—No, señor.  
—¿Está Augello contigo?  
—Sí, señor.  
—Entonces no hace falta que vaya yo. Nos vemos más tarde en la comisaría.

Liliana estaba ante la verja. Fresca, descansada y perfumada, con una amplia sonrisa más luminosa que el sol. No llevaba pantalones y blusa, sino uno de sus vestiditos arruinafamilias.

—Hola.

En cuanto estuvo dentro del coche, se volvió hacia Montalbano para besarle en la mejilla.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Más o menos. ¿Y tú?

—De maravilla. Como un tronco, a pesar de los *arancini*.

Estaba claro que le sentaban bien. Y menos mal que esta vez no había sacado a relucir a los angelitos.

—¿Te dejo en la parada del autobús?

—Sí, pero antes, si no te importa, tendría que pasar un momento por el café Castiglione. Quiero comprar unos *cannoli* para una dependienta; hoy es su cumpleaños.

Cuando llegaron, Liliana dijo:

—Entra tú también; te invito a un café.

Un café no se rechaza nunca. El local estaba abarrotado de gente desayunando; unos cuantos saludaron al comisario. Liliana pidió diez *cannoli* en la barra y luego, mientras tomaban el café, se le acercó tanto que lo tocaba con la cadera.

Después se dirigió a la caja para pagar y el comisario se quedó hablando con un conocido.

—Salvo, ¿por casualidad tienes dos euros? —preguntó Liliana en voz alta.

Montalbano se despidió del conocido, fue hasta la caja, le dio los dos euros a Liliana y regresaron al coche.

Mientras se dirigía a la comisaría, después de dejar a su vecina en la parada del autobús, Montalbano no pudo evitar sonreír. Pero ¿qué habilidad había tenido Liliana para que todos los presentes en el café vieran que ellos dos eran amigos! ¿Y quizá algo más que amigos!

Se jugaba las pelotas a que llevaba el bolso lleno de monedas; le había pedido

dinero para poder llamarlo por su nombre delante de todos.

Poco a poco, las piezas del puzzle estaban encajando.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori!*

Ésa era la letanía especial que entonaba Catarella cuando había una llamada del jefe superior.

—¿Ha llamado el jefe superior?

—Sí, *signor dottori*, no hace ni diez minutos. Lo quería a usía o al *dottori* Augello, y como usía aún no se encontraba *in situ*, se lo he pasado al *dottori* Augello, que sí estaba *in situ*, el cual ha salido enseguida después de hablar con él, que es el antedicho, o sea, el *signor jefe superior*.

En su despacho encontró a Fazio esperándolo.

—¿Sabes qué quería el jefe superior?

—No, señor.

—Bueno, ¿qué me dices de esa bomba?

—*Dottore*, era igual que la de via Pisacane, también estaba metida en una caja de cartón. Ésta la han puesto delante de la persiana metálica de un almacén de via Palermo.

—¿Un almacén de qué?

—Ahí está el busilis. Es otro almacén vacío.

—¿En serio?

—Dejó de estar arrendado hace tres meses.

—¿A quién pertenece?

—Pertenece a un jubilado, Agostino Cicarello, antiguo empleado de correos. Murió el mes pasado. He hablado con su mujer y me ha dicho que era el único bien que poseía.

—Entonces hay que descartar un impago a la mafia.

—Sin duda. Y otra cosa: no hay posibilidad de error porque se trata de un almacén aislado, sin viviendas contiguas.

—Pero ¿qué quieren demostrar?

—Ufff..., a saber... —dijo Fazio, levantándose.

—¿Adónde vas?

—A Montelusa, a llevarle el proyectil a mi amigo de la Científica, como usía me pidió.

—Ah, sí, gracias. Oye, por cierto, olvídate de Arturo Tallarita.

—¿Por qué?

—Porque me he enterado de por qué estaba tan nervioso. Fue él quien destrozó el motor del coche de la señora Lombardo.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Me lo contó anoche la señora Lombardo.

—Ah —dijo Fazio, y se quedó parado.

—¿Qué pasa?

—Cuando usía me habló de Arturo, pensé que podía estar nervioso por otro motivo.

—¿Cuál?

—Que conocía el rumor de que su padre quería colaborar, y estaba asustado.

—¿Por la bomba?

—No, por la bomba no, por Carlo Nicotra, que vive en el mismo edificio.

—¿Y qué tiene que ver Nicotra?

—Tiene que ver porque Tallarita padre vendía droga a las órdenes de Nicotra.

Montalbano se quedó pensando un momento.

—Continúa indagando sobre Arturo y los otros inquilinos.

A media mañana lo llamó Catarella. A Montalbano le costó un poco levantar el auricular, tenía el brazo anquilosado. Se le estaba desgastando a fuerza de firmar papeles.

—*Dottori*, no está en la línea en tanto en cuanto se encuentra *in situ* el *signor* chapista, que desea hablar con usía personalmente en persona.

—¿Cómo has dicho que se llama? ¿Chapista?

Catarella no respondió.

—¿Te has quedado mudo?

—No, *signor*; yo hablo, pero pido comprensión y perdón, *dottori*: no sé cómo se llama. Si usía lo desea, se lo pregunto.

—Entonces, ¿por qué has dicho que es el señor Chapista?

—Porque es chapista.

Ah, claro, debía de ser Todaro, el chapista que estaba trabajando en su coche.

—Hazlo pasar.

Todaro era un hombretón alto, gordo y pelirrojo, y al comisario le caía bien. Pese a ser una mole, de carácter era más bien tímido.

El comisario le estrechó la mano y le ofreció asiento.

—Dime.

—Perdone, *dottore*, pero ¿no está Fazio?

—No; acaba de salir.

Todaro torció la boca.

—Lástima, sería mejor que estuviera.

—¿Por qué?

—Para confirmar lo que creo que me dijo cuando me trajo su coche.

—¿Qué te dijo?

—Que el agujero era muy reciente, de ese día, ya que usía se había encontrado esa misma tarde en medio de un tiroteo de los carabinieri.

Montalbano prefirió no decirle que en realidad no se sabía cómo había sucedido.

—Lo que Fazio te dijo es correcto.

Todaro pareció no saber qué hacer.

—Entonces, si usía lo confirma... —replicó al cabo de un momento, haciendo ademán de levantarse.

—Espera. ¿Qué querías decirme?

—Es que ahora ya no sé si viene a cuento.

—Adelante. ¿Hay algo que no te cuadra?

—No quisiera entrometerme... Si usía y Fazio me dicen una cosa, para mí es como la Biblia.

Mientras tanto, el comisario estaba recordando todas las dudas que lo habían asaltado después de que Vannutelli descartara la posibilidad de que hubieran disparado con fusil desde uno de los coches de la fila. Quizá el chapista había descubierto algo que podía servir para explicar el misterio.

—Olvídate de la Biblia y habla claro.

—Perdone si antes le hago una pregunta... ¿Puedo?

¡Joder, qué pesado!

—Hazla.

—Usía, después del tiroteo, ¿circuló mucho rato por algún camino rural o sin asfaltar?

—¡Qué va! Llegué a Montelusa, paré en un aparcamiento asfaltado y después volví aquí.

—¡Ah!

—Pero ¿qué es lo que no te convence?

—Que, en mi opinión, el agujero fue hecho antes.

Montalbano aguzó el oído.

—¿Estás seguro?

Todaro se revolvió en la silla.

—No es que el asunto me importe, ni que tenga curiosidad, pero me parecía que era mi deber...

—Está bien, está bien, pero cuéntame cómo has llegado a esa conclusión, por favor.

Todaro se armó de valor.

—La misma tarde que Fazio me trajo el coche, puse manos a la obra y me di cuenta de lo que voy a decirle. No le informé enseguida porque me parecía que no era de mi incumbencia, pero al final me decidí. Así que lo busqué ayer por la tarde en la comisaría, pero me dijeron que se había ido a Marinella; lo busqué en Marinella, pero no me contestó nadie.

El comisario estaba a punto de perder la paciencia.

—Está bien, pero ¿de qué te diste cuenta?

—*Dottore*, el orificio de entrada del proyectil levantó la pintura de alrededor, pero no tanto como para que saltara. Se formó como una borbolla. ¿Me explico?

—Te explicas perfectamente.

—Dentro de esa borbolla encontré demasiado polvo, más del que se puede acumular en medio día.

Tenía buen ojo, el chapista.

—Y hay otra cosa —continuó Todaro.

—Dímela.

—He trabajado con montones de coches de la policía con balazos, metralla...

Algunos proyectiles, al atravesar una chapa de hierro, producen en la parte interior del orificio cierta oxidación. Ahora bien, ese efecto empieza a notarse al menos veinticuatro horas después, no puede suceder en menos de medio día. Y de hecho ahora está, pero no estaba cuando Fazio me trajo el coche.

El comisario lo miró con admiración.

—¿Por qué no haces que te contraten como asesor en la Científica? Eres mejor que muchos de ellos.

—Gracias, pero soy mejor chapista todavía.

Cuando Todaro se hubo ido, Montalbano estuvo media hora devanándose los sesos con aquel problema.

Había que descartar la posibilidad de que él se encontrara dentro del vehículo cuando dispararon. Habría tenido que darse cuenta forzosamente, eso era impepinable, a menos que hubiera perdido el conocimiento. Y no lo había perdido.

Así que, por lógica, habían disparado contra su coche cuando él no estaba presente.

Pero ¿cuándo? ¿Y dónde?

Desde luego, no mientras estaba aparcado en Retelibera. Y tampoco en Marinella. Si hubiera ocurrido de noche, el tiro lo habría despertado.

En los últimos días no había hecho otra cosa que ir y volver de Vigàta a Marinella, con una visita a Montelusa.

¿Dónde había estado aparcado el coche mucho rato? Ah, sí, delante de casa de Adelina. ¿Le habrían disparado entonces?

—¿Se puede? —dijo desde la puerta Mimì Augello.

—Pasa y siéntate. ¿Qué quería el jefe superior?

—Parece que los sindicatos están organizando una manifestación.

—Pues menuda novedad.

—Se trata de nuestros sindicatos, los de la policía. Una manifestación nacional, delante del Parlamento, para protestar contra los recortes.

—¿Y qué le va ni le viene al señor jefe superior? ¿Le molesta? ¿Quiere intentar impedirlo?

—Quería informarse de cuál es la situación en nuestra comisaría.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no sabía nada. Y es la verdad.

—Has hecho bien. Pero hazme un favor personal: infórmate, intenta averiguar algo.

—¿Por qué?

—Porque no quisiera que hiciésemos un mal papel. Nuestra representación en la manifestación debe ser considerable. ¿Queda claro?

—Clarísimo —dijo Mimì.

Fazio volvió tarde, cuando Montalbano ya estaba pensando en irse a comer. Tenía la cara de las grandes ocasiones.

—¿Qué hay?

—Traigo un cargamento especial.

—Habla.

—Mi amigo de la Científica dice que se trata de la ojiva de un cartucho no usual utilizado en fusiles de alta precisión, de los que llevan mira telescópica.

—¿Como aquel con que dispararon a Kennedy?

—Sí, más o menos. Pero no ha podido decirme nada más.

—Pues yo sí que tengo algo más que decirte.

Y le contó la visita de Todaro.

—La única explicación posible —dijo Fazio— es que dispararan contra el coche mientras usía no estaba.

—Sí, a esa misma conclusión he llegado yo.

—Y no puede ser una amenaza o una intimidación, porque si no llego a decírselo yo, casi seguro que usía no habría visto el agujero. Si hubieran querido mandarle una advertencia clara, una que le llegara sin lugar a dudas, le habrían disparado una ráfaga de metralleta en todo el lateral.

—¿Entonces...?

—En mi opinión, es una bala perdida de alguien que disparaba para practicar y usía no tiene nada que ver en el asunto.

—Pero ¿dónde fue? ¿Y cuándo?

Fazio abrió los brazos.

—Cambiemos de tema —dijo de pronto el comisario—. Has dicho que traías un cargamento especial.

—Ah, sí. Aprovechando que estaba en Montelusa, he pasado por la tienda de ropa. Total, nadie me iba a reconocer.

—¿Arturo Tallarita tampoco?

—No creo que el chico sepa quién soy. Y de todos modos, suponiendo que me reconociera, tanto mejor, así se pondría más nervioso. Y el nerviosismo empuja a hacer tonterías.

—Continúa.

—La tienda es realmente grande, ocupa tres plantas. Y está muy bien surtida, hay ropa buena y a buen precio. Vale la pena. Debería pasarse por allí usted también.

El comisario lo miró atónito.

—Pero ¿te pagan por hacerles propaganda?

—No, señor; la hago gratis.

Pero bueno, ¿esa mañana tenían todos ganas de perder el tiempo?

—Al llegar —prosiguió Fazio—, he visto a Tallarita atendiendo a un cliente en la



planta baja y a la señora Lombardo en el primer piso. Hay como mínimo una decena de dependientes, entre hombres y mujeres. Después de mirar un rato, he visto un traje que me gustaba. Y un dependiente me ha acompañado a uno de los probadores. Era el penúltimo.

Montalbano resopló.

—Tenga un poco de paciencia. Los probadores están todos en fila, separados por cortinas, y tienen al fondo un gran espejo. Acababa de quitarme los pantalones cuando he oído entrar a dos personas en el probador de al lado, que era el último de la fila. Me he puesto los pantalones nuevos y me he mirado en el espejo.

—¿Cómo te quedaban?

Fazio lo miró, preguntándose si el comisario estaba tomándole el pelo, pero al cabo siguió con su relato.

—Por lo visto no habían corrido del todo la cortina que separaba los dos probadores, porque mi espejo reflejaba la imagen del espejo del probador contiguo y...

—Un momento. Si los espejos de los probadores están uno junto a otro, o sea, orientados en la misma dirección, tu espejo no podía reflejar la imagen que...

—Sí podía, porque el espejo del último probador no está colocado al fondo, justo enfrente de la entrada, como los demás, sino en el lado derecho. ¿Me explico?

—Perfectamente. ¿Y qué has visto?

—A Arturo y la señora Lombardo besándose. Estaban completamente ensimismados.

El mazazo fue fuerte.

Un juego de espejos. Otro. Y esta vez no metafórico, pero que había servido para revelar una verdad.

Montalbano reaccionó ante la noticia que lo había dejado de piedra como sólo él sabía hacer.

—¿Y al final te has comprado el traje?

El comisario fue a la *trattoria*. Comió sin ganas, indudablemente por culpa de la historia de Fazio. Enzo se dio cuenta.

—¿Qué le pasa?

—Estoy pensativo.

Enzo repitió una frase que le gustaba bastante:

—Panza y pito, de pensar no son amigos.

La cuestión era que los pensamientos tienes que llevarlos encima a la fuerza, no son un paraguas que dejas a la entrada.

Durante el paseo por el muelle y después, sentado en la roca plana, no hizo más que pensar en Liliana y Arturo besándose a escondidas en el probador.

Estaba claro que la vecina no le había contado de la misa ni siquiera la mitad,

como él había creído. Quizá un cuarto escaso.

Con toda probabilidad tenía dos amantes a la vez, Arturo y el del Volvo. Y a saber si, en ese laberinto de embustes, era verdad que Arturo le había destrozado el motor.

¿O quizá Fazio había asistido a un violento e imprevisto reavivamiento de la llama de la pasión, cosa, por lo general, bastante peligrosa?

Se encontraba desde hacía días ante una serie de hechos en apariencia erráticos, que podían resumirse en los siguientes puntos:

¿Cuándo, dónde y por qué habían disparado contra su coche?

¿Por qué ponían bombas delante de almacenes vacíos?

¿Por qué Liliana había ido a contarle una sarta de mentiras?

¿Y por qué había querido fingir que mantenía con él una estrecha amistad o algo más?

Bruma densa.

Amargamente desconsolado, pensó que diez años antes habría podido encontrar al menos el principio de una respuesta a una de esas preguntas.

Ahora, en cambio, procedía con lentitud en todo, pasito a pasito, como...

... como un viejo, digámoslo claramente.

Ahora sentía que le faltaba ímpetu, lo que te empuja hacia delante, lo que...

«¡No me salgas otra vez con esa monserga de la vejez que se acerca a pasos agigantados! —intervino, fuera de sí, Montalbano segundo—. ¡Estás convirtiéndolo en una coartada que te resulta cómoda! ¡Y encima eres un hipócrita, porque lo sabes de sobra! ¡Así que, si necesitas tu propio hombro para llorar, para desahogarte, adelante, úsalo, pero no más de cinco minutos, porque si no acabas tocándote las pelotas a ti mismo y tocándoselas a los demás!»

Y en ese preciso momento al comisario se le ocurrió una posible respuesta para una de las muchas preguntas que lo asediaban.

«Gracias por la ayuda», le dijo Montalbano primero a Montalbano segundo.

Y se fue a toda prisa a la comisaría.

En el aparcamiento, antes de bajar del coche, cogió un papel y escribió la matrícula del Volvo verde. Si se la decía de viva voz, Catarella era capaz de organizar tal lío que al final nadie entendería nada.

—Catarè, averigua a quién pertenece este coche. Telefona a Tráfico, al Automóvil Club, a Dios Padre si hace falta, pero dentro de un cuarto de hora como máximo quiero tener la respuesta.

Catarella fue puntual como un reloj suizo. Llamó al comisario en cuanto expiró el plazo.

—*Dottori*, el susodicho automóvil es propiedad del *signor* Addonato Micciché, que es de aquí, o sea, que vive, en tanto en cuanto es residente, en Vigàta.

—¿Tienes su dirección?

—Sí, *signor*. Via Pissaviacane, veintiséis.

Montalbano dio un respingo en la silla. Pero bueno, ¿es que no había más calles en Vigàta?

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De la dirección.

—Como de la muerte, *dottori*.

Montalbano se quedó indeciso unos instantes. ¿Qué hacía? ¿Telefoneaba a Micciché o iba a verlo en persona? Optó por lo segundo. Pillar a las personas desprevenidas tiene la ventaja de que no les das tiempo para construir una verdad a su favor.

Cogió el coche y llegó a via Pisacane.

El piso de Donato Micciché estaba en el mismo rellano que el de los Tallarita.

Fue a abrirle un sexagenario en silla de ruedas, con barba. Llevaba una chaqueta de pijama vieja y una manta sobre las piernas.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Es usted Donato Micciché?

—Sí.

—Tengo que hablar con usted.

—Pase.

Lo llevó al típico salón comedor con un sofá y dos butacas en una esquina. Se respiraba un aire de pobreza digna.

—¿Le apetece un café?

—No, pero se lo agradezco. No le haré perder mucho tiempo.

—Usted dirá.

—¿Es usted el dueño de un Volvo verde con matrícula XZ 452 BG?

—Sí —respondió Donato Micciché. Y al cabo de un momento pareció asustarse—: ¿Ha ocurrido algo?

—No; es un control rutinario.

Micciché pareció aliviado.

—Tengo el seguro en regla.

—No he venido por eso.

—Entonces, ¿qué quiere saber?

—¿Dónde está el vehículo?

—Tengo un garaje alquilado a dos pasos de aquí.

—Dígame la dirección exacta.

—Via Pisacane, once.

¡Cómo no!

—¿Quién lo conduce habitualmente?

—Hasta hace seis meses, siempre yo. Luego, por desgracia, ya no he podido.

—¿Qué le ha pasado?

—Un coche me arrolló mientras cruzaba la calle, en Montelusa, y me destrozó las piernas.

—¿Y lo utiliza alguno de sus familiares?

—Mi mujer no sabe conducir y mis dos hijos trabajan fuera, uno en Roma y el otro en Benevento.

—Entonces, ¿debo deducir, por lógica, que desde hace seis meses su coche está guardado en el garaje?

El malestar de Miccichè fue evidente. Hizo amago de ir a decir algo, pero se arrepintió y se quedó callado.

Montalbano pensó que un ligero empujoncito en ese momento sería muy conveniente.

—Señor Micciché, tenga en cuenta que no es un delito prestar el coche a alguien de vez en cuando. Yo también se lo presto a veces a mi mujer o mi hermano. —Era tranquilizador dar una imagen de policía con familia, y, por tanto, de ser una persona como las demás.

Micciché se quedó pensando un momento antes de hablar.

—Ya sé que no es delito.

¿No era suficiente el empujoncito? ¿Había que recurrir a la amenaza de las tenazas?

Montalbano se puso serio.

—Quiero recordarle que soy un funcionario público y que está usted obligado a responder a mis preguntas.

Micciché suspiró.

—No es que no quiera responder... pero es que se trata de un asunto bastante reservado. No desearía perjudicar...

—Le aseguro formalmente que todo lo que me cuente ahora quedará entre usted y yo.

Finalmente, Micciché se decidió.

—En este mismo rellano vive la familia Tallarita. Cuando me ocurrió la desgracia, fueron de gran ayuda para mí. Les estoy muy agradecido. Un día Arturo, que es el hijo, vino a pedirme en secreto que le prestara el coche. Me rogó que no le contara nada a nadie, ni siquiera a su madre. Tenía una relación con una mujer casada que vive fuera del pueblo. Luego, como yo ya no podía utilizar el coche y quería venderlo, me convenció de que me lo quedara; él pagaría el alquiler del garaje, el impuesto, el seguro. Entonces yo le dije que se lo vendía a él, que me lo pagara poco a poco. Pero me contestó que no, que no quería aparecer como propietario de un vehículo. Además, a mí me gusta seguir teniendo el coche y pensar que quizá un día podré volver a conducirlo... Resumiendo, le di las llaves del garaje, puesto que sólo utiliza el automóvil de noche.

Otra pieza colocada en su sitio.

La hipótesis formulada en el muelle había resultado correcta: Liliana tenía un solo amante, Arturo.

Pero ¿por qué hacía lo posible y lo imposible para que se creyera que su relación había terminado?

Si a su marido le tenía sin cuidado lo que hacía y no había otro hombre por medio, ¿qué necesidad había de ocultar que eran amantes?

Por otro lado, Arturo también quería mantenerlo en secreto, no quería que nadie se enterara. En su caso podía haber una explicación: era probable que estuviese comprometido con alguna chica de Vigàta, y si el asunto salía a la luz, igual el noviazgo se iba a paseo.

Como conducía distraído, al entrar en la calle principal advirtió demasiado tarde que no había respetado el *stop*. Un potente coche que apareció a gran velocidad estuvo en un tris de embestirlo, pero consiguió frenar a un centímetro del suyo. Montalbano, instintivamente, también frenó. Al volante del deportivo de dos plazas iba un individuo que permaneció inmóvil. El comisario no sabía si estaba cediéndole el paso y, por prudencia, no se movió.

Entonces el deportivo retrocedió un poco y salió disparado con un chirrido de neumáticos, rozando el morro del vehículo de Montalbano, en dirección a Montelusa.

El comisario no tuvo tiempo de ver la matrícula, pero estaba seguro de que la cara del conductor era la del señor Lombardo, el marido de Liliana.

¿Venía del chalet?

Acababa de llegar a la comisaría cuando recibió una llamada interior de Catarella.

—*Dottori*, está en la línea la *signora* Lombarda, la cual querría...

—¿Lombarda o Lombardo?

—Lombarda.

—¿Seguro?

—Seguro que es un apellido *fiminino*, *dottori*.

Era Liliana, que empezó a hablar en cuanto oyó el clic indicativo de que le pasaban la llamada, de modo que el comisario sólo llegó a decir una sílaba:

—Di...

—Hola. Oye, Salvo, perdona que te moleste en el trabajo, pero no podía hacer otra cosa.

—No me digas.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—Házmela.

Risita.

—Primero dime que sí.

—Pero, si no me la haces, ¿cómo voy a...?

—Tienes que fiarte.

Era lo último que había que hacer con alguien como Liliana. Era capaz de llevarlo a pasear por la calle principal o a un lugar muy concurrido y comportarse como si acabaran de levantarse de la misma cama. Sí, bueno, ¿y qué? ¿Qué le pasaba? ¿Ahora lo asustaban las trampas, por lo demás bastante ingenuas, de una mujer? El problema era que de esa mujer le gustaba todo. Hasta la falsedad.

—Sí —dijo.

—Como puedo salir una hora antes, esta noche estaré disponible para corresponder a tu invitación a cenar. ¿Estás libre?

Le estaba ofreciendo una excusa perfecta. Podría inventarse cualquier compromiso...

—¿Sí o no?

«Decídete, Montalbà. Recuerda lo mal que acaban todos los indecisos, desde el asno de Buridán hasta Hamlet».

—Sí.

—Entonces vienes, ¿eh? Recuerda que ya me has dicho que sí; si ahora dices que no, faltarás a tu palabra.

—Iré.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—No sabes la alegría que me das. —Y le mandó un sonoro beso a través de la línea.

—Oye, Liliana, perdona, pero me ha parecido ver a tu marido hace un rato.

Otra risita.

—Es posible.

—Entonces, ¿lo conoceré esta noche?

—¡No, no! Debe de haber pasado por Marinella para recoger algo que necesitaba. No te preocupes; estaremos tú y yo solos.

Había bastantes probabilidades de que hubiera hecho la llamada en presencia de otros.

Liliana se estaba embalandando. ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? ¿Cuántas mentiras más le contaría?

Y por cierto, ¿su marido estaba siempre de paso? ¿Nunca se quedaba unos días en Marinella?

Esa pregunta lo llevó a otras que estaban como engarzadas, a la manera de las cerezas.

Un representante de ordenadores que tenía la exclusiva de determinada marca para toda la isla, ¿contaba con un muestrario?

¿Tenía en depósito algunos ordenadores para dejar en una empresa o una oficina a fin de que los probaran?

¿Y dónde se encontraba ese posible depósito?

¿En el chalet de Marinella?

¿Y por qué se le habían ocurrido de repente esas preguntas acerca del marido de Liliana?

¿Qué utilidad tenían?

¿Y qué iba a llevarle a Liliana?

¿Rosas o *cannoli*?

«Sabes de sobra que ya has elegido los *cannoli*», intervino el pesado de Montalbano segundo.

¿Y no valía más acabar de una puñetera vez con todas esas preguntas que estaban dándole dolor de cabeza?

Llamó a Fazio para que fuera a su despacho.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada. Estaba preguntándome por qué ponen bombas delante de almacenes vacíos.

—¿A mí me lo dices? No paro de estrujarme el cerebro con ese asunto. ¿Y has llegado a alguna conclusión?

—No, señor.

—Yo tampoco.

—¿Quería algo?

—Sí. Te he llamado para preguntarte si te consta que Arturo Tallarita tenga un coche.

—Me he informado. Incluso en el Automóvil Club. No consta que tenga ningún coche.

—Porque el que utiliza no es suyo. Se lo prestan. Y resulta que es un Volvo verde. Fazio estaba atónito. Y el comisario se lo contó todo.

—Así, ¿la señora Lombardo sólo tiene un amante?

—Eso parece.

Fazio se quedó pensativo.

—Lo que no entiendo es por qué le contó a usía que había roto con el chaval.

—Quizá porque está haciendo todo lo posible y más para atraparme a mí. Y quiere convencerme de que disfrutaré yo solito del pastel, de que no tengo que compartirlo con nadie, ni siquiera con su marido.

Fazio lo miraba perplejo.

—Pero ¿por qué lo hace?

Montalbano fingió que se mosqueaba.

—¿Cómo que por qué? ¿Te olvidas de mi atractivo viril? ¿Y de mi prestancia física? ¿Y de mi inteligencia?

Fazio no picó.

—*Dottore*, si se tratara sólo de atractivo, o de cosas de ese tipo, usía no me habría contado esta historia. Usía sabe que si la señora actúa así es porque tiene en mente un objetivo preciso, alguna otra cosa, aparte de la cama.

Agudo, no cabía duda.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, lo llama nuevamente la *signora* Lombarda.



—Pásamela.

Puso el manos libres para que Fazio pudiera oírla.

—Dime, Liliana.

—Me he acordado de que no tengo absolutamente nada en casa. Debo comprarlo todo.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

—Ni hablar. Pero quería preguntarte si puedes echarme una mano.

—Encantado. ¿Qué quieres que haga?

—Yo llego dentro de un cuarto de hora con el autobús de Montelusa. Si pudieras recogerme y acompañarme a hacer la compra...

El comisario miró a Fazio, que permaneció impasible. Si había llegado hasta ahí... Decidió continuar con el juego.

—Ahí estaré. Hasta luego.

Y colgó. Fazio lo miró con expresión interrogativa.

—Quiere que hagamos una especie de desfile por la pasarela juntos, ¿comprendes? Mostrar a media ciudad que nos une una relación estrecha, probablemente íntima. De esta forma, aleja la hipótesis de que puede haber otro hombre en su vida, o sea, Arturo.

—De acuerdo. Pero ¿de quién quieren esconderse? ¿De quién tienen miedo? Del marido desde luego no. Y Arturo no está casado.

—¿Y por qué voy yo a cenar? Voy porque es precisamente eso lo que intentaré descubrir esta noche.

Llegó a la parada antes que el autobús. Bajó del coche para fumarse un cigarrillo. Ya había una decena de personas esperando el autobús, que un cuarto de hora más tarde saldría de nuevo para Montelusa.

A quien madruga, Dios lo ayuda.

Lo primero que hizo Liliana al apearse fue correr a su encuentro con los brazos abiertos, soltando exclamaciones de alegría, abrazarlo y darle dos besos en las mejillas. Razón por la cual Montalbano fue inmediatamente odiado por tres o cuatro representantes del sexo masculino que fueron testigos de la escena.

Después empezó el desfile por la pasarela.

En la panadería estuvo cogida de su brazo. En la tienda de comestibles le pasó un brazo por la cintura. En la carnicería encontró la manera de darle un beso de refilón.

—Ya lo tengo todo.

—Quiero comprar unos *cannoli*.

—Vale, voy contigo.

Liliana no desaprovechó la ocasión. Se las arregló para entrar en el café cogida de su mano y mirándolo extasiada, como si fuera Sean Connery cuando hacía de agente 007.

Montalbano pensó que podría haber ahorrado tiempo y esfuerzo poniendo un anuncio en el periódico que informara de que eran amantes.

—Ahora me acompañas a casa, tú te vas a la tuya y nos vemos a las nueve, no antes.

—Muy bien.

Aquello lo divertía y lo cabreaba a partes iguales. Lo divertía ver cómo y hasta dónde sería capaz Liliana de llevar ese juego peligroso, y lo cabreaba porque a todas luces ella lo consideraba un gilipollas integral, dispuesto a perderse ante la visión de sus piernas.

Sonó el teléfono. Era Nicolò Zito.

—Salvo, te he llamado a la comisaría, pero me han dicho que estabas en Marinella y... ¿Te molesto?

—No, Nicolò. ¿Qué pasa?

—No sé por dónde empezar...

—¿Se trata de algo serio?

—Pfff... no sé... Oye, voy a hacerte una pregunta, pero no pienses que me he trastornado.

—No lo pensaré.

—Si en vez de llamarte ahora, te llamara dentro de... pongamos tres o cuatro horas, ¿te molestaría?

Pero ¿se había trastornado o qué? ¿A qué venía una pregunta como ésa?

—Probablemente no te contestaría.

—¿Por qué?

—Porque no estaría en casa. He quedado con una persona.

—¿Hombre o mujer?

Pero ¿a Zito qué le importaba? En cualquier caso, Nicolò era muy buen amigo; seguro que esa llamada tenía algún sentido.

—Mujer.

—¿Lejos de Marinella?

—No; a cuatro pasos de mi casa.

—Oye, no te lo tomes a mal (me da apuro tener que hacerte estas preguntas), pero ¿es un encuentro... cómo decirlo... galante?

—Nicolò, yo ya he dicho bastante, ahora habla tú.

—Tengo que contarte algo de lo que me he enterado por casualidad por un cámara... Él tiene un amigo que trabaja en Telegàta y habían quedado para ir a bailar esta noche, pero ese amigo le ha telefoneado para decirle que no podía, que le habían encargado un trabajo importante, una auténtica exclusiva, por la parte de Marinella...

—¿Y qué?

—No sé por qué, pero he pensado que quizá el asunto podía estar relacionado contigo... Tú eres el único que vive en Marinella que puede interesar de un modo u otro a los de Telegigàta.

—Nicolò, te lo agradezco, eres un verdadero amigo.

El comisario colgó. Notaba cierto amargor en la boca. En parte creía que Zito tenía razón y en parte no. Pero, por si acaso, ¿no era mejor cubrirse las espaldas?

Llamó a Fazio y hablaron un buen rato hasta que se pusieron de acuerdo.

La verja estaba cerrada. Liliana fue a abrirle y se ocupó de volver a cerrar. Llevaba un vestido probablemente ganador del premio al modisto que consiguiera utilizar menos tela.

A pesar de que no había testigos, lo besó en los labios y lo condujo de la mano hasta el interior de la casa.

Reía y caminaba con tal ligereza que parecía volar: la viva imagen de la alegría más espontánea.

Como era previsible, había puesto la mesa en la galería. Pero había más luz que la otra vez, tanta que resultaba molesta.

Ella interceptó la mirada de Montalbano hacia el aplique y se justificó:

—Se ha fundido la bombilla y en casa sólo tenía esta de cien.

«Así, mientras comemos, los mosquitos se nos comerán a nosotros», pensó el comisario.

No estaban sentados uno frente a otro, sino que Liliana había puesto dos sillas juntas.

—Así yo también puedo contemplar el mar.

Muy cerca de la orilla se distinguía una barca con dos pescadores a bordo. ¿Qué podían pescar a aquellas horas junto a la costa?

Hacía muchísimo calor.

El inicio del cara a cara, en vez de ser romántico, fue casi cómico. Porque, mientras se miraban sonriendo, Montalbano le dio un súbito manotazo a ella en el hombro izquierdo y después ella le atizó a él una torta.

Los dos primeros mosquitos habían caído, pero estaban llegando refuerzos. Apenas habían comido la mitad de los *antipasti* cuando los hombros y brazos descubiertos de Liliana ya estaban salpicados de picaduras. Así no se podía seguir.

—Oye —dijo Montalbano—, aquí se están congregando todos los mosquitos de la provincia. La luz es demasiado fuerte. Voy a buscar una bombilla a mi casa o cojo una de las tuyas del comedor para cambiar ésta.

—Apágala —contestó Liliana, molesta.

Él lo hizo. La consecuencia inmediata fue que se quedaron a oscuras; no veían ni dónde tenían la boca. Al comisario le entró risa. ¿Cómo se las arreglaría Liliana para resolver la situación, que amenazaba con convertirse en una farsa?

—Tendremos que trasladarnos al comedor —comentó ella en un momento dado, de mala gana.

Por lo visto, el comedor no era el campo de batalla escogido para su plan de guerra.

Empezaron a entrar y salir transportando botellas, platos, vasos, cubiertos, mantel y servilletas.

En el último viaje, Montalbano observó que los dos pescadores estaban sacando la barca a la arena. Quizá habían comprendido que por el momento no habría pesca.

Dentro de la casa, sin embargo, el calor era casi insoportable. Terminaron los *antipasti* con ayuda del vino, que por suerte estaba helado y entraba la mar de bien.

El vino le confirió a Liliana valor para salir del punto muerto.

—Me estás dando pena —dijo sonriendo—. ¿Cómo puedes aguantar? Quítate la americana y desabróchate la camisa; si no, te derretirás como un helado.

No era verdad; el comisario habría sudado poco incluso en el Ecuador, pero le siguió la corriente.

—Te lo agradezco.

Se quedó en mangas de camisa, con el cuello desabrochado. ¿Y ahora qué haría ella? ¿Empezaría una especie de partida de *strip* póquer?

En vista de que no hacía nada, la provocó.

—¿Y tú?

—Yo todavía puedo resistir.

Quería reservarse el plato fuerte para más tarde, en una atmósfera más propicia.

Liliana se levantó y llevó a la mesa pasta con salsa de salmón. Montalbano se echó a temblar: si la pasta estaba pasada de cocción, no podría comérsela. Pero enseguida comprobó que, aunque no era excelente, al menos era comestible. Y sirvió vino hasta vaciar la segunda botella.

Aun así, le resultó un poco difícil comerse la pasta, porque de vez en cuando, mientras se llevaba el tenedor a la boca, Liliana le cogía de pronto la mano, se la acercaba a los labios y la besaba.

Después, Montalbano la ayudó a llevar los platos vacíos y los cubiertos a la cocina.

De segundo había filetitos de ternera con un condimento picante que él nunca había probado.

El picante exigía más vino. Montalbano no sabía muy bien si Liliana había empezado a acusar realmente sus efectos o si lo fingía.

Primero le entró la risa.

—Tu bigote... ¡ji, ji, ji!... Mira qué miguerío... ¡ji, ji, ji!...

Luego se le cayó el tenedor de las manos y él se inclinó para recogerlo. Mientras estaba agachado, el pie de ella, desnudo, se posó entre sus hombros.

—Te nombro caballero de mi...

Montalbano no supo de qué título honorífico lo había investido porque Liliana, a punto de caerse de la silla, no llegó a terminar la frase.

A continuación se levantó y declaró que ya no soportaba el calor y que necesitaba cambiarse, que estaba incómoda con el vestido húmedo de sudor.

—Vuelvo en cinco minutos. —Y se dirigió hacia la puerta.

Pero, después de dar tres pasos, retrocedió hacia Montalbano, que se había levantado por educación, le rodeó la cintura con los brazos, acercó la boca a la de él, presionó y, lentísimamente, entreabrió los labios.

Fue un largo beso.

Decir que Montalbano colaboró sólo por cumplir con su deber de policía habría sido una mentira como una casa.

De hecho, su cuerpo empezó a comportarse como dicen que se comportaban los garibaldinos, que se lanzaban al ataque sin que los generales lo hubieran ordenado. Por ejemplo, sus manos aterrizaron por cuenta propia sobre el trasero de la mujer.

Luego ella lo cogió de la mano y, tambaleándose un poco, lo llevó al dormitorio.

Encendió la luz; la ventana estaba abierta.

Tardó menos de un segundo en quitarse el vestido. No llevaba sujetador, y sólo un simulacro de braguitas.

Se tendió en la cama y alargó los brazos hacia Montalbano sonriendo.

Llegados a ese punto, el comisario se vio completamente perdido.

Su pie derecho dio un paso hacia la cama a pesar de que el cerebro le ordenaba que se estuviera quieto, que no se moviera. El pie izquierdo siguió a su colega con el mismo entusiasmo.

Sólo una intervención sobrenatural podía salvar a Montalbano del abismo en el cual estaba destinado a hundirse.

—¡Vamos, ven!

La voz de Liliana provocó que el comisario diera un saltito adelante, puesto que los dos pies respondieron a la invitación al unísono.

Sólo san Antonio habría podido resistirse, y no era seguro. Y san Antonio, implicado en la causa, intervino con presteza.

El móvil, que Montalbano había trasladado de la americana al bolsillo de los pantalones, sonó.

La vuelta a la realidad fue tan violenta que el comisario profirió una especie de lamento de dolor.

Era Fazio.

—Los hemos pillado y estamos llevándolos a la comisaría. Ahora, si quiere, puede continuar sin peligro.

¿Había cierta ironía en las últimas palabras?

—No; voy enseguida. —Y dirigiéndose a Liliana, dijo—: Lo siento, pero tengo que irme.

—Pero ¿estás loco? ¿Hablas en serio?

Se había medio incorporado y lo miraba con unos ojos que podían incendiarlo si seguía un segundo más allí parado.

No le contestó; corrió a coger la americana, saltó por la galería, fue por la playa

hasta su casa, montó en el coche y se alejó.

Tardó menos de la mitad del tiempo que tardaba habitualmente en llegar de su casa a la comisaría, pero no sabía si corría tanto porque estaba escapando de Liliana o porque quería interrogar a los dos arrestados.

Fazio lo esperaba paseando por el aparcamiento de la comisaría, prácticamente desierto.

El comisario lo miró con expresión interrogativa.

—Dentro hace demasiado calor —le explicó el inspector.

—¿Dónde están?

—Los hemos metido en el calabozo. A Gallo, que estaba conmigo, lo he mandado a dormir.

—Has hecho bien. ¿Han protestado mucho?

—Lo normal.

—¿Dónde los habéis sorprendido?

—Justo debajo de la ventana del dormitorio. Habían saltado la verja.

Montalbano se quedó sorprendido.

—¿Debajo de la ventana? ¿Y cómo es que no he oído nada?

Fazio respondió un poco incómodo:

—*Dottore*, hemos hecho algo de ruido, pero usía estaba... en ese momento usía tenía la cabeza en otro sitio.

Menos mal que en el aparcamiento había poca iluminación, así Fazio no se percató de que se había sonrojado.

Entraron en la oficina. Justo en medio de la mesa había, bien a la vista, una diminuta cámara de televisión.

—Lo han filmado con esta cámara —dijo Fazio—. Si quiere verse... Lleva monitor incorporado.

Montalbano se quedó helado. ¿Tenía que verse en calidad de actor protagonista de películas porno tipo *El comisario y la criminal de la garganta profunda* o *Investigaciones húmedas*? Le faltó el aliento necesario para decir que sí.

Movió la cabeza en señal de asentimiento mientras le fallaban las piernas y se dejaba caer en la silla.

Fazio, fingiendo no notar su incomodidad, se colocó a su lado y le puso la cámara ante los ojos.

—¿Preparado?

—S... sí.

Fazio presionó un botón.

La toma empezaba cuando Liliana encendía la luz del dormitorio.

Después de que ella se hubiera quitado el vestido y tumbado en la cama, el cabronazo e hijo de la gran puta del cámara hizo un zoom sobre la cara del comisario.

Óscar al mejor actor de reparto.

Su expresión estaba a medio camino entre la de un perro hambriento al que enseñan un trozo de carne y la del casto José queriendo escapar de la esposa de Putifar.

Tenía los ojos desorbitados y los labios parecían los de un niño a punto de llorar.

Decir ridículo era poco. Si se hubieran difundido esas imágenes, toda Vigàta se habría reído a sus espaldas.

No tuvo que apurar el amargo cáliz hasta las heces: la toma se interrumpía cuando daba el primer paso hacia la cama con el aspecto de un robot que se pone en marcha.

¡Virgen santa, qué vergüenza!

¡Y menos mal que no habían filmado el beso en el comedor!

—¿Los habéis...? —Le salió una voz rara, de pavo. Se aclaró la garganta y empezó de nuevo—: ¿Los habéis identificado?

—Sí, señor. El cámara se llama Marcello Savagnoli, y el ayudante, Amedeo Borsellino. Los dos son trabajadores en plantilla de Televigàta. ¿Quiere que se los traiga aquí?

¿Sería capaz de controlarse y no darles de hostias hasta en el carnet de identidad?

Tal vez sí, tal vez no. En cualquier caso, podía intentarlo.

—Sí, tráelos.

Savagnoli, de estatura media, con camisa desabrochada, crucifijo de oro entre el vello pectoral y pulsera en la muñeca, tenía aires de chulo, mientras que Borsellino parecía más bien asustado.

Sin que nadie le dijera nada, el cámara se sentó mirando a Montalbano en actitud insolente.

—De uno en uno —le dijo entonces el comisario a Fazio—. A Borsellino lo interrogaré después.

Después de que Fazio hubiera salido con el ayudante, Montalbano se acercó a Savagnoli y le dijo, sonriendo amablemente:

—¿Puede levantarse, por favor?

En cuanto el tipo estuvo de pie, le atizó una patada en los huevos. Savagnoli se quedó sin respiración y cayó al suelo como un fardo, retorciéndose y quejándose.

—¡Y chitón! —le advirtió Montalbano antes de volver a sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fazio al entrar.

—No lo sé —dijo el comisario con cara de no haber roto un plato en su vida—. Le ha dado un retortijón. Ayúdalo a sentarse y dale un vaso de agua.

Cuando Savagnoli se recuperó, su actitud había cambiado por completo. Con la mirada gacha, estaba sudando y ya no tenía aires de chulo.

—¿Cómo los habéis pillado? —le preguntó el comisario a Fazio.

Una parte de la respuesta ya la sabía, pero quería que Savagnoli la oyese.



—Haciendo la habitual ronda nocturna —empezó Fazio—, hemos visto que dos individuos saltaban la verja de un chalet en Marinella, entraban en el jardín y se apostaban debajo de una ventana abierta. Nos hemos quedado escondidos vigilando, a ver qué hacían, y al comprobar que estaban filmando lo que sucedía dentro de la casa, hemos intervenido.

El comisario miró a Savagnoli.

—Me parece que eso basta para una denuncia en toda regla. Allanamiento de morada, violación de la intimidad, intento de chantaje...

—Yo sólo obedecía una orden de mi jefe, el *dottor* Ragonese —replicó el cámara.

—¿Qué orden te dio?

—Me dijo que había que cubrir una exclusiva, que había recibido una llamada anónima.

—¿Cuándo habéis llegado al chalet?

—Poco antes que usted. Al darnos cuenta de que la galería estaba muy iluminada...

—¿No lo sabíais de antemano?

—¿Quién iba a decírnoslo?

—Continúa.

—En las inmediaciones había una barca en la arena. La hemos cogido fingiendo ser pescadores. Esperábamos que la velada subiera de temperatura pronto. Pero al poco rato se han trasladado al comedor y allí no había manera de filmarlos. Así que nos hemos bajado de la barca para rodear el chalet, y hemos saltado la verja para aguardar en la oscuridad bajo la ventana del dormitorio, con la esperanza de que antes o después...

Entre el calor que hacía y lo que aquel tipo estaba diciendo, Montalbano se sintió al límite. Tenía náuseas; no quería saber nada más.

Se levantó de golpe. Los otros se quedaron mirándolo.

—Dile al *dottor* Ragonese que, por su propio interés, venga mañana a las nueve a la comisaría —le dijo a Savagnoli. Y luego a Fazio—: Confisca la cámara, redacta el acta y pon en libertad a este capullo. Yo me voy a casa.

Mientras volvía a Marinella, pensó que Liliana se había anotado dos puntos a su favor.

No había puesto adrede la bombilla de cien para permitir la filmación. Y no había acordado nada con el cámara.

Entonces, ¿estaba implicada o no? Y en caso afirmativo, ¿en qué medida? ¿O era totalmente inocente respecto a la trampa que, por suerte, no había llegado a buen puerto? En otras palabras, ¿quien había llamado a Ragonese quería comprometerlo sólo a él o también a ella?

Cuando pasó por delante del chalet de los Lombardo, vio que estaba

completamente a oscuras. Liliana debía de haberse ido a dormir, cabreada a más no poder con él.

Estuvo un rato sentado para que se le pasaran los nervios. Se había librado de una buena, gracias a Nicolò. Ragonese habría sido capaz de pasar la filmación hasta el infinito.

Aunque, bien pensado, ¿qué clase de exclusiva habría sido? No se trataba de nada delictivo, desde luego, pero él habría quedado en evidencia, bastante más que Liliana. Sin duda alguna, el jefe superior lo habría trasladado. Y quizá era ése, en última instancia, el verdadero objetivo de la exclusiva. Fue a acostarse, pero dio bastantes vueltas en la cama antes de conciliar el sueño. Es verdad que la causa principal era el calor, pero de vez en cuando la visión de Liliana con los brazos tendidos hacia él echaba leña al fuego.

A la mañana siguiente, Liliana no estaba delante de la verja. En el chalet no había señales de vida. Habría cogido el autobús para ir a trabajar. Seguramente era la primera vez que un hombre la rechazaba. Lo más probable era que no volviera a verla, salvo por casualidad. A no ser que la inexplicada necesidad de granjearse su amistad resultara más fuerte que la ofensa recibida.

En realidad, la noche anterior las cosas no habían ido como Montalbano hubiera querido; no había conseguido comprender lo que pretendía Liliana con el tejemaneje que se traía con él.

A las nueve en punto recibió una llamada de Catarella.

—*Dottori*, está *in situ* el *signor* Fragolese, que dice que tiene una cita con usía, y el abogado Calalasso está con él, o sea, con el susodicho *signor* Fragolese.

Debía de ser Ragonese.

—Hazlos pasar y mándame también a Fazio.

El abogado se llamaba Calasso. Montalbano ya lo conocía y lo apreciaba. El comisario no le tendió la mano a Ragonese y éste tampoco a él. Estaban sentándose cuando apareció Fazio con unos papeles en la mano: el acta de la noche anterior.

—¿Empiezo yo? —preguntó Montalbano.

—Forzosamente, puesto que es usted la acusación —dijo Ragonese.

—No —replicó el comisario—; las acusaciones las formulará el ministerio público, al que informaré inmediatamente después de esta reunión, de la cual, si su abogado está de acuerdo, no se levantará acta.

—De acuerdo —aceptó el letrado.

—Bien, los hechos se desarrollaron así. El aquí presente inspector Fazio y el agente Gallo, mientras realizaban anoche la ronda habitual, observaron que dos individuos saltaban la verja de un chalet en Marinella, entraban en el jardín e iban a apostarse bajo una ventana abierta. Poco después, uno de los dos empezó a filmar lo que estaba sucediendo dentro. En ese momento, Fazio y Gallo decidieron intervenir.

Todo esto se hizo constar anoche en acta, que fue firmada por los dos arrestados. Si quieren leerla...

Fazio iba a tendérsela al abogado, pero éste lo detuvo.

—No es necesario.

—No estoy de acuerdo —dijo Ragonese.

—¿En qué?

—En que los dos policías se encontraran allí por casualidad. Estoy más que seguro de que al comisario Montalbano lo avisó a tiempo alguien de Televigàta y...

—Abogado, ¿quiere intervenir? —preguntó Montalbano—. ¿Quiere explicarle a su cliente que lo que afirma es una suposición sin ningún fundamento y que, además, el problema no es ése?

Ragonese iba a abrir la boca, pero Calasso le dijo con sequedad:

—Hable sólo cuando yo se lo diga.

—Bien —prosiguió el comisario—. El cámara Savagnoli pidió que constara en acta que había actuado por orden del aquí presente *dottor* Ragonese, quien, al parecer, organizó la filmación clandestina a raíz de una llamada telefónica anónima. —Hizo una pausa y pronunció lentamente la frase que había preparado y en la que depositaba todas sus esperanzas—: Llamada que, naturalmente, el *dottor* Ragonese no está en disposición de demostrar que haya existido realmente, y en consecuencia...

—Un momento —dijo Ragonese. Y antes de continuar miró al abogado, el cual afirmó con la cabeza.

Montalbano mostraba un semblante impasible, pero por dentro exultaba. ¡Confiaba tanto, tantísimo, en que Ragonese le dejara oír la llamada!

—Estoy en disposición de demostrar que la llamada existió —declaró Ragonese, triunfal.

—¿Cómo?

—Tengo la costumbre de grabar todas las llamadas que recibo.

Sacó del bolsillo una grabadora, la dejó encima de la mesa y la puso en marcha.

En los oídos de Montalbano empezaron a tañer campanas de júbilo.

La grabación comenzó mientras Ragonese, convencido de haberse marcado un punto a su favor, miraba al comisario con aire triunfal, sin comprender que había caído en una trampa.

Primero se oyó sonar varias veces el teléfono, luego el ruido del auricular al ser levantado, y por último la reconocible voz de Ragonese.

—¿Sí?

—¿Hablo con... con Televigàta?

—Sí.

—¿Con el telediario?

—Sí.

—Pero ¿quién está al aparato?

—¿Quién llama?

—Dime quién está al aparato.

—Soy Ragonese, el director.

—Contigo es con quien quería hablar. Es... escúchame con atención. Esta noche, hacia las ocho y media, en Marinella, el comisario Mo... Montalbano irá a ver a la señora Lombardo, que vive en el cha... chalet que está al lado del suyo. ¿Está claro o quieres que te lo re... repita? Esta noche el comisario Mo... Montalbano...

—Sí, lo he oído, pero no veo qué interés puede tener eso para nosotros. Y haga el favor de decirme su nombre.

—Ol... olvídate de eso y escúchame. Tal co... como están las cosas, es más que se... seguro que acaben en la cama. Y tú podrías filmarlos mientras están chi... chingando. ¿Qué, te interesa ahora el asunto?

—Sí, vale, le agradezco la información. Le estoy realmente agradecido, pero...

—Intenta no perder tiempo.

La comunicación se cortó.

Montalbano, que había sentido cómo le hervía la sangre mientras escuchaba la grabación, se levantó mirando asqueado a Ragonese.

—Le ruego que salga inmediatamente y sin discutir de mi despacho. Abogado, le comunico que en mi informe al ministerio público acusaré a su cliente de intento de chantaje.

—¡Era una exclusiva, no un chantaje! —protestó Ragonese, y se puso a dar voces —: ¡Esto es un atentado contra la libertad de información, contra el ejercicio de la libertad de prensa! ¡Denunciaré públicamente sus métodos de actuación!

—¡No levante la voz! ¡Y avergüéncese de lo que ha hecho! ¡Usted no es un periodista, sino un chantajista!

—¡Exijo la devolución inmediata de la cámara y el material grabado!

—Presente esa petición ante quien corresponda. Y lo conmino a no destruir la grabación de la llamada, que sin duda le pedirá el ministerio público. Y ahora les ruego que salgan. Fazio, acompaña a los señores.

Fazio salió con los dos mientras el comisario daba vueltas alrededor de la mesa para calmarse.

Por supuesto, no podía sostener la tesis del chantaje; lo había dicho en un acceso de ira. Pero precisamente eso lo cabreaba más.

Fazio volvió como una pelota rebotada. Respiraba entrecortadamente, como si hubiera echado una larga carrera.

—¡Ah, *dottore*!

Era idéntico a Catarella cuando llamaba al señor jefe superior. Entre una cosa y otra, Montalbano se alarmó.

—¿Qué pasa?

—¡He reconocido la voz del que llamó por teléfono!

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo! ¿No se ha fijado usía en su tartamudeo?

—Sí. ¿Y quién es?

—Nicotra. Carlo Nicotra.

Montalbano se quedó atónito. Se sentó.

—¿Nicotra? ¿El que controla la venta de droga por cuenta de los Sinagra y vive en via Pisacane?

—Ese mismo.

—¿Y qué carajo pinta en este asunto?

Era una complicación imprevisible, un hecho nuevo que podía aclarar muchas cosas o hacer que se perdieran para siempre en la bruma.

El comisario se sentía como una barca sin remos en medio de una tempestad. Pero la desorientación le duró poco.

—Intentemos razonar.

Fazio se sentó.

¿Razonar? Por supuesto, se podía y se debía. Pero la cosa se alargaría no poco.

—La primera pregunta que se me ocurre, y la más natural —empezó Montalbano—, es ésta: ¿cómo se enteró Nicotra de mi cena con Liliana Lombardo?

Fazio se revolvió en la silla antes de decidirse a hablar.

—*Dottore*, voy a decirle cómo lo veo yo, pero usía no debe ofenderse por mis palabras.

—¿Estás de broma?

—Es una idea que se me ha ocurrido de manera espontánea, sin pensar. Se la digo tal cual: ¿no podría ser que a Nicotra lo hubiera informado la propia señora Lombardo?

El comisario guardó silencio; por un instante había tenido la misma idea, pero la había descartado. Lo mejor era averiguar por qué Fazio había pensado lo mismo, así que preguntó:

—¿Acaso presupones que la señora Lombardo y Nicotra se conocen?

—No, señor; no me he explicado bien. Ella no conoce a Nicotra, pondría la mano en el fuego; pero Arturo Tallarita sí. Su padre, que actualmente está en la cárcel, trabajaba y trabaja a las órdenes de Nicotra. Y a lo mejor el chico hasta estaba presente durante la llamada que le hizo la señora Lombardo.

Montalbano llegó a la conclusión lógica de estas palabras.

—O sea que, según tú, Arturo está al corriente de las intenciones de Liliana respecto a mí.

—Sí, señor.

—¿Y por qué razón se presta a ser cornudo?

—Porque están conchabados.

Eso no lo había pensado ni por asomo. Pero era una suposición con cierto fundamento sobre la que se podía trabajar.

—Lo utilizan a usía —continuó Fazio— para hacer creer que entre ellos ya no hay nada, que se han separado. ¿Y qué mejor que demostrarlo públicamente con una grabación televisiva?

—Planteado así, me convence. Estoy de acuerdo. Pero creo que Arturo tomó la iniciativa de avisar a Nicotra sin decírselo a Liliana.

—Entonces, ¿usía está convencido de que la señora no sabía nada?

—Me convencí casi del todo al oír lo que dijo Savagnoli. Antes pensaba otra cosa, estaba seguro de que Liliana estaba metida hasta el cuello. Pero en tu razonamiento hay algo que no me cuadra.

—¿Qué?

—¿Qué necesidad tenía Arturo Tallarita de meter por medio a Nicotra? Podía telefonar él mismo a Ragonese, a espaldas o no de Liliana.

—Es verdad.

Se quedaron un rato en silencio, pensativos.

—A no ser que... —dijo de pronto el comisario.

—¿A no ser que qué?

—Una vez me dijiste que probablemente Arturo, sabiendo que por ahí se decía que su padre tenía intención de colaborar, temía la reacción de Nicotra. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Ahora imagina que Nicotra tiene bajo vigilancia a Arturo, para lo cual cuenta con alguien en la tienda de Montelusa que le sirve de informador. ¿No podría ser que ese alguien hubiera oído la llamada que me hizo Liliana y se lo dijera a Nicotra?

—Es una hipótesis plausible. Pero... —repuso Fazio, cauteloso.

Parecía que los dos fueran pisando huevos; antes de decir media palabra, sopesaban todas sus implicaciones.

—Pero ¿qué? —lo apremió el comisario.

—No acabo de entender qué le va ni le viene en este asunto a Nicotra —concluyó Fazio.

—¡Hombre, si estallaba el escándalo, sin duda a mí me trasladarían! ¿Te parece poco?

—Pues no me parece motivo suficiente. En el fondo tiene que haber algo más importante.

La verdad era que tampoco a Montalbano le parecía suficiente. De repente, una idea estrafalaria le pasó por la cabeza.

—¿Y si la exclusiva no era para perjudicarme a mí?

—¿Para perjudicar a la señora Lombardo, entonces?

—En cierto sentido...

—Explíquese mejor.

—Supón que Arturo no sabe nada del comportamiento de Liliana conmigo y que ella actúa así por un motivo que todavía desconocemos. ¿Cómo reaccionaría el chico con su amante al ver esas imágenes? Seguro que la dejaría. Quizá era ése el resultado que perseguía Nicotra.

Fazio negó con la cabeza.

—*Dottore*, piénselo. ¿Por qué Nicotra iba a meter cizaña entre Liliana y Arturo? ¡Nada indica que sea gay y que mantenga relaciones con el chico!

En efecto, había que reconocer que también eso era verdad. Montalbano suspiró.

—No estamos entendiendo nada de nada —fue su amarga conclusión.

Al entrar en la *trattoria*, el comisario se percató de que el *cavaleri* Ernesto Jocolano estaba sentándose a una mesa, solo.

Era un septuagenario menudo y flaco, con gafas de gruesos cristales, que una vez al mes, a saber por qué, iba a comer a la *trattoria* de Enzo.

Las dos horas que pasaba allí eran un rato de entretenimiento asegurado, porque el *cavaleri* no desaprovechaba la ocasión de buscarle las cosquillas a Enzo con los pretextos más peregrinos.

Nada más sentarse, apartó la servilleta que cubría el plato, cogió el plato, se lo llevó a la nariz, lo olió aspirando profundamente y volvió a dejarlo golpeando la mesa.

—¡Enzo, ven aquí ahora mismo! —Tenía una voz superaguda que dañaba los oídos.

—¿Qué pasa?

—¡Voy a denunciarte al departamento de Sanidad!

—¿Por qué?

—¡Porque este plato apesta!

—¡Imposible!

—¡Te digo que apesta tanto que se huele a un kilómetro! ¿Puedes decirme qué había antes aquí?

—¡Y yo qué sé! ¡Los platos, una vez lavados, son todos iguales! ¡Platos limpios!

—¡Pues yo te voy a decir lo que había aquí antes! ¡No hace falta ser adivino! ¡Basta el olfato! ¡Había pescado!

—*Cavalè*, usía...

El otro lo interrumpió.

—¿Cómo lavas los platos, a mano o en el lavavajillas?

—En el lavavajillas.

—¿Y tú te fías del lavavajillas? ¡Pues haces mal! ¡Cuando coges un plato lavado, tienes que comprobar si está limpio de verdad! ¡Porque es muy posible que hayan quedado huellas de lo que contenía antes!

No se calmó hasta que hubo olfateado a fondo el otro plato que le llevó Enzo, lavado a mano y secado a la vista de él.

Montalbano comió sin ganas y se fue deprisa, porque el *cavaleri* estaba montando otra bronca.

Fumando en la roca plana, empezó a pensar que raras veces, a lo largo de su carrera, se había encontrado tan falto de ideas. Más valía distraerse con el consabido cangrejo o recordando la escena del *cavaleri* Jocolano, que...

Un momento, Montalbà.

Quieto ahí.

Hay una cosa que te ha pasado un instante por la mente mientras el *cavaleri* hablaba, una cosa que se ha encendido como una cerilla en la oscura noche e inmediatamente ha desaparecido.

¿Qué era?

Se esforzó en recordar.

El destello en su cerebro fue tan fuerte e imprevisto que dio un respingo.

¿Puedes decirme qué había antes aquí?

No, no podía.

Y tampoco se lo había preguntado.

Volvió de inmediato a la oficina.

—¡Fazio, hemos sido unos imbéciles!

—¿Por qué, *dottori*?

—¿Qué había en los dos almacenes frente a los cuales pusieron las bombas?

—Nada, *dottore*; estaban vacíos.

—Porque los habían metido en el lavavajillas.

Fazio lo miró ojiplático.



—¿Los almacenes?! ¿En el lavavajillas?!

—Olvídalo. Pero, antes de estar vacíos, algo habría allí, ¿o no?

—Desde luego.

—¿Y tú sabes lo que era?

—No, no lo sé.

—Infórmate ahora mismo.

—Pero ¿usía cree que es importante?

—No sabría decírtelo.

—En un momento lo averiguo.

Fazio volvió a aparecer al cabo de cinco minutos. Antes de hablar, miró a Montalbano con admiración.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

—Olvídalo —repitió el comisario—. Dime.

—En los dos almacenes había ordenadores, impresoras, cartuchos de tinta...

—Ah.

—Es la misma persona la que alquiló primero el de via Pisacane y después se trasladó, porque le resultaba demasiado pequeño, al de via Palermo.

—¿Sabes el nombre de esa persona?

—Sí, señor. —A Fazio le brillaban los ojos—. Lombardo. Adriano Lombardo.

—¿El marido de Liliana?

—Sí, señor.

Se miraron perplejos. Montalbano se recuperó enseguida.

—Un momento, un momento. Eso significa que las dos bombas iban dirigidas a Lombardo, eran advertencias que sólo podía entender él. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y ahora yo me pregunto: ¿por qué no le pusieron la bomba en el almacén que tiene actualmente, cuya dirección no conocemos?

—Porque quizá no ha alquilado un tercer almacén.

—¿Y dónde guarda los ordenadores?

—Probablemente en Marinella, en el chalet. Y a lo mejor por eso va allí tan a menudo.

La respuesta del comisario fue inmediata:

—Aparte de que podrían haber puesto una bomba en el chalet y no lo han hecho, no creo que todo el material de Lombardo quepa en el único cuarto adicional que hay allí respecto a mi casa.

Fazio no replicó y el comisario tomó de nuevo la palabra:

—Cabe una hipótesis: que Lombardo haya trasladado el material a algún pueblo cercano y que sus enemigos no sepan a cuál.

—Es posible.

—Y el motivo de las bombas también podría ser el impago de la cuota a la mafia. Fazio no parecía convencido.

—¿No lo ves claro?

—No, señor. Esas bombas no las pusieron cuando en los almacenes estaba el material de Lombardo, sino una vez vaciados. ¿Qué sentido tiene? Y peor lo veo si Lombardo no ha alquilado ningún almacén en Vigàta y ni siquiera tiene la mercancía en el chalet.

No le faltaba razón.

—Intentemos echarle el guante a Lombardo y pidámosle explicaciones —propuso Fazio.

Montalbano negó con la cabeza.

—Se reirá en nuestra cara. Dirá que las bombas no tienen nada que ver con él, que no sabe nada del asunto.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Seguro que Liliana sabe de qué va todo esto. Habría que hablar con ella, pero por el momento yo soy la persona menos indicada. —De pronto se dio una palmada en la frente—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿El qué, *dottori*?

—Mandar a Mimì Augello a comprarse un traje a Montelusa. Llámalo ahora mismo.

Fazio salió y regresó con Augello.

—Mimì, ¿cuánto hace que no te compras un traje nuevo?

Augello lo miró pasmado.

—Un año. ¿Por qué?

—Después te lo explico. ¿Conoces una gran tienda en Montelusa que se llama A la Última Moda?

—Sí, he ido con mi mujer.

—Perdona que te haga una pregunta personal. ¿Cuánto tiempo necesitas para empezar a tratar con confianza a una mujer?

—Se nota que no tienes práctica. Es un tiempo que varía bastante y que depende mucho de la mujer.

—¿Tienes suficiente con una mañana?

—¿A solas?

—No; en presencia de otros.

Mimì no abrió la boca.

—Bueno, ¿qué?

—No te respondo a nada más si antes no me aclaras qué estás tramando.

Montalbano se lo dijo.

En el chalet de los Lombardo había luz, pero no se veía a Liliana. Montalbano

estaba metiendo la llave en la cerradura cuando oyó el teléfono. Esta vez llegó a tiempo; consiguió levantar el auricular en mitad de un timbrazo.

—¿Sí?

Sin duda había una persona al otro lado de la línea, pero permanecía callada.

—¿Sí, diga?

Colgaron.

Fue a abrir el frigorífico. Adelina le había preparado *sartù* de arroz a la calabresa y unos *involtini* de pez espada. Lo esperaba una estupenda velada.

Encendió el horno para calentar los platos. El teléfono sonó otra vez.

—¿Sí?

—Soy Liliana.

A Montalbano no lo sorprendió demasiado. Se habían separado en una situación demasiado confusa; él la había dejado plantada, y era evidente que antes o después ella le pediría una explicación.

—¿Has llamado tú hace un rato? —preguntó el comisario, en vista de que Liliana no seguía hablando.

—Sí, he oído tu coche y no he...

Se interrumpió de nuevo. ¿Iba a decir «resistido»? La entonación que le había dado a la frase sugería esa conclusión.

—¿Por qué has colgado?

—No lo sé.

Si hubiera estado en la comisaría, habría insistido: ¿y por qué me llamas ahora otra vez? Pero se quedó callado. Y Liliana también. Al cabo de un momento, ella dijo, y parecía incómoda:

—¿Me creerás si te digo que no recuerdo casi nada de lo que sucedió anoche?

Déjala hablar; no te arriesgues a abrir la boca, Montalbà.

—Bebí demasiado —prosiguió Liliana— y debí de hacer cosas... cómo diría... inapropiadas, para que escaparas de aquel modo. Tengo que darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por no haberte... aprovechado.

Era muy hábil, no cabía duda. Le había dado la vuelta a la tortilla y le había pasado la patata caliente con desenvoltura y elegancia. Ahora le tocaba a él mover ficha, y debía estar atento a las palabras que pronunciaba.

—Me fui porque me necesitaban en comisaría.

—El deber ante todo, ¿eh?

¿Lo decía con ironía?

—En ese caso —prosiguió—, me siento más tranquila. No fue porque yo te incomodara.

Hubo otra pausa. El comisario quería que ahora fuese ella la que echara la primera carta.

—Me gustaría hablar contigo —añadió.

Tenía la clara intención de volver a empezar toda la historia desde el principio. Entonces el comisario decidió intervenir. Era una buena jugada, y un buen momento, para entender algo de las verdaderas relaciones de Liliana con su marido, un hombre que aparecía y desaparecía continuamente y del que, en definitiva, nadie sabía nada.

—Por cierto, ¿podrías decirme dónde se encuentra actualmente tu marido?

—¿Adriano?

—¿Tienes otro con un nombre distinto?

Ella estaba demasiado desconcertada por la pregunta para replicar al comentario socarrón.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Para qué quieres saberlo?

Parecía sinceramente preocupada; su tono era temeroso.

—Hemos recibido una denuncia contra él —improvisó Montalbano— por una pelea que se produjo hace unos días.

—¿Estás seguro de que se trata de Adriano?

—Precisamente por eso quisiera hablar con él.

Liliana vaciló antes de contestar.

—Verás, no sé dónde está en este momento, pero si quieres lo llamo y le digo que te telefonee a casa.

Era evidente que no quería darle el número de teléfono de su marido. Y ahí era a donde quería llegar Montalbano. ¿Por qué Adriano se protegía las espaldas de ese modo?

—No hay tanta prisa. Además, tú podrías ayudarme.

—¿Cómo?

—Te digo los datos que constan en la denuncia: Adriano Lombardo, hijo de Giovanni y de Nicoletta Valenza...

—¡No, no! —lo interrumpió Liliana—. El padre de Adriano se llamaba Stefano y murió hace seis años, y su madre se llama Maria Donati.

—Entonces se trata de un caso de homonimia. Mejor así. Asunto resuelto.

—Me alegro. ¿Y nosotros cómo quedamos?

Montalbano se hizo el tonto para no meter la pata.

—¿En qué sentido?

—¿Cuándo volvemos a vernos?

Insistente, la chica.

—Pues esta noche no es posible porque espero llamadas de trabajo.

—Entonces, ¿cuándo?

—¿Mañana vas a trabajar?

—Sí, claro.

—Creo que todavía no te han devuelto el coche.

—No.

—Entonces nos vemos mañana a las ocho, y acordamos cuándo y dónde. ¿Te parece bien?

—Si no hay más remedio...

Estaba decepcionada, y se lo insinuaba.

Colgaron.

«Así —pensó el comisario—, mañana por la mañana colaboro para que conozcas a mi segundo, el *dottor* Mimì Augello, hombre capaz de dar sopas con honda a don

Juan».

Puso la mesa en la galería y se comió con gusto el *sartù*, los *involtini* y un platazo de achicoria silvestre, amarga como el veneno. Después se sentó en una butaca para ver la televisión.

Ragonese se guardó mucho de hablar de lo sucedido; esta vez la tomó con el alcalde y el problema de la recogida de basura.

Algo más tarde telefoneó Livia. Parecía de buen humor.

—Hoy me lo he pasado bien.

—¿Dónde has estado?

—No te lo digo.

—Así vas a hacer que sospeche lo peor.

—Por favor, comisario, no sospeche.

—Entonces dime dónde has estado.

—Una amiga me ha llevado a una quiromántica.

Montalbano se puso hecho un basilisco.

—Pero ¿cómo puedes hacer esas idioteces? ¿Ahora te da por ir a quirománticos? Si sigues así, acabarás consultando brujas.

—Vamos, Salvo...

—¡Ni vamos ni leches! ¡Espero que no te hayas creído sus bobadas!

—¿No tengo que creérmelas?

—¡De ninguna manera! ¡Sería una estupidez!

—Lástima.

—¿Por qué?

—Porque me ha asegurado que me eres de lo más fiel.

Montalbano había caído de cuatro patas en la trampa. Se cabreó todavía más. Y la discusión fue inevitable.

Liliana lo esperaba delante de la verja. Subió al coche, pero no lo besó. Sólo le dijo:

—Hola, Salvo.

No estaba alegre como las otras veces; durante el viaje no hizo más que mirar la carretera. Su actitud no se correspondía con la de la llamada de la víspera. A lo mejor durante la noche, o a primera hora de la mañana, había recibido alguna noticia que la había puesto nerviosa.

Habían quedado en que durante el viaje decidirían dónde y cuándo verse de nuevo, pero ella no habló del asunto. Y Montalbano tampoco se lo recordó.

En la parada del autobús, antes de bajar del coche, Liliana le dijo que lo llamaría por la noche.

—Adiós.

Y punto. Nada de besos ni caricias. Estaba claro que tenía la cabeza en otro sitio.

La primera parte de la mañana transcurrió en calma. Faltaba poco para mediodía cuando Catarella lo llamó para decirle que en la línea estaba el fiscal Tommaseo.

—Buenos días, *dottore*, dígame.

—He recibido su denuncia contra ese periodista... cómo se llama...

—Ragonese.

—Eso. Y he teni... do... do... ocasión de ver y de re... re... pasar...

«... mi mi, fa fa, sol sol...», continuó mentalmente el comisario.

—... la... la... grabación —concluyó el fiscal.

Faltaba la última nota, pero el fiscal se detuvo ahí, sin aliento. El ataque de tartamudez se lo había producido Liliana medio desnuda en la cama.

El *dottor* Tommaseo, del que se sabía que no tenía pareja, era un auténtico maníaco sexual que no practicaba el sexo y, por consiguiente, babeaba ante la visión de cualquier mujer guapa, viva o muerta.

—¿Qué le parece?

—¡Espléndi... da... da!

—No me refería a la señora, *dottore*, sino a la denuncia. ¿Piensa proceder enseguida?

—Cuan... do... do... la haya re... re... visado bien, co... mi... mi... sario. No quiero hacerme una idea fa... fal... sa, sino muy sól... sól... ida de la... la... señora y de la si... si... tuación.

¡Esta vez había conseguido hacer toda la escala!

—¿Quiere convocarla?

—Un... un... careo los dos... dos... cara a cara en el tres... tres... illo...

Dios mío, ¿y ahora se ponía a contar? ¿Hasta dónde tenía intención de llegar? ¿Hasta cien? ¿Hasta mil? A este paso se les echaba la noche encima. El comisario colgó. Si Tommaseo telefoneaba otra vez, le diría que se había cortado la línea. Pero Tommaseo no volvió a llamar.

En cambio, recibió una llamada de Mimì Augello.

—¿No has ido a Montelusa?

—¡Claro que sí! Te estoy llamado precisamente desde delante de la tienda.

—¿Y qué?

—Pues verás, Salvo, he llegado alrededor de las nueve y media y he recorrido dos veces las tres plantas sin ver a la mujer que me describiste.

—Puede que no la hayas visto porque estaba dentro de un probador con una clienta.

—A mí también se me ha ocurrido eso, ¿qué te crees? Me he situado frente a la hilera de probadores a esperar. Nada, ni rastro. Así que me he acercado a una dependienta y, haciéndome pasar por el marido de una clienta, he entablado conversación con ella. Al cabo de un rato le he preguntado por la señora Lombardo y

me ha dicho que su jefa había llegado puntual, pero que cinco minutos después ha recibido una llamada que la ha alterado mucho y se ha ido diciendo que se tomaba el día libre. Te he llamado para informarte. Y ahora te dejo porque la tienda está cerrando.

—¿Y a ti qué te importa que cierre?

—Salvo, piensa un poco. He invitado a comer a la dependienta, que se llama Lucia, y te aseguro que...

Montalbano colgó.

¿Qué le pasaba a Liliana? ¿Algo se le estaba torciendo?

Al salir para la *trattoria* de Enzo, le preguntó a Catarella por Fazio, al que no había visto en toda la mañana.

—*Dottori*, ha llamado a las ocho para comunicar que iba a Montelusa.

—¿Te ha dicho qué iba a hacer allí?

—No, *signor dottori*.

Nada más subir al coche, cambió de idea y se dirigió a Marinella. Quizá Liliana había vuelto a casa. Al pasar por el chalet aminoró la marcha. La verja y las ventanas estaban cerradas. No estaba o, si estaba, fingía no estar.

Se fue a comer.

Había terminado cuando Enzo le avisó de que lo llamaban por teléfono.

Era Mimì Augello.

—Perdona, Salvo, pero como Lucia...

—¿Quién es ésa?

—La dependienta. Estoy comiendo con ella... Por cierto, le he dicho a Beba que esta noche tengo una vigilancia, así que, por favor, no hagas lo de siempre y...

—Está bien, pero ¿qué querías decirme?

—No sé si es importante... Me dijiste que esa tal Liliana se entendía con un dependiente, Arturo Tallarita. ¿Es así?

—Sí.

—Vale, pues Lucia, que es bastante habladora, me ha contado que esta mañana el chico no ha ido a trabajar. Y ni siquiera ha llamado para avisar.

—Gracias, Mimì.

—Por favor, acuérdate, si por casualidad Beba te llama, confirma que esta noche estoy de servicio.

¿A que al final iba a resultar que se trataba de una escapada amorosa, como la que planeaba Mimì? Quizá de un solo día, para estar totalmente libres, sin tener que esconderse de todos...

—¿Qué has ido a hacer a Montelusa?

—He pasado la mañana en la Cámara de Comercio.



—¿Por qué?

—Quería informarme sobre Adriano Lombardo. Y averiguar si quizá tiene un almacén en algún pueblo de la provincia.

—¿Qué has encontrado?

—Nada. Mejor dicho, él comunicó como dirección de la actividad primero el almacén de via Pisacane y después el de via Palermo. Luego escribió informando de que había dejado también el local de via Palermo y que la sede de la actividad se encontraba en Marinella.

—Lo que significa que volvemos a la hipótesis que más o menos ya habíamos formulado, o sea, que el tercer almacén, suponiendo que haya alquilado otro, se encuentra en un pueblo de otra provincia.

—Exacto. ¿Quiere que continúe indagando?

—Sí, pero a ratos perdidos.

—¿Hay noticias del *dottor* Augello?

—Sí.

—¿Y qué tal son?

—Para él buenas, para nosotros no.

—¿Qué significa eso?

Montalbano se lo explicó. Cuando hubo acabado, Fazio se quedó mirándolo dubitativo.

—¿Usía cree de verdad que se trata de una escapada amorosa?

—¿Tú no?

—Tengo mis dudas.

—Explícate.

—Si desaparecen un día entero de su puesto de trabajo, todos pensarán que tienen una relación o, al menos, que hay entre ellos algún acuerdo. Están haciendo exactamente lo contrario de lo que habían hecho hasta ayer con tanto empeño.

El razonamiento no era incorrecto.

—¿Entonces...?

—Quizá se han visto obligados a hacerlo.

—¿Por quién?

—*Dottore*, qué quiere que le diga. Esperemos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Ah, casi se me olvida. Deme las llaves del coche.

—¿Por qué?

—Porque voy a devolvérselo al chapista y a recoger el suyo, que ya está arreglado.

Mientras le daba las llaves, a Montalbano se le ocurrió una cosa.

—¿Me haces un favor?

—A su disposición.

—¿Puedes ir ahora a ver a la señora Tallarita?

—Claro. ¿Qué quiere saber?

—Si tiene noticias de su hijo.

—Voy para allá.

—Pero no le des a entender nada, no quisiera alarmarla. Te espero aquí.

Fazio regresó al cabo de una hora.

—*Dottore*, no ha sido necesario tomar precauciones. He encontrado a la señora Tallarita bastante preocupada por su hijo, tanto que casi se desmaya cuando ha sabido quién era yo.

—¿Qué ha pasado?

—No tiene noticias de Arturo desde anoche. Salió de casa después de cenar y dijo que volvería tarde. Pero no volvió. Esta mañana la han llamado de la tienda para preguntar por qué su hijo no había ido a trabajar, y esa llamada la ha dejado aún más preocupada.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que si quería presentar una denuncia por desaparición, estaba a su disposición. Pero se ha negado. —Fazio hizo una pausa y continuó—: *Dottore*, me ha dado la impresión de que estaba al corriente de la historia de su hijo con Liliana Lombardo.

—¿Ah, sí?

—De repente ha empezado a murmurar sobre una «puta», y después ha mascullado algo sobre Marinella, o eso me ha parecido...

—¿Cómo se habrá enterado?

—Se lo habrá contado el que le presta el Volvo a Arturo, el vecino Micciché.

Era probable.

—Me voy a recoger el coche.

Augello se presentó inesperadamente.

—¿Te ha dado plantón Lucia?

—Pero ¡qué dices! Hemos quedado a las ocho y media. Quería contarte una cosa. Después de mi llamada desde el restaurante, Lucia ha vuelto a hablar de la señora Lombardo. Dice que, cuando ha colgado el teléfono, Liliana estaba trastornada. Que el director no quería darle permiso para marcharse y que ella le ha contestado de malos modos.

Cuando se hizo la hora, salió del despacho, cogió las llaves que Fazio le había dejado a Catarella y se paró para examinar su coche en el aparcamiento. Todaro había hecho un trabajo excelente.

Se dirigió a Marinella. Y durante el viaje no hizo otra cosa que preguntarse por qué Arturo y Liliana habían desaparecido.

Primero se había ido Arturo, luego Liliana. Probablemente, la llamada que recibió

en la tienda era del propio Arturo. Quizá para ponerla sobre aviso de una situación nueva y peligrosa.

Montalbano circulaba tan despacio que, cuando tuvo que detenerse antes de girar a la izquierda para tomar el camino que conducía a su casa, el motor se caló.

Intentó ponerlo en marcha, pero el coche dio un brinco y se detuvo otra vez, atravesado.

Acto seguido, se desató una tormenta de bocinazos e insultos.

Sin embargo, Montalbano ni siquiera los oía. Estaba completamente inmóvil, con las manos sobre el volante y los ojos como platos.

Se había acordado. Era ahí, en ese punto exacto, donde le habían disparado, al cometer el mismo error que en ese momento. La noche que volvía con Liliana después de cenar *arancini* en casa de Adelina. Y él había confundido el impacto contra la carrocería con el golpe de una piedra rebotada.

Finalmente consiguió hacer la maniobra y entrar en el camino.

El chalet de los Lombardo estaba a oscuras.

Se le había pasado el hambre.

Cogió la botella de whisky y un vaso y fue a sentarse en la galería.

Habían disparado con la intención de matar. Y habían apuntado bien. Pero no podían calcular que, de buenas a primeras, el coche fuera a dar un brinco.

Y el objetivo no era él; si hubieran querido matarlo, el tirador debería haberse situado al otro lado de la carretera.

O sea, que habían intentado eliminar a Liliana.

La revelación tuvo un efecto bastante curioso en el comisario. La sorpresa, la incredulidad y el estupor le duraron menos que nada, porque de pronto salieron a flote, como un balón lleno de aire que se libera de la piedra que lo retiene en el fondo del mar, la plena conciencia, el convencimiento absoluto de haber sospechado siempre que Liliana no sólo no era quien parecía, sino que encerraba casi todas las respuestas a las preguntas que lo habían asaltado los últimos días.

En cualquier caso, la confirmación cambiaba la perspectiva de todo lo sucedido hasta entonces.

Ahora era preciso examinar desde el principio el conjunto desde otro punto de vista. Porque ya no se trataba de mentiras, desfiles por la pasarela y exclusivas frustradas, sino de un intento de homicidio.

El salto cualitativo era notable, barría de un plumazo ese aire de juego que había marcado su relación con aquella mujer.

A lo mejor, lo que ella buscaba haciendo creer a todos que era su amante era ayuda, protección.

¿Y qué pasos convenía dar ahora?

¿Esperar a que Liliana volviera, antes o después, al chalet? ¿Ir a buscarla? Y una vez que la encontrara, ¿decirle qué?

¿Debía someterla a interrogatorio? ¿Basándose en qué elementos concretos?

Necesitaba ayuda. No era cuestión de recurrir a Mimì precisamente esa noche, así que telefoneó a Fazio.

—Perdona que te llame a estas horas. ¿Has terminado de cenar?

—Ahora mismo.

—¿Te da mucha pereza venir a mi casa?

—Ahora voy.

Ni siquiera pidió explicaciones.

Veinte minutos después, Fazio llamaba a la puerta. Se había dado prisa. La curiosidad lo reconcomía.

—¿Hay luz en el chalet de los Lombardo?

—No, señor; está completamente a oscuras.

Lo hizo pasar a la galería y le contó lo que había recordado.

Fazio se quedó impresionado, pero su sensatez no tardó en imponerse.

—*Dottore*, en conclusión, nada demuestra que quisieran matarla porque esté directamente implicada en algún asunto, sino quizá para vengarse de un agravio cometido por uno de sus dos hombres, Arturo o su marido. Una venganza transversal.

—Es posible. Pero está claro que tenemos que insistir con ella.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó Fazio con semblante sombrío.

—Te he llamado porque dos cabezas piensan mejor que una. En mi opinión, lo primero es localizar a Liliana.

—En la mía también.

—Pero ¿cómo procedemos? Al parecer, está con Arturo, pero no es seguro.

—Podemos hacer una comprobación en todos los hoteles de la provincia.

—Puede que perdamos el tiempo.

—¿Y si enviamos un aviso de búsqueda a todas las comisarías?

—Me parece otra pérdida de tiempo. Necesitamos localizarla rápidamente. Si lo han intentado una vez, ten por seguro que repetirán. —Mientras pronunciaba estas palabras, de repente se le ocurrió una idea.

—Dígame —le pidió Fazio.

Montalbano lo miró perplejo.

—Pero ¡si no he abierto la boca!

—*Dottore*, lo conozco desde hace demasiado tiempo para no darme cuenta de lo que le pasa por la cabeza. ¿Qué ha pensado?

—He pensado que es posible que en este momento Liliana y Arturo se encuentren a dos pasos de nosotros, en el chalet. Y permanecen a oscuras para que todo el mundo crea que no hay nadie.

—Pero, si va a llamar a la puerta, no abrirán.

—¿Y quién te dice que voy a llamar a la puerta?

Fazio pilló al vuelo la idea de Montalbano.

—Coja los guantes.

—¡No me hagas reír! ¡Ahí dentro hay huellas dactilares mías a porrillo! ¿Sabes la de cosas que toqué la noche que fui a cenar? ¡El que tiene que ponérselos eres tú!

Para abrir la puerta, Montalbano utilizó un manajo de ganzúas que le había regalado un ladrón retirado. Tardó un segundo y no hizo el menor ruido.

Fazio lo siguió.

Nada más entrar, el comisario olfateó el aire. Se percibía aún el aroma del café de la mañana. Aguzó el oído. Ningún ruido. En el profundo silencio que reinaba, se habría oído incluso la respiración de una persona.

—No hay nadie —dijo Fazio en voz baja.

—Enciende la linterna.

Se advertía cierto desorden. La primera puerta a la derecha era la del dormitorio. Y ahí el desorden era enorme; el armario estaba abierto de par en par, era evidente que faltaban vestidos, y había bragas y sujetadores esparcidos por el suelo y la cama.

—Liliana debe de haber venido —dijo el comisario—. Ha hecho la maleta y se ha ido.

—Y nosotros también podemos irnos —repuso Fazio, al que no gustaban esas situaciones de peligro que atraían a su jefe.

—Espera que mire una cosa. Alúmbrame.

Se acercó a la habitación suplementaria del chalet. La puerta estaba cerrada con llave; el comisario la abrió con una ganzúa. Había una cama individual y un armario pequeño. En una estantería metálica había apilados cinco ordenadores y cuatro impresoras.

—Demasiado pequeña para ser un depósito. Los ordenadores no los tiene aquí —dijo Fazio.

Salieron y el comisario cerró la puerta.

Volvieron a sentarse en la galería.

—Por lo menos ahora sabemos que Liliana ha volado —dijo Montalbano—. Y que no se trata de un vuelo breve, de un día o poco más. A saber cuándo volveremos a verla.

—Debe de haber regresado aquí en autobús después de recibir la llamada, ha hecho la maleta y se ha largado. Pero ¿cómo? A pie, con la maleta, seguro que no. ¿En un medio de transporte público? ¿Un taxi o un autobús? Y si era un autobús, ¿cuál? Por la carretera provincial pasan muchos, en dirección a Montereale, Fiacca, Trapani, Palermo, Catania...

—Habría que informarse.

—Mañana temprano me ocupo de eso.

Era inútil entretener más a Fazio. El comisario se despidió de él y lo acompañó a la puerta.

Más tarde, asediado por mil pensamientos, le costó Dios y ayuda conciliar el sueño.

A las siete y diez, ya preparado para salir de casa, recibió una llamada de Fazio.

—Me he informado. No pidió un taxi. Puedo probar con los autobuses, pero tardaría mucho tiempo.

—Olvídalo. Yo iré a la oficina más tarde, hacia las ocho y media o las nueve. Espérame.

Salió disparado para Vigàta, pero, en vez de ir a la comisaría, se dirigió a via Pisacane.

Cinco minutos después llamaba a la puerta de la señora Tallarita. Nada más verla, el comisario la compadeció.

Era evidente que la pobre mujer estaba destrozada; había pasado la noche en vela y debía de haber llorado mucho.

Reconoció de inmediato a Montalbano.

—¿Qué le ha pasado a Arturo? —preguntó, asiéndolo de los brazos.

—No sabemos nada de él, señora.

La mujer lo soltó y se echó a llorar.

—¡Nunca había estado tanto tiempo fuera de casa sin decirme nada! ¡Cómo ha cambiado! Desde que conoció a esa puta...

Se calló de golpe y miró de reojo al comisario para observar cómo reaccionaba. Montalbano decidió jugar con las cartas boca arriba. No podía dedicarse a marear la perdiz.

—¿Se refiere a Liliana Lombardo?

La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Y usía cómo lo sabe?

—Nosotros, señora, lo sabemos todo —repuso Montalbano en un tono que ni el jefe de la CIA—. Hace tiempo que la vigilamos.

—¡Esa zorra! ¡Esa pelandusca! —explotó la señora Tallarita.

—Señora, le ruego que responda a mis preguntas. Por el interés de su hijo Arturo.

—¿Usía piensa que se ha escapado con ella?

—Es una hipótesis posible.

—Pregunte.

—Quien le habló de la relación que mantienen Arturo y Liliana Lombardo fue el señor Micciché, ¿no es cierto?

La señora lo miró sorprendida.

—¿Micciché? ¿Y qué pinta en esto ese pobre hombre? ¡Está inmovilizado en una silla de ruedas!

Era sincera, no cabía duda. Montalbano también se sorprendió; estaba convencido de que la había informado Micciché, pero no lo dejó traslucir.

—Entonces, ¿quién fue?

—Un día me crucé en la escalera con el señor Nicotra...

—¿Carlo Nicotra?

—Ese mismo. Él me lo contó todo, me dijo que en el pueblo se hablaba y se murmuraba, y que esa mujer era muy mala y llevaría a mi hijo a la perdición.

Se echó a llorar de nuevo, desesperada, mientras el comisario digería con dificultad la respuesta.

—Señora, una última pregunta y la dejo en paz. ¿Tiene el número de móvil de Liliana Lombardo?

—N... no.

No era cierto. No sabía mentir.

—Señora, cuanto más me oculte la verdad, menos posibilidades tendremos de encontrar a Arturo.

Eso la convenció.

—Bueno, sí lo tengo.

—¿Ha telefoneado alguna vez a Liliana Lombardo?

—Sí, señor.

—Dígame cuándo.

—Ayer por la mañana, cuando vi que mi hijo aún no había vuelto tras pasar la noche fuera. Me preocupé, me puse a buscar entre sus cosas y encontré una libreta con números de teléfono.

—¿Y la llamó?

—Sí, señor.

—¿Hacia qué hora?

—Las nueve de la mañana.

—¿Y qué le dijo?

—Le pregunté si mi hijo había pasado la noche con ella.

—¿Y qué contestó?

—Sólo dijo que no y colgó. ¡La muy puta! ¡La muy guarra! ¡Si la pillo, le retuerzo el pescuezo como a una gallina!

Cuando se hubo calmado un poco, el comisario le dio las gracias, le prometió que la mantendría informada y se dirigió hacia la puerta.

La señora Tallarita quiso acompañarlo, razón por la cual Montalbano se vio obligado a bajar un tramo de escalera, esperar un poco y a continuación volver a subir con sigilo.

En esta ocasión llamó a la puerta de Micciché. Le abrió una mujer que llevaba un sombrerito y un carro de la compra.

—¿Qué quiere? Voy a salir.

—Soy el comisario Montalbano. —Habló en voz baja por miedo a que la señora Tallarita lo oyera.

—¿Qué? Hable más fuerte, que no oigo bien.

—No puedo. Estoy afónico.

Mientras tanto había aparecido Micciché en su silla de ruedas.

—Pase, pase.

La mujer salió renegando contra la gente que le hacía perder tiempo. El comisario entró y cerró la puerta.

—Sólo le robo un minuto. ¿Sabe si Arturo cogió el Volvo anoche?

Micciché puso cara de preocupación.

—¿Ha pasado algo?

—No se tienen noticias de Arturo. ¿Sabe si cogió el coche o no?

—No lo sé.

—¿Tiene una copia de las llaves del garaje?

—Pues sí.

—Si me las da, se las devuelvo enseguida.

Micciché se las entregó.

—Es en el número once, ¿verdad?



—Sí.

El Volvo estaba en el garaje con el motor frío. No lo habían usado en varios días. Y eso no era buena señal.

Montalbano le devolvió las llaves a Miccichè, que pareció alegrarse de saber que su coche ni entraba ni salía en el asunto de la desaparición de Arturo.

Sólo faltaba comprobar otra hipótesis. Fue al taller mecánico.

—¿Cómo va la reparación del coche de la señora Lombardo?

El mecánico lo miró asombrado.

—Pero ¿cómo, *dottore*, la señora no se lo ha dicho?

—¿El qué?

—Ayer por la mañana, hacia las nueve y media, me telefoneó para preguntarme si el coche estaba listo. Yo le contesté que podría entregárselo a mediodía. Y ella me pidió que se lo llevara al chalet.

—¿Y se lo llevaste?

—Claro. Me pagó y adiós muy buenas.

—¿Estaba sola?

—Sí. Pero yo no entré en su casa.

—Hazme un favor. Dime la marca y el número de matrícula.

El mecánico le dio los datos sin hacer comentarios.

—Entonces —dijo Fazio—, se largó con su coche. Y es posible que Arturo también.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Cuando acompañé a Liliana ayer por la mañana, estaba bastante nerviosa. Pensé que había tenido una discusión con Arturo. En cambio, ahora creo que estaba nerviosa porque no tenía noticias de su amante. Y la llamada que recibió de la señora Tallarita en la tienda le confirmó que Arturo había desaparecido. Eso hizo que le entrara pánico, hasta el punto de coger el coche y huir. Lo que significa que los dos sabían que estaban jugando con fuego.

—¿Adónde habrá ido?

—Tengo una idea al respecto, pero, si la digo, me temo que el jefe superior hará que me sometan a otro reconocimiento.

Fazio se quedó de piedra.

—¿De qué reconocimiento habla?

—Uno para comprobar mi salud mental.

Fazio no salía de su asombro.

—Pero ¿cuándo se lo han hecho?

—No te preocupes; es que lo soñé.

Fazio soltó un suspiro de alivio.

—Dígame a mí esa idea, que yo no soy el jefe superior.

—En mi opinión, Liliana ha ido a reunirse con su marido.

—¿Por qué?

—Una vez me dijiste que Liliana y Arturo podían estar conchabados y que quizá el chico estaba al corriente de todos los tejemanejes de Liliana conmigo. ¿Y si ella se hubiera hecho amante de Arturo después de acordarlo con su marido? O mejor dicho, por orden de su marido.

Fazio pensó un momento.

—¿Con qué finalidad?

—Todavía no lo sé.

—Pero, si fuera así, ¿adónde llevaría ese camino?

—La respuesta es fácil. O a un callejón sin salida o a una autopista que conduce directamente a la verdad.

—Es preciso localizar a Adriano Lombardo. Y sin perder tiempo.

—Sí. Por cierto, ¿tú me dijiste que Carlo Nicotra no tenía ningún interés en Arturo?

—Sí, señor, se lo dije.

—Pues, mira por dónde, el que le puso la mosca tras la oreja a la madre de Arturo, pintándole a Liliana Lombardo como una mujer peligrosa para su hijo, fue precisamente Carlo Nicotra.

—¿En serio?

—Como lo oyes. Resumiendo, Nicotra no será gay, pero está claro que a Arturo lo quiere todo para él.

—*Dottore*, si es así, Nicotra no lo hace porque esté enamorado de Arturo, sino porque de una u otra manera la droga está por medio; puede poner la mano en el fuego.

—Y la pongo. Y además te hago una pregunta: ¿no es posible que Arturo haya ocupado el puesto de su padre mientras éste está en la cárcel, y por eso Nicotra lo tiene controlado?

Fazio se mostró dubitativo.

—¿Y de dónde saca el tiempo para hacerlo? A no ser que venda la droga en la tienda donde trabaja...

—Podría ser. ¿Por qué no te acercas a Montelusa y hablas con tu amigo de Narcóticos? Ellos saben cuáles son los puntos de venta.

—Voy ahora mismo —dijo Fazio, levantándose.

—Espera.

Fazio volvió a sentarse.

No; esta vez la idea era realmente demasiado descabellada para exponerla.

Montalbano decidió obtener la información que deseaba mediante una historia inventada sobre la marcha.

—Se me ha ocurrido que, mientras tú estás en Montelusa, yo puedo intentar localizar a Lombardo.

—¿Va a telefonar a las comisarías?

—Te repito que eso es una pérdida de tiempo. Si estuviera acusado de algo, la cosa sería distinta.

—Entonces, ¿qué quiere hacer?

—Quizá la dirección general de la empresa para la que trabaja esté informada de sus desplazamientos.

—Bien pensado.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Star Computer. Tiene la sede en Milán. ¿Quiere que le busque la dirección?

—No hace falta; ya me ocupo yo.

No era cuestión de meter por medio a Catarella; éste podía organizar un lío de mucho cuidado. Mandó llamar a Gallo.

—Cierra la puerta y siéntate.

—A sus órdenes, *dottore*.

—Llama desde mi teléfono directo a información y pídeles el número de la empresa Star Computer de Milán.

Gallo no tardó nada en tenerlo. Lo anotó en un papel.

—Ahora llama a la centralita de la empresa, di que eres el secretario del honorable diputado Rizzopinna, de la comisión antimafia, y que quieres hablar con el jefe de personal.

—¿Y luego?

—Cuando se ponga al teléfono, le dices: «Le paso con el honorable diputado Rizzopinna». Pon el manos libres.

Todo se desarrolló sin tropiezos. Montalbano tuvo tiempo de repasar la tabla del siete antes de que una voz decidida, propia de quien está acostumbrado a mandar, preguntara:

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

Más que una pregunta, parecía una orden, un: «¿Quién va?» Por toda respuesta, el comisario adoptó el tono de quien considera una soberana pérdida de tiempo hablar con el común de los mortales y por ello escatima las pausas entre una palabra y otra.

—Creo que ya se lo he dicho.

Soy el honorable diputado.

Orazio Rizzopinnade Castelbuono,

miembro subsidiario y permanente

de la comisión nacional parlamentaria para el trabajo subalterno.

Se le había olvidado que pertenecía a la comisión antimafia.

Sabía por experiencia que los nombres largos y los cargos complicados causaban cierto efecto. De hecho, la voz de su interlocutor perdió al instante toda autoridad.

—Buenos días, honorable diputado, a sus órdenes.

—¿Puedo saber quién está al aparato?

—Gianni Brambilla, jefe de personal.

—¡Ah, por fin! Deseo una información.

—A su disposición.

—¿Los representantes exclusivos de su empresa dependen de su departamento?

—Por supuesto.

—¿Puede decirme si uno que se llama... espere un momento... sí, Adriano Lombardo, sí, él, Lombardo, si sigue siendo su representante único para toda la región de Sicilia?

—Honorable, ¿podría aguardar un momento al aparato?

—Rápido, por favor.

Gallo lo observaba admirado.

Brambilla no tardó en volver.

—¿Honorable? Lombardo fue despedido hace tres meses. Ya no es representante nuestro. Bajo rendimiento. Devolvió el material en depósito.

—Muchas gracias.

Lo que imaginaba. En el fondo, la idea no era tan descabellada como había creído.

—¿Me necesita todavía? —preguntó Gallo.

—No, gracias. Y por favor, no le cuentes a Catarella lo que te he pedido que hagas, que seguro que se lleva un disgusto.

En cuanto salió Gallo, mandó llamar a Augello.

—¿Qué tal con la dependienta?

—Fue algo en parte placentero y en parte no.

—¿Por qué?

—¡Porque habla por los codos! ¡Madre mía, no está callada ni un segundo! Es capaz de seguir hablando hasta cuando...

Montalbano prefirió que no entrara en detalles.

—¿Ah, sí? ¿Y por casualidad te dijo, hablando de esto y lo otro, si Arturo Tallarita vende droga?

—No mencionó nada de eso, ni remotamente. Ahora conozco vida y milagros de todos los que trabajan en esa tienda, así que estoy convencido de que, si ése vendiera droga, Lucia me lo habría dicho.

—¿Sabes que Arturo y Liliana Lombardo han desaparecido?

Augello no se inmutó.

—¿Una escapada amorosa?

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué?

El comisario se lo contó todo. Desde la tentativa de homicidio de Liliana hasta el último descubrimiento de que a Adriano Lombardo lo habían despedido de la empresa.

—Es posible que esto último no signifique nada —dijo Mimì—. A lo mejor recibió una oferta de la competencia y aceptó.

En efecto, era posible. Pero, en tal caso, ¿por qué Liliana decía que seguía trabajando de representante y por qué él daba más vueltas que una peonza?

—¿Tú qué harías para localizarlo?

—¿A Lombardo? ¡Será difícil! Es posible que a estas horas ya no esté en Sicilia.

—Pero si aún estuviera aquí...

—Bueno, las comisarías...

—¡Fazio y tú estáis como tontos con las comisarías! Una petición así, si no está bien motivada, se la pasan por la entrepierna. O no te contestan o te contestan al cabo de un mes.

—Pues motívala.

—¿Y qué hago, pongo que se lo busca por homicidio?

—Con menos es suficiente.

—Ponme un ejemplo.

—Bueno, puedes decir que su mujer, sobre la que estamos indagando, cosa que es cierta dado que han intentado matarla, ha desaparecido sin dejar rastro y por eso necesitamos imperiosamente ponernos en contacto con el marido.

Era verdad.

—Mimì, hazme un favor, ocúpate tú.

—Muy bien.

Fazio regresó al cabo de una hora.

—En Narcóticos no les consta que en esa tienda se venda droga.

Montalbano le contó las últimas novedades.

—Entonces, no nos queda más remedio que esperar —dijo Fazio, resignado.

Pero al comisario le bullía la sangre, no tenía ganas de estar quieto. Se le ocurrió otra idea.

Ante el semblante interrogativo de Fazio, cogió el teléfono y llamó a Adelina, que se alarmó al oírlo:

—¿No estaba buena la cena de anoche?

—Estaba deliciosa. Tengo que preguntarte una cosa.

—Dígame.

—Escúchame bien, Adelì, ¿te acuerdas de la señora Lombardo, la que fue a comer los *arancini*...?

—¡Cómo no me voy a acordar!

—¿Por casualidad sabes si tiene una asistenta que vaya con regularidad a limpiar la casa?

—Sí, señor, la tiene.

—¿La conoces?

—Sí, señor. Coge conmigo el autobús para ir a Marinella tres veces a la semana.

—¿Sabes cómo se llama?

—Cuncetta Lodigo.

—¿Sabes dónde vive?

—Claro que lo sé. Al lado de mi casa, en el *vicolo* Gesù e Maria, pero no sé el número.

—Gracias.

Llamó a Catarella por el teléfono interior.

—Catarè, mira si en el listín telefónico sale un tal o una tal... espera un momento... Lodigo.

Catarella se quedó callado; el comisario lo oía respirar.

—Catarè, ¿qué haces?

—Estoy en espera, *dottori*.

—¿De qué?

—De saber cómo se llama.

—¿Quién?

—La persona de la que me ha dicho espera que te lo digo.

—Catarè, se llama así, Lodigo, igual que tú te llamas Catarella, ¿comprendes?

—Ahora sí, *dottori*.

Al poco, Catarè hizo oír de nuevo su voz:

—En el listín no sale ningún Lodigo. Lo que hay es un Lofigo. ¿Qué hago? ¿Lo llamo? —Como para Catarella daba igual un apellido que otro...

—No. ¿Sabes qué? —le dijo a Fazio mientras colgaba—. Después de comer iré a verla. Ven tú también, pásate por la *trattoria* de Enzo dentro de una hora y media.

Quiso hacer una comida ligera para mantener la cabeza lo más despejada posible.

Fazio fue puntual. Se dirigieron al *vicolo* Gesù e Maria. Afortunadamente, el *vicolo* en cuestión consistía en tres casuchas de tres plantas a un lado y tres al otro. Y tuvieron un golpe de suerte inesperado.

El primer portal al que se acercaron no tenía interfono, como cabía esperar, pero estaba abierto. Entraron en el patio y a la izquierda vieron a un septuagenario sentado en una silla de paja fumando en pipa.

Debía de haber cocido tabaco mezclado con caca de perro, porque a su alrededor el aire apestaba. Hasta las moscas se mantenían a distancia.

—Disculpe, ¿podría decirme si la señora Cuncetta Lodigo...? —empezó Fazio.

—Es mi hija —lo interrumpió el viejo.

—¿Haría el favor de decirle...?

—Yo con ésa no me hablo y así pienso seguir. Vivimos juntos, pero no nos hablamos. Estamos peleados. Esa desgraciada no me deja fumar en pipa en casa.

Y escupió a un centímetro de los zapatos de Fazio una materia densa y marrón que parecía mermelada.

No hacía tan mal, la hija.

—Dígame entonces en qué piso vive.

—En el primero. Segunda puerta a la izquierda.

—¿Está en casa?

—Si no estuviera en casa, ¿usía cree que yo estaría fumando aquí fuera?

Cuncetta Lodigo era una mujer que rondaba los cincuenta años, gorda, cuyo semblante no podía ocultar que era una porfiadora nata. No debía de estar ni un minuto sin buscar pelea con alguien.

—¿Qué quieren?

—Soy el comisario Montalbano y él es el inspector Fazio.

—No les he preguntado quiénes son, sino qué quieren.

—Queremos hablar con usted.

—¿Y se creen que yo puedo perder el tiempo hablando con usías?

El comisario miró a Fazio y éste intervino:

—Entonces venga a comisaría.

—¿Usía quiere tomarme el pelo?

—O nos deja entrar o la metemos dentro —replicó Fazio muy serio. Y, como por casualidad, entrechocó las esposas que llevaba bajo la americana.

La mujer masculló algo y luego preguntó:

—¿De qué quieren hablar?

—De la señora Lombardo —respondió Montalbano.

La actitud de Cuncetta cambió de golpe. Se volvió más que amigable, cordial incluso.

—Pasen, pasen —dijo entonces, abriendo la puerta de par en par.

Los llevó al comedor y les ofreció asiento.

—¿Quieren un café?

—¿Por qué no? —aceptó el comisario.

Cuncetta los dejó solos. El comisario se levantó y fue a mirar unas fotos enmarcadas que reproducían todas al mismo buen mozo, en una con uniforme de marino, en otra el día de su boda, en otra encaramado a una grúa...

—Es mi hijo 'Ntonio. Trabaja en La Spezia —dijo Cuncetta orgullosa al regresar con el café—. ¿Qué quieren saber de esa grandísima puta? —preguntó para entrar en materia.

Un comienzo feliz a buen puerto lleva.

—¿Por qué la llama así?

—Porque no es una mujer honesta. ¡Es una desvergonzada, no tiene un mínimo de... cómo se dice... de pudor! ¡Yo sé cómo he encontrado la cama algunas mañanas, cuando no estaba su marido! Sólo ver cómo habían quedado las sábanas te hacía pensar unas cosas... ¡Y el marido, ese cornudo, no estaba nunca en casa! ¡Parecía hacerlo aposta para dar pie a las indecencias de su mujer!

—¿Cómo se comportaba la señora con usted?

—¿La señora? ¡No le parecía bien nada ni por casualidad! Yo, con todos los respetos, me partía la crisma trabajando toda la mañana, y ella me telefoneaba desde la tienda para decirme que había encontrado el baño sucio. ¡Claro que quedaba un poco sucio con todas las guarradas que hacían dentro y fuera de la bañera! ¡Y al final me ha jodido, la muy zorra!

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que se ha ido sin más y sin pagarme el último mes.

—¿Cómo se ha enterado de que se ha ido?

—Porque vi que había hecho la maleta y se había largado.

—¿Usted tiene llave del chalet?

—Claro. Si no, ¿cómo iba a entrar?

Montalbano había hecho una pregunta tonta. Últimamente le sucedía demasiado a menudo.

—¿Ha coincidido en alguna ocasión con el marido?

Cuncetta se quedó pensando.

—En cinco meses, una decena de veces.

—¿Hablabas con usted?

—A veces, pero siempre para darme órdenes. Él tampoco ahorraba en antipatía, el muy cornudo.



—¿Cómo eran las relaciones entre marido y mujer?

—¿Quiere decir si chingaban?

—En general.

—No parecían marido y mujer.

—¿Puede explicarse mejor?

—¿Qué quiere que le diga? Mi marido, que en paz descanse, y yo nos peleábamos, hacíamos las paces, nos besábamos, hablábamos de lo que nos había pasado... En cambio, ellos, nada de nada.

—Oiga, señora, ¿y ha presenciado alguna vez, trabajando en el chalet, algo raro, insólito, curioso, algo que la impresionara?

Cuncetta no tuvo necesidad de pensarlo.

—Una mañana hubo disparos.

Montalbano dio un respingo. Fazio se quedó boquiabierto.

—¿Dispararon? ¿A quién?

—Al marido. La señora no estaba; se había ido a trabajar a Montelusa.

—Pero ¿cómo fue?

—Ahora se lo cuento. Él se levantó tarde, eran más de las nueve y media, y se fue al baño. Al salir, como hacía muy buen día, me dijo que le llevara el café a la galería. Lo preparé y, mientras se lo estaba llevando, vi que entraba en casa a toda prisa, diciendo: «No salga, no salga». Yo me quedé en el comedor y él volvió del dormitorio con una pistola en la mano.

—¿Tenía una pistola?

—Sí, señor. Cuando estaba en casa, la dejaba encima de la mesilla de noche, y a mí me daba miedo sólo mirarla, y cuando se iba, se la llevaba.

—Continúe.

—Se acercó a la galería y miró hacia fuera. Yo también miré. Una lancha neumática se estaba alejando. En la pared de la galería había un agujero. A un centímetro de su cabeza, cuando estaba sentado.

—¿Y qué le dijo?

—Que debía de haber sido un error.

Adriano y Liliana eran afortunados, no cabía duda.

—¿Ocurrió algo más?

—Enseguida hizo una llamada con el móvil, muy cabreado.

—¿Oyó lo que decía?

—Todo, pero no entendí nada.

—¿Por qué?

—Hablaban en una lengua extranjera.

—¿No entendió nada?

—Un nombre. Nicotra, creo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Pongamos que hace más de dos meses.

¿Por qué habían disparado a un ex representante de ordenadores? ¿Y por qué tenía él una pistola al alcance de la mano?

—¿Puede decirnos algo más, señora?

—Nada, aparte de una manía que tenían los dos.

—¿Cuál?

—Que yo no debía entrar nunca en la habitación pequeña. El primer día que fui, entré para limpiarla. La señora, que estaba en casa, se puso a dar voces como una condenada, diciendo que yo ahí dentro no podía poner los pies por nada del mundo. Pero, si no me lo había advertido, ¿cómo iba a saberlo yo? Cerró la puerta con llave mirándome mal y se guardó la llave en el bolsillo. Y el marido, cuando estaba en Marinella, hacía lo mismo.

—¿Y en todo este tiempo nunca ha encontrado la puerta abierta?

—Nunca.

Montalbano presintió que era conveniente insistir.

—¿Y nunca le entró curiosidad por...?

—Ya lo creo que me entró...

—¿Y no satisfizo esa curiosidad?

—Bueno...

—Señora, mire que nos haría un verdadero favor si...

—Está bien. Un día, con una horquilla... Una hora tardé. ¿Y saben qué había dentro? Nada. Una cama, un armario y una estantería metálica.

—¿Qué había en la estantería?

—Unos cuantos ordenadores y aparatos para imprimir.

Acababan de salir cuando sonó el móvil de Fazio.

—Es Catarella. ¿Qué pasa? —Estuvo medio minuto escuchando y a continuación dijo—: Vale, vale, vamos enseguida. —Y dirigiéndose a Montalbano, añadió—: No he entendido nada.

Diez minutos después se encontraban delante de un Catarella agitado.

—Ha llamado uno que se llama Spinoccia que dice que él mismo, o sea, Spinoccia, ha encontrado un coche quemado en Melluso, a la altura del *abrivadero*.

—¿Y armas todo este escándalo por un coche quemado? —preguntó Montalbano.

—No, *signor dottori*; el escándalo es en tanto en cuanto que dentro de él, o sea, del coche, el otro él, o sea, Spinoccia, dice que hay un muerto en estado cadavérico.

Siendo así, la cosa cambiaba. El comisario y Fazio se miraron.

—¿Cogemos un coche de servicio? —preguntó Fazio.

—Cógelo tú con Gallo. Yo prefiero seguir con el mío.

Fue al aparcamiento y esperó a que aparecieran sus hombres.

—Hay un problema —dijo Fazio al llegar—. Ni Gallo ni yo sabemos dónde cae Melluso.

—¿Y qué hacemos?

—Voy a llamar al ayuntamiento.

En ese momento vieron que Catarella se precipitaba hacia ellos con los brazos levantados y dando voces.

—¡Quietos! ¡Quietos!

—¿Qué pasa?

—*Cumisario*, me temo que me he equivocado.

—¿En qué?

—¿Cómo he dicho que se llama el sitio donde está el coche?

—Melluso —contestaron los tres al unísono.

—Pido comprensión y perdón. Melluso es el propio nombre del que ha *tilifoneado*; el sitio se llama Spinoccia.

Montalbano blasfemó.

—Lo conozco —dijo Gallo, saliendo disparado hacia su coche.

—¡No corras! —le gritó Montalbano—, o no podré seguirte.

Nada más salir del pueblo por la parte de Montereale, Gallo tomó una carretera que se extendía a campo través. Después de unos kilómetros, giró a la izquierda para enfilarse un camino tan lleno de baches y socavones que uno tenía la sensación de estar en una barca durante una tormenta.

Pese a la recomendación que le había hecho y las condiciones del camino, Gallo corría igualmente y a Montalbano le costaba seguirlo de cerca.

El resultado fue una sarta de reniegos.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual no encontraron ni un alma —sólo un perro con tres patas y un pájaro volando—, antes de una curva vieron en medio del camino a un hombre que les hacía señas de que pararan.

Se detuvieron. El hombre se acercó. Era un campesino cincuentón, flaco como una escoba, alto y con la cara curtida por el sol.

—¿Es usted el señor Melluso?

—Sí, señor, soy yo. Donato Melluso.

—¿Dónde está el coche?

—Justo después de la curva.

El coche quemado estaba detrás de un abrevadero que llevaba sin agua un centenar de años. El fuego había chamuscado asimismo un árbol, seco también desde hacía tiempo.

Del automóvil quedaba un esqueleto de metal que había adquirido un tono marrón oscuro por el fuego. No tenía matrícula y no se distinguía la marca.

En lo que debió de ser el asiento posterior había una cosa negra, un cuerpo humano retorcido en una posición extraña.

¿Hombre o mujer?

Montalbano se acercó para mirar mejor, se inclinó y sólo entonces le llegó de improviso el terrible y penetrante olor de la carne quemada.

No era fuerte; se había disuelto en gran parte en el aire, lo que indicaba que el coche llevaba algún tiempo allí, pero bastó para provocarle una arcada.

Antes de alejarse apresuradamente le dijo a Fazio, que continuaba mirando:

—Avisa a todo el circo: Pasquano, el ministerio público, la Científica... —Y fue a preguntarle a Melluso—: ¿Cuándo lo ha encontrado?

—Hace una hora y media como máximo, al pasar para ir a mi terreno. Me he acercado a mirar por curiosidad. Los he llamado al ver que dentro había un cadáver.

—¿Cómo ha llamado?

Melluso lo miró desconcertado.

—¿Cómo quiere que llamara? Con el móvil.

Y, como prueba fehaciente, lo sacó del bolsillo.

Montalbano se mordió la lengua. No asimilar que ahora tenían móvil hasta los ermitaños era uno de los muchos signos de vejez.

—¿Ayer no estaba el coche?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque he estado enfermo y hace una semana que no vengo. Yo vivo en Vigàta.

—Pero ¿por este camino no pasa nadie?

—Pasan, pasan.

—Estoy seguro de que el coche lleva días aquí.

—¿Ah, sí?

—¿Cómo explica que no nos hayan llamado antes?

—¿A mí me lo pregunta? Pregúnteselo a los que seguro que pasaron por aquí y no lo hicieron.

Algo en la voz de Melluso llevó a Montalbano a inquirir:

—¿Este camino continúa mucho más?

—Alrededor de un kilómetro.

—¿Hay viviendas?

—Dos casas. En una vive Peppi Lanzetta, y en la otra, Japico Indelicato.

Como quien no quiere la cosa, le había dado dos indicaciones precisas.

El comisario dejó a Melluso y se acercó a Fazio.

—¿Has llamado?

—Sí, señor. Pero, por lo que he entendido, aquí antes de una hora o más no llega nadie.

—Oye, yo aprovecho para ir a hablar con dos vecinos que viven aquí cerca.

—Un momento, quería decirle una cosa. En mi opinión, al hombre lo quemaron vivo.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Lo habían atado.

—¿Y el fuego no quemó la cuerda?

—No utilizaron una cuerda, sino una cadena. Si usía me acompaña, se la enseño.

—¡Ni loco! Me fío de ti.

Peppi Lanzetta podía tener tanto sesenta años como noventa. Trabajar mañana y tarde labrando la tierra lo había dejado más arrugado que un olivo sarraceno.

Llevaba gafas de culo de botella.

—No, señor, no he visto nada, hace diez días que no me muevo de casa.

—¿No va al pueblo?

—¿Y qué voy a hacer yo allí? Aquí tengo todo lo que necesito. Y además casi no veo, tengo miedo de que me pille un coche.

Japico Indelicato era, en cambio, un treintañero robusto, con el aspecto de alguien

que no se amedrenta ante nada.

—No, señor, no sé nada de un coche quemado. Le estoy diciendo la verdad, no tengo nada que ocultar. Hace tres días que no voy al pueblo. Pero mañana sí tengo que ir.

—Entonces, ¿hace tres días el coche no estaba?

—A lo mejor estaba, pero aún no se había quemado.

—Explíquese mejor.

—Verá, al anochecer iba en mi Fiat 500 a cenar a casa de mi novia, y a la altura del abrevadero tuve que aminorar para dejar pasar a dos coches que luego pararon justo detrás del abrevadero. Había recorrido un centenar de metros cuando me llamó mi novia para decirme que su madre no se encontraba bien y que era mejor dejarlo para otro día. Di media vuelta y, al pasar, los automóviles todavía estaban allí.

—¿Y no había nadie?

—¡Claro que sí! Al lado de los coches había tres personas hablando.

—¿Consiguió verles la cara?

—Mal. Estaba muy oscuro.

—¿Puede decirme algo de los vehículos?

—Yo no entiendo de marcas de coches. Sólo puedo decirle que uno era blanco y pequeño, y el otro, grande y marrón claro.

Debían de haber quemado el pequeño.

Decepcionado, Montalbano le tendió la mano al joven. Éste no se la estrechó. No se había dado cuenta; estaba pensando en otra cosa.

—Pero...

—¿Sí?

—No sé si le servirá...

—Comprobémoslo.

—Yo tengo la costumbre de jugar al Lotto.

Fantástico. ¿Y eso qué tenía que ver?

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Por eso memoricé los números de las dos matrículas. Mañana iré a jugármelos.

El comisario se puso más contento que unas pascuas.

—¿Tiene las matrículas?

—No las matrículas enteras, sólo los números.

Mejor eso que nada.

—Dígame los.

Japico Indelicato sacó un papel del bolsillo.

—Después los escribí. El número del coche pequeño era doscientos veinticinco, y el del grande, ochocientos sesenta y seis.

Montalbano los apuntó.

—Voy a jugar un terno —dijo el joven—. Veintidós, cincuenta y ocho y sesenta y seis.

—Suerte.

Pero Indelicato no contestó; había vuelto a perderse detrás de un pensamiento.

—Estoy acordándome...

Montalbano contuvo la respiración.

—Cuando me paré para dejar pasar a los coches, leí la matrícula del pequeño, que iba delante, pero también conseguí ver la del grande por el retrovisor. —Otro juego de espejos—. Y aparte del número, las letras del grande me sugirieron algo... pero ahora mismo no recuerdo qué era.

—Si por casualidad lo recuerda, ¿me llamará?

—Claro.

Cuando el comisario llegó al abrevadero, el circo aún no había empezado. Se despidió con la mano de Fazio y pasó de largo.

Total, ¿qué iba a hacer allí?

Durante el trayecto hasta la comisaría, se sintió bastante inquieto y desasosegado. Había algo que le rondaba por la cabeza, pero no acababa de saber qué era.

—Catarè, ¿alguna novedad?

—Ningunísima, *dottori*.

—¿Está el *dottor* Augello?

—Sí, *signor*, *in situ* está.

—Mándamelo.

Mimì entró con aire triunfal.

—¿Quieres que te cante la marcha de *Aida*? —dijo Montalbano.

Augello ni lo oyó.

—¡Y tú que no confías en los colegas!

—Cuéntame.

—Mandé el aviso de búsqueda, y hace justo cinco minutos me han llamado de San Cataldo.

—¿Qué han dicho?

—Que una patrulla de carretera ha parado a Adriano Lombardo por exceso de velocidad. Venía de Catania.

—¿Lo han dejado irse?

—Claro. ¿Qué querías, que lo arrestaran? Le caerá un multazo y le quitarán unos cuantos puntos. Pero por lo menos sabemos que no ha salido de la isla y que sigue en los alrededores.

—Pero ¿tienen su dirección?

—¿Cómo no van a tenerla? Hotel Trinacria, Caltanissetta.

—¿Has llamado?

—Por supuesto. Me han dicho que Lombardo ha dejado el hotel esta mañana.

—¿Estaba solo?

—¡Qué preguntas me haces! Sí, estaba solo.

Lo que significaba, simple y llanamente, que él se había equivocado. Liliana no se había reunido con su marido, el cual parecía haberse convertido en la Pimpinela Escarlata.

—Seguramente llegarán más noticias —lo consoló Mimì.

Era hora de volver a Marinella, pero antes telefoneó a Fazio.

—¿En qué punto estamos?

—*Dottore*, han llegado todos, pero estamos esperando a que venga el grupo electrógeno con los focos. Está anocheciendo y no se ve nada. A este paso se nos va a hacer de día.

—Lo siento.

Nada más entrar en casa, sintió una necesidad imperiosa de ducharse. Y pensó que hacía demasiados días que se ponía el mismo traje, que ya necesitaba también una limpieza y un planchado.

Así que vació la americana de todos los papelitos y notitas que encontró en los bolsillos —había incluso algunos enrollados en el bolsillo interior—, y los dejó en la mesa del comedor. Después fue al cuarto de baño, se dio una larga ducha, se puso unos calzoncillos, abrió el armario, sacó un traje limpio y lo dejó sobre la silla que había junto a la cama.

Y como hacía calor, un poco menos que los días anteriores, pero no dejaba de ser calor, decidió quedarse así; total, no esperaba visitas, y cuando se sentara en la galería para cenar era improbable que pasara alguien por la playa.

Pero, antes de poner la mesa, decidió mirar los papeles que había sacado de los bolsillos. Era una especie de obligada limpieza semanal y estaba seguro de que, como sucedía siempre, como mínimo la mitad de los papelitos irían a parar a la basura, y muchos otros le resultarían absolutamente indescifrables.

Se sentó. En el primer papel había una palabra y un número. «Beso 75». Se quedó estupefacto. ¿Qué significaba aquello? La letra era suya, no cabía duda.

Pero ¿por qué había anotado precisamente esa palabra? Y el número 75, ¿qué quería decir?

En ese momento sonó el teléfono. Livia.

—Te llamo ahora porque después voy a ir al cine con una amiga.

—Que te diviertas —dijo él, un tanto hosco.

—¿Qué te pasa?

Beso 75.

—Nada. Estoy contrariado porque acabo de encontrar entre mis papeles una



anotación que no consigo entender.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Cómo?

—No sé; tú léemela.

—Beso setenta y cinco.

Livia se echó a reír. El comisario se puso nervioso.

—¡Me gustaría saber qué tiene de gracioso!

—¡No es «beso», hombre!

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque hablamos de eso la otra noche.

Montalbano se quedó atónito.

—¿Tú y yo hablamos la otra noche de besos?

—¡No, no! La palabra no es «beso»; debe de ser «peso».

Era verdad. De pronto se acordó de todo. Livia le había dicho que tenía que comer menos para adelgazar un poco porque su peso ideal era ése, 75 kilos, y se ve que él, distraídamente, lo había anotado, pero mal.

Charlaron cinco minutos más y luego se despidieron. Montalbano se puso otra vez a mirar los papeles.

Cogió uno.

Suzuki GK 225 RT.

Por poco se cae de la silla. Era la matrícula del coche de Liliana que le había dado el mecánico.

Entonces se puso a buscar, frenético, entre todos los papeles, hasta que encontró la nota con los números de matrícula que le había dado Japico Indelicato. Según éste, el del coche pequeño, el que habían quemado, era 225. Y correspondía exactamente con el del mecánico.

Era eso lo que lo atormentaba mientras volvía de Spinoccia, sin conseguir sacarlo a la luz. Había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que se tratara del coche de Liliana.

Cogió el teléfono y llamó a Fazio.

—Mándame a Gallo con el coche. —Se sentía incapaz de conducir de noche por aquel camino infame.

Se puso en pie y corrió a vestirse: camisa, vaqueros y cazadora.

Gallo llegó media hora más tarde.

Las luces de los focos se veían desde lejos, dibujaban un halo claro en el cielo.

Todavía estaban todos *in situ*, como habría dicho Catarella; por lo visto, el grupo electrógeno había llegado hacía poco.

Fazio corrió a su encuentro.

—¿Qué ocurre?

—Es posible que el coche quemado sea el de Liliana.

Le enseñó las dos anotaciones y se lo explicó todo.

—¿Han sacado el cadáver?

—Todavía no. Los de la Científica no han terminado de recoger muestras. El ministerio público ha autorizado el traslado y se ha ido.

—¿Está el doctor Pasquano?

—Se ha encerrado en su coche. Está furioso porque se ha perdido la partida de póquer en el Círculo.

—Oye, yo no quiero tener ningún trato con Arquà. Mira a ver si consigues averiguar si se trata de un Suzuki.

Esperó a que Fazio se pusiera a hablar con el jefe de la Científica, y luego se armó de valor y fue hasta el coche del doctor Pasquano.

A pesar del calor, el doctor tenía las ventanillas cerradas, y en el interior el humo formaba una densa niebla.

Montalbano dio unos golpes en la puerta con los nudillos. Pasquano levantó la mirada, lo reconoció y articuló claramente:

—¡No-me-toque-los-cojones!

—¡Sólo un minuto!

El doctor abrió la puerta y bajó del coche.

—Me habían dicho que se había ido a casa y yo había respirado aliviado. Pero ¡no, aquí lo tenemos otra vez, el señor comisario ha vuelto aposta para machacarme los mismísimos!

—¿Ha visto al muerto?

—¿A eso llama usted muerto? Pero ¡si no es más que un pedazo de carbón! ¡A ver quién es el guapo que lo identifica!

—Quizá yo podría serle útil.

—¿Cómo? ¿Contándome el cuento de Blancanieves y los siete enanitos?

—Diciéndole que creo que sé quién es.

—¿Ah, sí? En tal caso, póngame al tanto del resultado de sus elucubraciones, aunque no olvidemos que su cerebro está claramente erosionado debido a su avanzada edad.

Montalbano hizo caso omiso de la chanza.

—Probablemente se trata de un chico de poco más de veinte años, del que conozco nombre, dirección y familiares.

—¿Y a mí qué me importan los familiares?

—Se lo decía para ganar tiempo, en caso de que, para llevar a cabo la identificación, fuera necesario recurrir al análisis de ADN.

—¡Coño, qué bien habla esta noche! Un italiano impecable. Me alegro.

En ese momento, una especie de camillero se acercó a Pasquano.

—Doctor, si quiere, podemos sacar el cadáver.

Pasquano se alejó con el camillero sin despedirse de Montalbano, el cual se dirigió al vehículo de servicio. Fazio se reunió con él.

—Arquà dice que no se puede descartar que se trate de un Suzuki. Pero necesita realizar otras comprobaciones.

—Yo estoy convencido de que lo es, y de que el quemado es Arturo Tallarita.

—Yo pienso lo mismo.

—Las cosas no han ido como creíamos. Es posible que Liliana quisiera reunirse con su marido, pero no lo consiguió; la interceptaron antes.

—Por lo visto, la tenían vigilada.

—Sí. Y si al chaval lo han quemado vivo, eso significa que lo han tenido prisionero unos días. Quizá con Liliana, que ahora, suponiendo que siga viva, sabemos que se encuentra en manos de los que dispararon contra ella.

—Pero ¿qué sentido cree usía que tiene toda esta historia?

—Si olvidamos por un momento a Arturo Tallarita, que yo creo que es un asunto aparte, en mi opinión, y puedo equivocarme, están ejerciendo una fortísima presión sobre Adriano Lombardo a través de su mujer.

—¿Para obtener qué?

—Que haga o no haga determinada cosa.

—¿Y cuál podría ser esa cosa?

Montalbano abrió los brazos.

—Me encuentro en la oscuridad más absoluta. Aunque creo estar empezando a comprender algo.

—¿Quiere que lo lleven a casa? —preguntó Fazio.

—No; me meto en el coche y espero a que acabéis.

Acabaron a las dos de la madrugada.

Entre una cosa y otra, cuando Montalbano consiguió meterse en la cama se habían hecho las tres y cuarto. En cuanto cerró los ojos perdió la conciencia de sopetón, como si lo hubieran atizado en la cabeza, y se sumió en un sueño abisal, en una nada absoluta hecha de negrura total y silencio sideral.

Dentro de aquella nada, al cabo de cierto tiempo llegó un sonido constante y molesto, semejante a un taladro, lejano al principio y cada vez más fuerte. Al final se volvió tan agudo, cercano e insoportable que lo despertó.

Sin embargo, cuando abrió los ojos, el sonido, en lugar de desaparecer, como sucede en los sueños, continuó insistente. Encendió la luz para mirar el reloj: las cuatro. Había dormido apenas tres cuartos de hora.

Se sentía aturdido, le faltaban las coordenadas para orientarse, todavía medio cubierto por la capa del sueño. Cuando por fin paró el molesto sonido comprendió que se trataba de una sirena.

Esperó a que llamaran a la puerta. Seguro que era Gallo, que volvía a buscarlo porque había ocurrido algo gordo. Pero no llamó nadie.

Entonces se levantó y fue a abrir la cristalera.

A la izquierda, la playa parecía inestable: se movía con un movimiento ondulatorio, iluminada por una gran llama oscilante que no podía proceder sino del chalet de los Lombardo.

Desde allí no se veía nada más, pero le bastó para comprender que el chalet vecino estaba ardiendo.

Corrió al dormitorio, se puso los vaqueros y la camisa y abrió la puerta de casa. Entonces vio las luces intermitentes de los coches de bomberos y oyó voces exaltadas dando órdenes.

Se precipitó hacia el chalet. Aunque tenía la certeza de que estaba despierto, le parecía seguir soñando.

Las luces intermitentes, las sombras de los bomberos y las siluetas de los coches daban a la escena un tinte ficticio, como si fuera el rodaje de una película.

Tenía la impresión de correr al ralentí.

—Soy Montalbano. Vivo en el chalet de al lado —le dijo a un cabo—. ¿Qué pasa?

El hombre debía de conocerlo.

—Ah, sí. Buenas noches, comisario. Nos ha llamado un automovilista que pasaba por la carretera provincial. Le parecía haber visto un principio de incendio en este chalet. Hemos tardado veinte minutos escasos en venir desde Montelusa. Las llamas están en la parte que da al mar.

Montalbano sabía que cincuenta metros más allá había un paso que permitía bajar

a la playa. Los recorrió deprisa y volvió atrás, hacia el chalet, caminando por la arena.

El incendio, que había quemado la galería y llegado hasta la cristalera, estaba ya casi extinguido gracias a los potentes chorros de agua.

Se le acercó el cabo con el que había hablado.

—Por suerte hemos llegado a tiempo. De no ser por esa llamada, el fuego habría destruido todo el chalet.

Al comisario le entró curiosidad:

—¿Ha dicho su nombre, el que ha llamado?

—No; ha preferido mantener el anonimato.

A saber por qué.

—¿Sabe si había alguien en la casa?

—Creo que no.

—Será mejor comprobarlo.

—Antò, ¿puedes venir un momento? —llamó al cabo uno de los bomberos que miraban entre los restos de la galería.

Cuchichearon un poco.

El bombero llevaba en la mano algo difícil de identificar. A continuación, el cabo regresó junto al comisario.

—Parece que es un incendio provocado. Mi compañero ha encontrado los restos de una lata de gasolina.

El comisario ya había pensado en esa posibilidad. Pero ¿qué sentido podía tener?

—Voy a mandar que retiren la cristalera, que todavía quema, y entraré —dijo el cabo.

—¿Puedo ir con usted? —La pregunta le salió sin darse cuenta.

—Si lo desea...

Se acercaron. La luz eléctrica no funcionaba. El cabo pidió una gran linterna y entraron.

El comedor estaba lleno de un humo denso y pegajoso que lo había ennegrecido todo.

El pasillo se encontraba en las mismas condiciones. La puerta de la habitación suplementaria estaba cerrada. El cabo la abrió con una especie de llave maestra que llevaba a la cintura. Allí casi no había humo; la cama, el armario y la estantería con los ordenadores estaban bastante limpios.

Luego se dirigieron al dormitorio; el cabo iba delante con la linterna.

Al llegar al umbral, el cabo hizo dos cosas en rápida sucesión: dio un grito sofocado y un salto atrás, mientras la linterna se le caía de la mano y se apagaba.

Montalbano, golpeado por la espalda del cabo, se tambaleó, no comprendía qué ocurría.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien en la cama —contestó el cabo, agachándose por la linterna.

Montalbano palideció. ¿Quién podía ser?

¿Se trataría de Lombardo, que, mientras lo buscaban por todas partes, estaba escondido en su casa?

¿Dormía?

¿Y cómo es que no se había despertado con todo aquel alboroto?

El cabo iluminó la habitación.

El cuerpo de Liliana, desnudo, estaba atravesado boca abajo sobre las sábanas, ennegrecidas por el humo y en algunas partes rojas de la sangre que había salido del cuello cortado. No se veía la herida, pero estaba claro que la habían degollado.

Encima de una silla, junto a la cama, estaba su ropa.

Montalbano se quedó petrificado y una corriente de alta tensión le recorrió la espina dorsal.

No conseguía razonar más que a trompicones. El hilo de un pensamiento se interrumpía de golpe, y el que lo seguía duraba menos que el primero.

—Tengo que ir a avisar —dijo el cabo con voz trémula.

—Enseguida me reúno con usted. Déjeme un momento la linterna.

Montalbano quería comprobar su primera impresión. Se acercó a la cama para tocar la sábana: todavía estaba húmeda de sangre.

A Liliana la habían matado esa misma noche.

Pero ¿por qué la habían llevado a su casa para matarla? El incendio, de eso estaba seguro, lo habían provocado inmediatamente después para que el cuerpo fuese descubierto enseguida. Y la persona anónima que había llamado era la misma que había provocado el incendio: quería evitar que las llamas quemaran el cadáver.

Volvió a su casa, se lavó rápidamente, se vistió de punta en blanco, cogió el paquete de tabaco y se puso a fumar delante de la puerta, en espera de que llegaran los que tenían que llegar.

El asesinato de Liliana no lo había sorprendido; es más, estaba convencido desde hacía tiempo de que la habían matado.

Sin embargo, verla muerta encima de la cama le había provocado una abrumadora melancolía de la que no lograba liberarse.

El coche conducido por Gallo y con Fazio de copiloto, en vez de detenerse delante del chalet de los Lombardo, siguió hasta donde estaba el comisario. A sus pies había una decena de colillas.

Fazio bajó apresuradamente.

—No he entendido bien. ¿Quién es el muerto?

—La muerta —lo corrigió el comisario—. Es Liliana. Le han cortado el cuello.

Fazio se quedó de piedra.

—Pero ¡ayer no estaba! —dijo bajando la voz.

—Pues ahora sí.

—Pero ¿por qué?

Montalbano cambió de tema.

—¿Has avisado a todos?

—Sí, señor. Ni le cuento la de maldiciones que he tenido que oír. Acababan de llegar cada uno a su casa y han tenido que vestirse otra vez.

—Oye, yo me quedo aquí. Si me necesitáis, llamadme.

—¿Usía no quiere estar presente?

—¿A ti qué te parece? ¡Con una muerta guapa y desnuda ante los ojos, el fiscal Tommaseo perderá la cabeza! ¡Me haría cien mil preguntas! Ten en cuenta, además, que él vio el material de la exclusiva frustrada.

—Tiene razón.

—Ah, una cosa. Cuando termine, quisiera hablar con Pasquano. Convéncelo de que venga a verme, dile que le prepararé un buen café.

Después de dos horas sentado en la galería y dos tazones de café, llamaron a la puerta. Era Pasquano.

Entró rezongando:

—Le advierto que no pienso volver a moverme de casa aunque a lo largo del día maten a medio Vigàta. —Y mirando al comisario de través, le advirtió—: Por su propio bien, espero sinceramente que el café prometido sea excelente.

—Acabo de hacerlo ahora mismo.

Le ofreció asiento en la galería.

—Lo felicito. Tiene una bonita casa —dijo Pasquano—. Y también tenía una atractiva vecina —añadió.

Montalbano pasó al ataque.

—¿Qué puede decirme sobre eso?

El doctor lo miró con desdén.

—Pero ¿cree usted que puede comprarme con un miserable café apenas bebible?

—¡Jamás se me ocurriría! ¡A una persona tan íntegra como usted! Podría intentar comprarlo, si acaso, con un segundo café y un cigarrillo.

—Hecho.

Pasquano se tomó el segundo café y encendió un cigarrillo.

—Será duro para usted.

—¿Para mí? —saltó el comisario.

—Sí. Pero no me refería a la muerta. Pensaba, compadeciéndolo, en lo difícil que le resultará dejar esta preciosa casa, dentro de unos años, para ir a una residencia de ancianos.

Era la ineludible provocación del doctor. Había que replicar; si no, tendría para

rato.

—Como en la residencia compartiremos habitación, la cosa será más soportable. Podremos jugar al póquer con los cuidadores.

Pasquano debió de sentirse satisfecho con la respuesta, porque se echó a reír con ganas.

—Bueno, ¿qué me dice? —insistió Montalbano.

—Le concedo tres preguntas.

—¿Cuándo la mataron?

—Esta misma noche, entre las doce y las dos o dos y media.

—¿Está seguro?

—Lo único seguro, como usted bien sabe, son los impuestos y la muerte. Pero es difícil que mi experiencia se equivoque.

—¿Degollada?

—Sí, un solo corte. Pero...

—¿Pero...?

—Practicado lentamente, no de un tirón, creo. Una hoja afiladísima. Quizá una cuchilla de afeitar.

—¿Hematomas, equimosis u otras marcas en muñecas y tobillos?

Pasquano lo miró receloso.

—Me parece que sabe usted mucho de esta historia. ¿La conocía?

—Sí.

—¿En sentido bíblico?

—No.

—Deben de haberla tenido atada bastante tiempo.

—Gracias.

—¡¿Ya está?! —exclamó Pasquano, decepcionado—. ¿No me hace la pregunta que me ha hecho inmediatamente Tommaseo?

—Está bien, se la hago. ¿Violada?

—Por lo que parece, sí. Podré ser más preciso después de la autopsia.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Esta mañana me siento generoso.

—¿Violada en vida o después de muerta?

—En mi opinión, mientras agonizaba.

Montalbano notó que se le cerraba la boca del estómago.

Fazio prácticamente relevó al doctor Pasquano. Se le leía el cansancio en la cara.

—Gracias a Dios, ya se han ido todos. El chalet ha sido vallado y precintado.

—¿Te apetece un café?

—¡Ya lo creo!

Se lo bebió saboreándolo gota a gota.



—Gracias, lo necesitaba. Estaba durmiéndome.

—¿Qué piensas de esta historia?

—Estaba casi seguro de que iban a matarla, después de ver que habían sido capaces de quemar vivo a Tallarita.

—Pues además, según Pasquano, a Liliana la violaron mientras la degollaban.

A Fazio lo recorrió un escalofrío.

—Qué animales.

—Pero ¿quiénes crees que pueden ser?

Fazio abrió los brazos.

—Yo estoy empezando a hacerme una idea —señaló Montalbano.

—¿De verdad?

—Sí, pero por ahora no voy a decírtela.

—No consigo entender por qué la trajeron aquí para matarla.

—Yo sí. Y han cometido un error garrafal.

Fazio lo miró atónito.

—¿En qué sentido?

—Me han dado un gran empujón para ver todo el asunto bajo cierta luz.

—No juegue con mi curiosidad.

—En cuanto llegues a la comisaría, ordena una búsqueda urgente y prioritaria de Lombardo. Cuanto antes lo encuentren, mejor para él. Si pierden tiempo, puede que lo encuentren de todos modos, pero muerto.

Fazio lo miró desconcertado.

—*Dottori*, está en la línea el *signor* y *dottori* Pisquano.

Que era, claro, Pasquano.

—Pero ¿cómo? ¿No me había dicho que iba a quedarse todo el día en casa? —atacó Montalbano.

—¡Mire si soy gilipollas! ¡En vez de irme a descansar, me he venido derecho al instituto!

—Y a lo mejor hasta puede decirme algo más sobre la muerta.

—¡Ésa debe esperar su turno! He trabajado con el chico.

—¿Y qué me dice?

—Creo que no hay necesidad de recurrir al ADN.

—Ah. ¿Por qué?

—Por lo que creo haber entendido, usted conoce de algún modo a los familiares.

—Sí.

—¿Quiere informarse de si, por casualidad, de pequeño se fracturó el brazo izquierdo?

—Enseguida me ocupo. Dígame una cosa.

—Se dice «por favor». ¿No le enseñaron educación cuando era niño? ¿O se le ha

olvidado con la vejez?

Paciencia, Montalbà.

—Por favor, quisiera saber si el chico estaba vivo cuando prendieron fuego al coche.

—Sí. Pero debió de morir por autoestrangulamiento antes de que las llamas lo alcanzaran, ya que le habían atado manos y pies a la espalda con una cadena enganchada al cuello.

No se sentía con ánimos de ver de nuevo el semblante angustiado y doliente de la pobre señora Tallarita.

Mandó al agente Mancuso, que era un hombre de cierta edad y buenas maneras.

—Intenta averiguar si su hijo Arturo se rompió un brazo cuando era pequeño. Pero no se lo pregunte directamente para que no se alarme. Hazle unas cuantas preguntas, dile que, cuantos más elementos tengamos, más probabilidades hay de encontrarlo.

Menos de media hora después tuvo una respuesta positiva. Arturo se había roto el brazo cuando tenía diez años.

Llamó al doctor Pasquano.

Después se fue a comer, aunque era pronto y no tenía hambre. Si no para otra cosa, le serviría para pasar el rato.

Enzo estaba viendo el telediario de Telegiàta. Ragonese estaba terminando su comentario:

«En ambientes habitualmente bien informados, corre el rumor de que este atroz delito tendrá colosales e imprevistas consecuencias. Al parecer están implicados personajes considerados hasta hoy fuera de toda sospecha. Pero, fieles como somos a la deontología profesional, no diremos nada más sobre este tema candente hasta que tengamos informaciones corroboradas. Naturalmente, las trasladaremos de inmediato a nuestra audiencia».

A Montalbano se le escapó la risa. Estaban cometiendo un error tras otro. Las palabras de Ragonese eran una confirmación indirecta de lo que había empezado a entrever.

De repente recuperó el apetito.

—*Dottore*, ¿qué le traigo?

—Todo lo que tengas.

—Me parece que hoy tenemos un buen día.

En consecuencia, el paseo por el muelle lo hizo despacio, y estuvo sentado un buen rato en la roca plana, pensando en el movimiento que debía hacer sin equivocarse. Esta vez el cangrejo no se presentó; en cualquier caso, cuando le pareció que había dado con la idea apropiada, volvió a la oficina.

En cuanto llegó, le dijo a Catarella:

—Pon a alguien en la centralita y ven a mi despacho.

—Ahora mismísimo, *dottori*.

Cinco minutos después llamaba a la puerta.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Entra, cierra y siéntate.

Catarella cerró, pero, en lugar de sentarse, se puso en posición de firmes delante de la mesa.

—Catarè, así me resulta difícil hablarte, pareces un personaje de teatro de marionetas. Siéntate.

—En presencia de usía *pirsonalmente* en *pirsona* no puedo; me parece una ofensa.

—Siéntate, es una orden.

Catarella obedeció.

—¿Qué haces esta noche?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—*Dottori*, ¿qué quiere que haga? Veré la *tilivisión* y luego intentaré acabar un crucigrama con el que llevo trabajando un mes.

—Entendido. ¿Y a qué hora te acuestas normalmente?

—Hacia las doce, *dottori*.

Catarella sudaba, pero no se atrevía a pedir explicaciones por ese interrogatorio inesperado.

—¿Estás dispuesto a perder unas horas de sueño por mí? —continuó el comisario.

Catarella se puso en pie. Tenía la cara congestionada. Un ligero temblor le recorría todo el cuerpo.

—¡*Dottori*, yo por usía estaría disponible completamente al completo para pasar un mes entero sin pegar ojo! ¿Qué digo un mes? ¡Un año! ¿Qué digo un año? ¡Hasta que usía viniera a *dicirme*: «Catarè, duérmete»!

Montalbano estaba casi conmovido.

—Entonces ven esta noche a las doce a mi casa, a Marinella.

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Y tráete lo necesario para reparar un ordenador.

—¡Sí, *signor*!

—Y no se lo digas a nadie.

—¡Soy una tumba, *dottori*!

—Ahora vuelve a la centralita.

Catarella se desplazó hacia la puerta sin conseguir doblar las rodillas. Parecía realmente una marioneta. La felicidad de llevar a cabo una misión secreta con Montalbano le había causado ese efecto.

Una hora después, Catarella lo llamó.

—*Dottori*, está en la línea ese amigo suyo que es mismamente el periodista Pito. Nicolò Zito.

—Tengo que hablar urgentemente contigo.

—Dime.

—Por teléfono no. Si dentro de media hora como máximo estoy en Vigàta, ¿te encuentro en la oficina?

—Sí. Pero quizá pueda ahorrarte el viaje. Creo que sé de qué quieres hablarme.

—¿Has oído a Ragonese?

—Sí.

—¿Has entendido a qué se refería?

—Perfectamente.

—¿Seguro que lo has entendido?

—Se refería a mí.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Quieres que te entreviste? Mi televisión está a tu disposición.

—Sé que eres un amigo. Pero ¿tú cómo te has enterado?

—Por una llamada anónima.

—Deben de haber hecho lo mismo con Ragonese.

—Sí. Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Por el momento, nada.

—Como prefieras.

No; esta vez quería ver hasta qué punto confiaban los demás en él.

Cuando se disponía a irse a Marinella, recibió otra llamada de Pasquano.

Pero ¿cuándo se había producido un fenómeno semejante? ¿Acaso había habido un terremoto? ¿El fin del mundo estaba al caer?

—Sea sincero conmigo, doctor, ¿se ha enamorado perdidamente de mí?

La respuesta no se hizo esperar.

—¿De verdad cree que, en el caso de que me decidiera a dar el salto a la acera de enfrente, escogería a un viejo decrépito como usted?

Las formalidades podían considerarse finalizadas.

—¿A qué debo el honor?

—¿No le he dicho que hoy es para mí el día de la generosidad? He terminado ahora mismo de trabajar con la mujer.

—¿Novedades?

—Ninguna; lo confirmo todo. La tuvieron bastante tiempo atada, la mataron entre las doce de la noche y las dos de la madrugada, la violaron con especial brutalidad, incluso la hirieron y penetraron con el cuchillo, pero no hubo eyaculación. Curioso, ¿no?

Si las cosas estaban como Montalbano pensaba, no tenía nada de curioso.

Más aún, era otra confirmación.

Se marchó a Marinella. Adelina le había preparado una fuente de berenjenas a la parmesana. Las degustó sentado en la galería, despacio, de tal forma que el sabor tuviera tiempo de llegar del paladar al corazón, al cerebro, al alma.

Después entró para encender el televisor. Sintonizó Televigàta, donde Pippo Ragonese habló del problema de dos fábricas que habían cerrado en la provincia y manifestó su convencimiento de que el gobierno intervendría y los trabajadores despedidos serían readmitidos.

«Espérate sentado», pensó Montalbano.

Del caso Lombardo, Ragonese hizo sólo una breve mención al final:

«Los rumores sobre graves consecuencias se hacen cada vez más consistentes. Estamos seguros de que pronto podremos informar de ello a nuestra audiencia. En cualquier caso, podemos ponerlos ya en el buen camino invitándolos a ver de nuevo una estupenda película italiana, protagonizada por el inolvidable Gian Maria Volontè: *Investigación sobre un ciudadano libre de toda sospecha*. Que disfruten».

Montalbano la recordaba perfectamente. Volontè era un comisario que había asesinado a su amante y manipulaba la investigación a su conveniencia. Ese hijo de perra de Ragonese había estado muy hábil. Cambió de canal y empezó a ver una película de tiros. A las once apagó la tele, fue a la cocina, cogió unos guantes de

látex, se los puso, se metió en el bolsillo el manojito de ganzúas y la linterna, y salió de casa dejando la puerta entornada. No quería que Catarella supiese de dónde procedían las cosas con las que debía trabajar. Para evitar que lo viera algún automovilista desde la carretera, tomó el camino de la playa para ir al chalet de los Lombardo. Sin embargo, no pudo entrar por la galería porque la habían tapiado con tablas. Tuvo que entrar forzosamente por la puerta principal, a riesgo de que alguien lo viera.

«Si me ven, Ragonese no dejará escapar la ocasión de decir que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen», pensó mientras quitaba los precintos.

No dirigió la linterna hacia el interior del dormitorio, a pesar de que el cuerpo de Liliana ya no se encontraba allí; estaba seguro de que la habría visto desnuda y muerta, una imagen difícil de borrar de la mente.

Unos cuarenta minutos después dejaba encima de la mesa de su comedor un ordenador y una impresora. Al lado puso los guantes.

Catarella llegó puntual, con una bolsa en la mano. Estaba tan emocionado que balbuceaba:

—¡A sus... a sus... a sus órdenes, *do... dottori!*

Montalbano lo llevó al comedor.

—Siéntate.

—¿Es una orden?

—Es una orden.

Catarella obedeció.

—Ponte estos guantes —dijo el comisario.

Catarella se los puso.

—Ahora desmonta el ordenador.

—*Enseguidísima*. Pero si usía se queda aquí mirándome mientras trabajo, me *imprisiono*.

—Me voy a la galería a fumar.

Salió. No estaba nervioso ni por asomo; tenía la certeza de hallarse en el buen camino.

Pasados cinco minutos, oyó la voz de sorpresa de Catarella:

—¡Virgen santa, *dottori!* ¡Venga aquí!

Montalbano no se movió; no necesitaba ir a ver. Sabía lo que había encontrado Catarella.

—Ahora vuelve a montar el ordenador y haz lo mismo con la impresora —dijo desde la galería.

Tres cuartos de hora más tarde, cuando Catarella se hubo ido, Montalbano llevó de vuelta al chalet el ordenador y la impresora, puso de nuevo los precintos, se fue a la cama y durmió el sueño de los justos.

Lo despertó el prolongado campanilleo del timbre. La luz de las primeras horas

de la mañana entraba por la ventana. El que tocaba el timbre se había olvidado de retirar el dedo del pulsador.

Bostezó, se desperezó, bajó de la cama y se puso los calzoncillos.

—¡Ya voy!

Al abrir la puerta, se encontró ante un inspector de uniforme al que conocía y que estaba destinado en la Jefatura Superior de Montelusa. Detrás de él había un coche de servicio con un agente al volante.

—Buenos días, *dottore*. He venido a buscarlo por orden del señor jefe superior. Desea verlo inmediatamente.

Montalbano no quiso mostrarse extrañado por la extemporánea convocatoria.

—Voy a ducharme y vestirme. Seré rápido. Si quiere sentarse mientras tanto...

—No, gracias.

Dejó entornada la puerta, puso la cafetera al fuego, se afeitó, tomó el café, fue a ducharse y se vistió.

No podía evitar que de vez en cuando se le escapara una risita. Las graves consecuencias anunciadas por el cabronazo de Ragonese estaban empezando.

—Ya estoy listo.

El inspector le indicó que se acomodara en el asiento posterior y se pusieron en marcha. El agente conectó la sirena y empezó a correr más que Gallo. Pero ¿es que todos tenían la misma manía? ¿Por qué corrían tanto cuando no había ninguna necesidad?

Sentado en una de las dos sillas delante de la mesa del jefe superior, Bonetti-Alderighi, estaba Arquà, el jefe de la Policía Científica. Era algo que Montalbano ya había previsto.

—Siéntese —indicó el jefe superior. Tenía el semblante sombrío.

Montalbano se sentó en la silla libre. Arquà y él no se habían saludado.

—Entro directamente en materia —empezó el jefe superior.

Sin embargo, no entró directamente. Primero abrió y cerró un cajón de la mesa, luego miró la punta de un lápiz como si no entendiera para qué podía servir, y por último dijo:

—Es mejor que hable usted, Arquà.

El jefe de la Científica habló mirándose las puntas de los zapatos.

—Durante la recogida de muestras en el chalet de los Lombardo encontramos muchas huellas dactilares tuyas.

—¿Tuyas de quién? —preguntó Montalbano.

—Tuyas —se corrigió Arquà.

—¿Y cómo has podido saber que eran mías?

—Igual que con cualesquiera otras. Comparándolas. Todas nuestras huellas están archivadas.

—Comprendo. O sea que tú, nada más ver las huellas del chalet, te dijiste: «¿Qué te apuestas a que son de Montalbano?» Y en efecto, lo eran. Te felicito por tu intuición. Dime: ¿ha sido así?

Sabía que no podía haber sido así. Y quería averiguar quién le había puesto la mosca detrás de la oreja. Arquà se revolvió en la silla, incómodo, y miró al jefe superior. Éste se decidió a intervenir.

—El *dottor* Arquà recibió una carta anónima a última hora de la mañana de ayer. Me la enseñó de inmediato, la leí y le di permiso para comparar las huellas. Ha actuado más que correctamente. Si quiere leer la carta...

Tras sacarla de un cajón, se la tendió a Montalbano, que no alargó el brazo para cogerla; ni siquiera se movió.

—¿No quiere leerla?

—Perdone, pero me produce cierta repugnancia leer cartas anónimas, sobre todo de buena mañana. De todos modos, no necesito leerla. Puedo imaginar perfectamente su contenido. Pone que yo, perdidamente enamorado de la señora Lombardo, la tenía secuestrada en su chalet mientras hacía que la buscaran por todas partes, y que al final la degollé después de violarla. Y que luego prendí fuego al chalet con la esperanza de ocultar las huellas de mis repetidas visitas. ¿Correcto?

—Sí —respondió el jefe superior.

Suponía que las cosas podían haber ido así, pero al tener la confirmación empezó a cabrearse.

—Y a ti, Arquà —dijo Montalbano, hablándole a uno para que el otro se diera por aludido—, ¿no te avergüenza dar crédito a una carta anónima? ¿Sabes que le han mandado una copia de esa carta difamatoria al periodista Pippo Ragonese, que espera graves consecuencias?

—No he sido yo, desde luego —contestó Arquà.

—No lo pongo en duda. Han sido los mismos asesinos en los que tú depositas tanta confianza.

Arquà no reaccionó. El jefe superior estaba ocupado mirando el techo. El comisario se dirigió directamente a él:

—Perdone, pero ¿usted ha informado al *dottor* Arquà de que yo había estado en el chalet, invitado a cenar por la señora Lombardo, y de que en esa ocasión fui víctima de un intento de chantaje?

—Sí, y también le he dicho que hay abierta una investigación dirigida por el *dottor* Tommaseo.

—¿Y entonces? ¡Pues claro que han encontrado huellas mías!

Esta vez fue Bonetti-Alderighi quien miró al jefe de la Científica.

—Hay una huella en particular que no puede ser de la noche de la invitación a cenar —dijo Arquà.



—¿Ah, sí? ¿Y dónde la has descubierto?

—En la sábana manchada de sangre.

¡Era verdad! Cuando le pidió la linterna al cabo para comprobar si la sangre estaba seca o no. Pero en aquel momento se encontraba solo, no había testigos. Había hecho una solemne tontería.

Dijera lo que dijera, podían no creerlo. Más valía cambiar de actitud.

—Bien —dijo el jefe superior—. ¿Cuál es la explicación?

Un poco de teatro en ese momento no estaba de más. Aunque, ¿era teatro o de verdad se sentía ofendido por la sospecha de que podía ser un asesino? Se levantó de golpe, con semblante sombrío, y habló con la voz alterada.

—En resumidas cuentas, me parece entender que ustedes dos me creen capaz de cometer un crimen tan repugnante. Sólo me resta pedir dos cosas. ¡La primera es una revisión psiquiátrica para el *dottor* Arquà, exactamente igual a la que tuve que someterme yo por orden del señor jefe superior!

Bonetti-Alderighi lo miró atónito.

—¿Yo le he hecho someterse a una revisión psiquiátrica? ¿Cuándo?

—¡No lo sé! ¡A lo mejor lo he soñado, pero para el caso es lo mismo!

—¡¿Cómo va a ser lo mismo?!

—¡Sí, señor! ¿Acaso no ha leído *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca? Y la segunda petición es ésta: ¡quiero a mi abogado! ¡No responderé a más preguntas si no es en presencia de mi abogado!

Se sentó, sacó un pañuelo y se enjugó la frente, en la que no había ni una gota de sudor.

Bonetti-Alderighi y Arquà se miraron.

—¡Vamos, Montalbano, nadie está acusándolo! —dijo el jefe superior—. Simplemente estamos intentando aclarar...

—¿Basándose en una carta anónima?

—¡No! —terció Arquà—. En una huella dactilar de la que no has podido darnos una explicación.

¿Ésa era la conclusión? ¿Creían realmente Bonetti-Alderighi y Arquà lo que decían? Empezó a sentirse invadido por una rabia sorda. ¿Reaccionaba ahora o dejaba que los dos quedaran en evidencia más tarde? Escogió la segunda opción y permaneció callado.

—Hagamos esto por el momento —dijo el jefe superior—. Usted, Montalbano, queda apartado de la investigación. Y también del servicio. Permanezca disponible. Asignaré las investigaciones de los dos delitos al jefe de la Brigada Móvil.

Sin pronunciar una palabra, sin siquiera despedirse, el comisario salió del despacho.

Pero, en cuanto estuvo fuera, dio media vuelta y entró de nuevo, dirigiéndose con

decisión hacia la mesa.

—Se me había olvidado decirles un pequeño detalle: tengo una coartada impecable.

—¿Cuál? —preguntó el jefe superior.

—¿Ha leído el informe del *dottor* Pasquano?

—Lo tengo aquí, encima de la mesa, pero todavía no he tenido tiempo —respondió, cogiéndolo de entre los papeles y empezando a leerlo.

—¿Y tú? —preguntó Montalbano, volviéndose hacia Arquà.

—Yo tampoco.

—Han preferido leer la carta anónima antes que el informe del médico forense. Si usted, señor jefe superior, me hace el favor de leer en voz alta lo que escribe el doctor sobre la hora del crimen...

—Aquí pone que se produjo entre las doce de la noche y las dos de la madrugada.

—Bien. A esa hora yo me hallaba en Spinoccia, donde se había encontrado el cadáver de...

—¡Mientes! —exclamó Arquà, alterado—. ¡Yo estaba allí y no te vi!

—Cuidado con lo que dices, Arquà. Ya has hecho quedar mal al señor jefe superior; no empeores las cosas. ¿Se te acercó Fazio para preguntarte si el coche quemado podía ser un Suzuki?

—¡Sí, pero eso no significa que tú estuvieras allí!

—Señor jefe superior, le daré los nombres de los que pueden declarar que esa noche yo estaba en Spinoccia con la condición de que el *dottor* Arquà no esté presente. Si no es así, recurriré a las vías legales para defenderme de esta vil acusación.

El jefe superior no se lo pensó dos veces. Había comprendido que las cosas se estaban poniendo feas.

—¿Quiere esperar fuera? —le pidió a Arquà.

Éste, pálido, salió.

—El agente Gallo, el inspector Fazio, el doctor Pasquano y un camillero del Instituto Médico Anatómico Forense pueden confirmar que, entre las doce de la noche y las dos de la madrugada, yo estaba en Spinoccia y, por tanto, no pude violar y matar a la señora Lombardo —dijo Montalbano de un tirón.

—Pero ¿por qué han intentado involucrarlo?

—Para que me quitaran el control de la investigación, como efectivamente estaba sucediendo. Quizá habían empezado a sospechar que he llegado a un paso de la verdad. Pero no creo que la puesta en escena haya sido premeditada. Los que quemaron vivo al joven Tallarita son los mismos que tenían prisionera a la señora Lombardo. Esa noche debieron de pasar por la carretera desde la que se ve la casa donde vivo. En el maletero transportaban a la pobre mujer; sin duda, estaban

llevándola al lugar de su ejecución. Vieron mi coche aparcado delante de mi casa, supusieron lógicamente que yo estaba durmiendo, y entonces decidieron matarla en su chalet y violarla, pero sin eyacular, de modo que yo pudiera ser sospechoso también de eso, ante la imposibilidad de efectuar la prueba de ADN que lo habría desmentido. Pero resulta que yo no estaba en casa. Había pedido que el agente Gallo me llevara a Spinoccia.

—No he entendido bien lo que le ha dicho a Arquà sobre una carta anónima que al parecer ha recibido el periodista Pippo Ragonese.

—No sé si se trata de una carta o de una llamada anónima, pero Ragonese ya ha empezado a hablar de graves consecuencias, incluso ha citado una película en la que un comisario mata a su amante... Está claro que quiere vengarse por la exclusiva frustrada.

—¿Qué puedo hacer?

—Un desmentido genérico sería suficiente.

—Lo haré. Pero... —Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero le faltaba valor para hacerla.

Montalbano comprendió.

—En cuanto a la huella dactilar en la sábana, el *dottor* Arquà no podía saber que yo entré en el chalet acompañado por un cabo de los bomberos cuando las llamas estuvieron bajo control. Quise comprobar si la sábana estaba todavía húmeda de sangre. El cabo podrá ratificarlo.

Bonetti-Alderighi se levantó y le tendió la mano.

—Gracias por su comprensión.

—No hay de qué.

Y para que se le pasase todo el nerviosismo acumulado, cuando volvía a Vigàta en autobús, bajó en la parada de los templos e hizo el resto del camino paseando tranquilamente.

Llegó a la comisaría casi a las diez, pero durante el paseo había decidido recoger la red con la pesca dentro; ahora ya estaba todo claro. Se habían acabado los juegos de espejos.

—Catarè, mándame al *dottor* Augello y a Fazio.

—El *dottori* no está *in situ*.

—Pues díselo a Fazio.

Decidió no contarle nada del encuentro con el jefe superior y Arquà. Sería una pérdida de tiempo, y él no tenía ganas de seguir perdiéndolo.

—Dígame, *dottore*.

—Oye, Fazio, necesito que hagas dos cosas urgentemente. La primera es que averigües cuántos coches tiene Carlo Nicotra y sus números de matrícula, y que me informes antes de que termine la mañana.

—¿Y cómo es que ahora sale a relucir Nicotra?

—No sale ahora; ha estado siempre. Recuerda que fuiste tú quien dio su nombre cuando empezó este asunto.

—Es verdad. Pero no acabo de entender cómo y hasta qué punto está implicado.

—Me asombras. Es él quien ha mandado matar a Arturo Tallarita y a Liliana.

—Pero ¿por qué?

—¿Has oído hablar alguna vez de Romeo y Julieta?

—Sí, señor, una vez vi una película.

—Romeo y Julieta pertenecían a dos familias rivales y por eso su amor era imposible.

—Perdone, *dottore*, pero ¿qué tiene que ver Nicotra con la historia de un amor imposible?

—Pero ¿no me dijiste tú que Tallarita padre vende droga por cuenta de Nicotra? Eso hace que Nicotra pueda ser considerado el jefe de una de las dos familias.

Fazio se quedó pensando.

—Está bien. Pero ¿qué le importaba a él que Arturo tuviera una amante? ¡Y además forastera! ¿Por qué no quería que estuvieran juntos?

—¿No te lo estoy diciendo? Evidentemente, porque Liliana pertenecía a otra familia.

—*Dottore*, ¿de qué familia me habla? ¡Se lo repito: no sólo son forasteros y no tienen amistades aquí, sino que el marido de Liliana es representante de ordenadores!

—Eso es lo que parecía.

Fazio se quedó de piedra.

—¿No lo es?

—Digamos que era una bonita tapadera. O, mejor dicho, es posible que durante

un tiempo lo fuera, pero después...

—Entonces, ¿a qué se dedicaba?

—Vendía droga. Al por mayor. La tarea que le habían asignado era apoderarse de la red de Nicotra, sustituyéndolo poco a poco hasta echarlo.

—Pero ¿usía cómo ha llegado a saberlo?

—Le he dado muchas vueltas al asunto. Y al cabo busqué la prueba. Y la encontré.

—¿Cómo?

—Abriendo un ordenador y una impresora que todavía están en el chalet. No funcionan. Son simples contenedores de cocaína.

Fazio se quedó boquiabierto.

—Pero ¡Lombardo no podía actuar solo! ¡Y además no es de aquí! ¿Qué puede saber de la red de venta de droga?

—En mi opinión, lo más probable es que lo contrataran los Cuffaro, que hace algún tiempo fueron suplantados en la venta de droga por los Sinagra. Lombardo no actuaba solo; los Cuffaro le cubrían las espaldas. Trajeron a Lombardo de fuera. Si lo detenemos, seguro que descubrimos que es un gran especialista en la materia.

—Ahora empiezo a comprender.

—Cuando Nicotra descubre que Arturo se entienda con Liliana, se preocupa bastante; teme, con razón, que el chico pueda revelarle a su amante ciertos secretos, ciertos entresijos de la organización de venta de droga que Liliana le contará a su marido.

—¿Y por qué no se encarga de que lo maten inmediatamente?

—No puede porque teme la reacción de Tallarita padre, que está en la cárcel y a lo mejor, para vengarse, se pone a colaborar de verdad con Narcóticos. Por otro lado, ese rumor acerca de la colaboración es una especie de bumerang.

—¿Por qué?

—Porque lo difundió el propio Nicotra cuando quería despistarnos con las bombas. Entonces, ¿qué hace? Habla con la madre de Arturo, le dice que su hijo va con una mujer que puede perjudicarlo mucho, pero no sucede nada.

—Y manda que le destrocen el motor del coche —prosigue Fazio.

—Muy bien. Y con eso tampoco consigue nada. Así que ordena que le disparen a Liliana mientras va en coche conmigo, pero no le dan. Y la exclusiva, que debería haber alejado a Arturo de Liliana, también resulta una tentativa vana. A todo esto, llega un momento en que Arturo se percata de las intenciones de Nicotra y le sugiere a Liliana que haga creer a todo el mundo que es mi amante. Pero Nicotra sabe que ellos dos continúan viéndose. Entonces empieza a actuar en serio. Primero secuestra a Arturo y luego a Liliana, cuando ésta trata de escapar. Mata a Arturo y...

—Perdone, pero ¿por qué espera un poco para matar a Liliana?

—Quizá quería utilizarla para presionar a Lombardo. Pero éste debe de haber pasado olímpicamente de su mujer.

—¿Y por qué la llevaron al chalet para matarla?

—Para intentar que el homicidio recayera sobre mí. Nicotra quería vengarse por la exclusiva frustrada.

—¿Y las bombas?

—Nicotra mandó ponerlas para comunicarle a Lombardo que lo habían identificado y que lo más conveniente para él era cambiar de aires.

Fazio no hizo más preguntas.

—Está bien, voy a informarme sobre los coches.

—Espera. La otra cosa que quiero que hagas es que telefonees al encargado de estos asuntos y pidas una autorización para visitar al preso Tallarita. La necesito para esta tarde. Por cierto, ¿le han comunicado a la señora la muerte de su hijo?

—Por supuesto. La identificación la ha hecho la hermana de Arturo, que ha venido de Palermo.

Una hora después, Fazio fue a decirle que Carlo Nicotra tenía tres automóviles. Uno era un Mercedes con matrícula GI 866CP.

—Nicotra está jodido —declaró Montalbano.

Fazio se quedó mirándolo, desconcertado.

El comisario se puso a buscar entre los papeles que tenía en el bolsillo. Por fin encontró una nota con el número de móvil que le había dado Japico. Lo llamó.

—Soy Montalbano.

—Dígame, comisario.

—Necesito hablar con usted.

—Estoy en el pueblo.

—¿Podría pasar por la comisaría?

—¿Cuándo?

—Lo antes que pueda.

—Estoy cerca. Tardo cinco minutos en llegar.

Fazio lo miró interrogativo.

—Japico vio dos coches en el abrevadero de Spinoccia antes de que prendieran fuego a uno de ellos. Tomó los números de las matrículas, sólo los números, para jugar al Lotto. Uno era el Suzuki de Liliana; el otro, un coche grande que ahora sabemos que era un Mercedes. El de Carlo Nicotra.

Fazio estaba asombrado.

—¿No te cuadra?

—No es eso; es que me pregunto cómo es posible que alguien como Nicotra se presente con su coche en un sitio donde van a matar a una persona. ¿Cómo es que no toma un mínimo de precauciones?

—Porque son unos cretinos que se creen omnipotentes. Como algunos políticos. Y hacen una gilipollez detrás de otra.

Catarella llamó para decir que estaba *in situ* un tal Imbilitato, que...

Japico entró en el despacho sonriendo.

—¿Qué ocurre, *dottore*?

—¿Acertó el terno?

—No, señor.

—A ver si consigue que lo acierte yo.

—¿Cómo quiere que lo haga, *dottore*?

—¿La matrícula del coche grande que vio por el retrovisor era por casualidad GI 866 CP?

Japico se dio una palmada en la frente.

—¡Eso es! ¿Cómo es posible que no me acordara?

—¿Por qué?

—Porque GI son las iniciales de Giovanni Indelicato, que es mi padre, y CP, las de Carmela Pirro, mi madre.

Montalbano había acertado el terno.

—Ahora deseo que me dé una respuesta clara, señor Indelicato.

—Dígame.

—¿Estaría dispuesto a testificar ahora delante de mí, luego delante del ministerio público y más tarde en los tribunales, que ése es el coche que vio en el abrevadero de Spinoccia junto al otro, el que después incendiaron?

—Claro. ¿Qué problema podría haber?

—Que el coche pertenece a un *capo* de la mafia.

—No me importa a quién pertenezca; yo digo lo que he visto.

—Se lo agradezco. Fazio, ¿quieres redactar el acta?

Cuando Japico se hubo ido, Fazio comentó:

—¡Ojalá hubiera muchas personas así!

—Las hay, las hay.

—Bien. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora me voy a comer. Si por casualidad consigues la autorización para visitar a Tallarita, llámame a la *trattoria*.

En la *trattoria* de Enzo el televisor estaba sintonizado en Televigàta.

—¿Lo apago o lo dejo? —le preguntó Enzo.

—Déjalo.

—¿Qué le traigo?

—No puedo atiborrarme. Tengo muchas cosas que hacer esta tarde.

—Entonces le propongo no tomar *antipasti*; sólo primero y segundo.

Mientras comía la pasta *allacarrittera*, en el televisor apareció la cara de Ragonese. El periodista habló un buen rato de una medida regional relacionada con la pesca, y sólo al final dijo:

«Respecto a las noticias que han circulado estos días, y de las que hemos informado debidamente, sobre la implicación de una conocida personalidad en el homicidio de la señora Lombardo, la Jefatura Superior de Policía de Montelusa ha difundido un comunicado en que se afirma que aquéllas carecen de todo fundamento y que la investigación sigue a cargo del *dottor* Salvo Montalbano, al mando de la comisaría de Vigàta. Buenas tardes».

Ragonese había quedado bastante mal. El jefe superior, en cambio, había cumplido su palabra; al menos eso había que reconocérselo.

Estaba pagando la cuenta cuando Fazio lo llamó por teléfono. Antes de contestar, se aseguró de que no hubiera clientes cerca.

—Pueden concederle la visita mañana a las nueve.

Montalbano habló en voz baja:

—Está bien. Tú no te muevas de la oficina, que ahora voy a ver a Tommaseo y le pido una orden de arresto para Nicotra. Diré que te la envíen, así vas a buscarlo sin perder tiempo. Quiero hablar con él antes de llevarlo ante el ministerio público. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Colgó y llamó al despacho de Tommaseo.

—¿Puede recibirme dentro de media hora?

—Venga.

Tal como esperaba, Tommaseo opuso cierta resistencia a firmar la orden de arresto.

—Es que un solo testigo...

¡Debía dar gracias al Señor porque hubiera uno! En otros tiempos, no habría habido ni ése.

—Pero podremos tener una prueba decisiva.

—¿Cómo?

—Además de firmar la orden de arresto, ordene la incautación de los automóviles de Nicotra. En particular de un Mercedes.

—¿Por qué?

—Estoy más que convencido de que a Liliana Lombardo la llevaron en el maletero de ese coche al chalet donde la mataron. Realizando un examen a fondo, la Policía Científica podría encontrar... no sé... cabellos de la difunta, por ejemplo. Su cuerpo todavía está en el depósito, por lo que la comparación no sería difícil.

Al final, Tommaseo se dejó convencer y mandó enviar una copia de la orden a Vigàta.



La justicia se había puesto en marcha. Sin embargo, Montalbano no estaba seguro de que la justicia acabara impartiendo justicia. En su recorrido encontraría obstáculos innumerables: abogados pagados a precio de oro, honorables diputados que debían su cargo a la mafia y tenían que saldar su deuda, algunos jueces menos valientes que otros, un centenar de testimonios falsos a favor...

Pero a lo mejor había una manera de joderlo definitivamente.

Al salir del despacho de Tommaseo, paseó media hora para que Fazio tuviera tiempo de hacer lo que tenía que hacer. A continuación cogió el coche y se dirigió hacia Retelibera.

—¡Qué alegría verlo por aquí! —dijo la secretaria de Zito.

—Yo también me alegro de verla; la encuentro espléndida. ¿Está Nicolò?

—Está en su despacho.

Nicolò estaba escribiendo. En cuanto vio a Montalbano, se levantó.

—¡Qué sorpresa tan agradable! He oído a Ragonese. ¿Todo resuelto?

—Todo.

—Mejor así. ¿Necesitas algo?

—Sí. Tendrías que hacerme una entrevista para emitirla esta noche.

—A tu disposición. Pero ¿sobre qué?

—Espera un momento. ¿Me dejas hacer una llamada?

—Claro.

Llamó a Fazio al móvil.

—¿Cómo va la cosa?

—Estamos llevándolo a la comisaría.

—¿Ha opuesto resistencia?

—No. No se lo esperaba.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Ha dicho que quiere un abogado.

—Que espere a que vaya yo. Ah, hazme un favor, avisa a Tommaseo de que dentro de unas dos horas como máximo lo tendrá delante. —El comisario cortó la comunicación y se volvió hacia Zito—. Te doy una noticia en exclusiva. He mandado arrestar a Carlo Nicotra por doble homicidio.

—¡Coño! —exclamó Nicolò, saltando de la silla—. ¡Nicotra es el número dos de los Sinagra! ¡Esto es un bombazo! Dame algunos detalles.

Tras dárselos, Montalbano dijo:

—Bueno, ¿me haces la entrevista o no?

—Sí, pero la noticia del arresto la doy aparte, antes.

—Como quieras.

ZITO: Dottor Montalbano, ¿qué lo ha llevado a tomar la decisión de pedir una orden de detención para Carlo Nicotra?

MONTALBANO: No puedo revelar lo que se encuentra sometido al secreto de sumario. Me limitaré a decir que, paradójicamente, es el propio Nicotra quien me ha cogido de la mano y me ha guiado hacia la solución.

ZITO: ¿En serio? ¿Puede explicarse mejor?

MONTALBANO: Desde luego. Nicotra ha cometido una serie de errores tan inauditos que al principio casi no me lo creía, incluso pensé que se trataba de pistas falsas.

ZITO: ¿Puede ponernos algún ejemplo?

MONTALBANO: Bien, hizo una llamada anónima a un conocido periodista, pero sin preocuparse de disimular su reconocible voz, y fue con su Mercedes privado a dirigir el asesinato de Arturo Tallarita sin ocultar la matrícula... Unos errores tan mayúsculos que me pregunto con cierto estupor cómo es que sus jefes siguen confiando en semejante chapucero.

ZITO: Pero según usted, y siempre que pueda decírnoslo, ¿cuál sería el móvil de estos dos crueles homicidios?

MONTALBANO: Verá, Arturo Tallarita se había enamorado de la señora Liliana Lombardo, que le correspondía. Nicotra no pudo digerir esta historia. Hizo lo posible para separarlos: destrozó el motor del coche de ella, encargó que la mataran, pero el disparo no dio en el blanco... Hasta que, exasperado, ordenó matarlos a los dos con especial crueldad. Un comportamiento inexplicable. O quizá, teniendo en cuenta que al principio se ensañó sólo con la mujer, fácilmente explicable. Pero esa cuestión no es cosa mía.

ZITO: ¿Me está diciendo que Nicotra consideraba a la señora Lombardo como una rival?

MONTALBANO: Repito: no me corresponde a mí sondear las profundidades del alma de un asesino múltiple como Carlo Nicotra, pero lo que acabo de apuntar es una de las explicaciones posibles.

ZITO: ¿Cómo es que no se tienen noticias del marido de la señora Lombardo?

MONTALBANO: No acierto a darle una respuesta verosímil. Sin embargo, como es representante de una gran empresa de ordenadores, algunos de los cuales todavía están en el chalet, pensamos que quizá aún no se haya enterado de lo sucedido a su mujer. Esperemos que pronto dé señales de vida.

Había dejado a Nicotra bien arreglado. Después de aquella entrevista, era difícil que los Sinagra quisieran invertir mucho en su defensa. Ahora ya no les servía; más aún, podía representar un peligro. Mejor dejar que se pudriera en la cárcel. Además, Montalbano había puesto deliberadamente la guinda al pastel sugiriendo que quizá le gustaban los hombres. Un pecado que sus jefes nunca le perdonarían.

Acabada la entrevista, volvió a llamar a Fazio.

—Dentro de media hora como mucho estoy en la comisaría. Encárgate de que esté también Mimì Augello y de explicarle cómo hemos llegado hasta Nicotra. Será él quien lo lleve ante el ministerio público. Y quiero encontrar encima de mi mesa un televisor provisto de lector de DVD. —Y después de colgar, le dijo a Zito—: ¿Me haces una copia de la entrevista?

Mientras estaba aparcando el coche en la comisaría, Fazio, que evidentemente lo esperaba, fue a abrirle la puerta.

—¿Qué pasa?

—Pasa que ha llegado el abogado Zaccaria. Espera en la salita. Está claro que lo han avisado los Sinagra.

Michele Zaccaria, elegido representante en el Parlamento en las últimas elecciones como miembro del partido mayoritario con un mar de votos, era el abogado número uno de la familia Sinagra. Era bueno en su oficio, uno de los mejores. Llegaba en el momento oportuno.

—¿Habéis conseguido el televisor?

—Sí, señor.

Entraron en el despacho. Montalbano sacó del bolsillo el DVD y se lo dio.

—Ponlo.

—¿Qué es?

—Una entrevista que le he concedido a Zito.

—¿Y por qué quiere que la veamos?

—Lo comprenderás sin necesidad de que te lo explique.

Después dispuso las sillas de forma que Augello, Fazio, Nicotra y Zaccaria pudieran ver el espectáculo. A él no le interesaba; quería disfrutar de otro espectáculo, bastante más interesante: el de la cara de Nicotra y Zaccaria mientras escuchaban la entrevista.

—Hazlos pasar a todos.

Carlo Nicotra, un sexagenario menudo de facciones finas, con gafas de montura dorada y cuyo aspecto, cuidadísimo, estaba a medio camino entre un director médico de una unidad hospitalaria y un jefe de departamento ministerial, era conocido por su sangre fría. De él se decía que jamás, en ninguna ocasión, había perdido la calma. No manifestaba ningún desasosiego; parecía encontrarse en una reunión de amigos.

Montalbano y Zaccaria se saludaron inclinando apenas la cabeza. Cuando todos se hubieron sentado, el comisario habló dirigiéndose al abogado.

—Anticipo que, por mi parte, en esta oficina no se realizará ningún interrogatorio. Lo considero superfluo. No obstante, antes de conducir al arrestado ante el ministerio público, creo que es mi deber ponerle esta entrevista que me han hecho y que se emitirá esta noche a las ocho y en los telediarios sucesivos.

Nicotra, que estaba sorprendido, por supuesto, pero no lo dejó traslucir, le habló al oído al abogado, y éste, después de escucharlo, hizo lo mismo con él.

—¿Tienen alguna objeción? —preguntó Montalbano.

—Ninguna —respondió el abogado.

El comisario le indicó a Fazio que empezara.

Cuando se oyó llamar «chapucero», Nicotra se puso rojo como un tomate y se revolvió en la silla. Pero cuando Montalbano sugirió que quizá estaba enamorado de Arturo Tallarita, de repente, con una especie de rugido leonino, se levantó y se abalanzó sobre el comisario. Fazio lo agarró al vuelo por los hombros y lo obligó a sentarse.

—¿Puede retroceder un poco? —pidió el abogado sin alterarse lo más mínimo—. Con el jaleo, me he perdido algo.

Parecía bastante interesado. Nicotra, en cambio, mantuvo los ojos clavados en el suelo.

—Y ahora —dijo Montalbano al acabar—, el *dottor* Augello acompañará al arrestado ante el ministerio público. Buenos días.

—Un momento —pidió Zaccaria—. Como tengo otro compromiso urgente, un colaborador mío, el abogado Cusumano, será quien acompañe al señor Nicotra en su comparecencia ante el ministerio público. De modo que le ruego, señor comisario, que espere a que llegue mi colega, al que haré venir enseguida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Buenos días y gracias —se despidió Zaccaria, saliendo a toda prisa.

—Fazio, lleva al detenido al calabozo y vuelve aquí.

En cuanto se quedó a solas con Augello, el comisario se echó a reír. Mimì lo miró irritado.

—¿De qué te ríes? No he entendido esa entrevista.

—No me digas. Esperemos a que vuelva Fazio y os la explico.

Fazio volvió.

—¡Ahora lo entiendo todo! —exclamó.

—Pues si queréis hacer partícipe de vuestra sapiencia a este pobre ignorante... — rezongó Augello, cada vez más molesto.

—Mimì, de esta entrevista se deduce, en primer lugar, que yo soy un tonto irrecuperable que todavía no ha entendido un carajo sobre el móvil del doble homicidio, es decir, la venta de droga. Y por eso nuestro querido abogado se ha apresurado a ir a informar de mi ignorancia a los Sinagra, los cuales harán lo posible para demostrarme que tengo razón y que Nicotra siempre ha sido gay. ¿Está claro?

—Tal como lo expones, la cosa está clara. Pero ¿con qué finalidad?

—Espera. En segundo lugar, he dejado caer que en el chalet todavía hay algunos ordenadores e impresoras de Lombardo. Como te habrá dicho Fazio, son contenedores de droga, pero yo he fingido no saberlo. En conclusión, me juego las pelotas a que esta misma noche el chalet estará abarrotado.

—Empiezo a entender. Estás preparando una trampa para Lombardo.

—Lombardo es el primero de la lista. Sabiendo que Nicotra está en la cárcel, se sentirá seguro y correrá a recuperar la mercancía antes de que la magistratura se incaute de todo. Pero la trampa no es sólo para él.

—¿Para quién más?

—Para los Sinagra. Yo diría que casi están obligados a llevarse los ordenadores e impresoras sin perder un minuto, antes de que yo descubra que contienen droga. Porque, si no lo descubro, ellos quedan fuera del asunto; pero, si lo descubro, están metidos hasta el cuello. ¿Has terminado de entenderlo?

—He terminado.

—¿Cómo nos organizamos? —preguntó Fazio.

—Muy sencillo. La entrevista la emitirán tres veces, a las ocho, las diez y las doce. Estoy seguro de que Lombardo ronda por las cercanías. Pero no aparecerá antes de las dos, cuando ya haya muy poco tráfico en la carretera provincial. Y los Sinagra también se presentarán hacia esa hora. Quiero dos brigadas. Una en el lado del mar contigo, Mimì, y otra en el de tierra con Fazio. Os incorporaréis al servicio a las doce de la noche.

—¿Y tú? —preguntó Mimì.

—Yo, a la misma hora, entro en el chalet y espero en el cuarto donde están los ordenadores.

—Un momento, atemos todos los cabos. ¿Yo cuándo debo intervenir? —preguntó Mimì.

—Si se trata de Lombardo, déjalo entrar, que ya me encargo yo. Pero, si son los hombres de Sinagra, detenlos en cuanto pongan los pies dentro.

—Ya, pero ¿cómo los distinguimos? No llevarán un cartel con su nombre — observó Mimì.

—Hombre, seguro que Lombardo llega solo y, como tiene llaves, entra por la puerta, mientras que los hombres de Sinagra serán como mínimo dos y tratarán de quitar las tablas de la cristalera; estarán más tranquilos trabajando por el lado de la playa.

—¿Y cómo le avisamos a usía que alguien se está acercando? —preguntó Fazio.

—Llevaré el móvil. Prepáramelo para que no suene; con la vibración será suficiente.

En ese momento llamó Catarella para informar de que había llegado el abogado Musulmano. Que, naturalmente, se llamaba Cusumano.

—Yo me voy a Marinella. Si surge algo, podéis llamarme hasta las doce.

—Llévese el arma —le recomendó Fazio antes de salir del despacho.

Lo primero que hizo el comisario una vez en casa fue encender el televisor. Retelibera estaba emitiendo su entrevista. Cambió a Telegiàta. Ragonese estaba comentando el acontecimiento del día, es decir, el arresto de Carlo Nicotra. El pobre Zito no había conseguido la exclusiva; por lo visto, los Sinagra se habían apresurado a informar a Ragonese.

«... probablemente la insana pasión por el joven Tallarita empujó a Nicotra a ordenar la muerte de los amantes con particular brutalidad. Piensen que a Arturo Tallarita lo llevaron al lugar de su ejecución en el maletero del Mercedes de Nicotra, le ataron pies y manos con una delgada cadena de acero que también le rodeaba el cuello, y lo metieron en el asiento posterior del Suzuki de la señora Lombardo, que a continuación fue regado con gasolina para prenderle fuego. Nicotra quiso disfrutar hasta el final del horrendo espectáculo del joven, el cual, debatiéndose para liberarse de la cadena, en realidad se estrangulaba lentamente mientras las llamas lo abrasaban... ¿Cómo describir esa terrible agonía? Intentaremos hacer lo posible para que se den cuenta de la atrocidad...»

El comisario rogó que la señora Tallarita no estuviera viendo la televisión y la apagó. Todo estaba yendo según lo previsto. Los Sinagra habían abandonado a Nicotra a su sino. Y en consecuencia, para sostener la tesis de la insana pasión, como había dicho Ragonese, sin peligro de que quedara desmentida, se veían obligados a apoderarse de los ordenadores y las impresoras que estaban en el chalet.

Fue a abrir el frigorífico. No había nada. Dentro del horno, en cambio, encontró pasta *'ncasciata* y una espléndida fritura de gambitas y calamares. Una sorpresa de día de fiesta.

Puso la mesa en la galería y disfrutó de la preciosa noche y la cena tomándoselo con calma.

Después quitó la mesa y llamó a Livia.

—Como más tarde tengo que salir...

—¿Adónde vas?

Sería demasiado largo explicarle todo el asunto.

—Al cine.

—¿Con quién? —Lo dijo con voz alarmada; seguro que pensaba que iba a ir con una mujer.

—Te has saltado una frase.

—No te entiendo.

—Yo te lo explico. Si alguien dice que va al cine, la pregunta inmediata es: «¿Qué vas a ver?» Con quién, si acaso, vendría después.

—A mí no me importa qué película vas a ver; me importa saber con quién vas a ir.

—Voy solo.

—No me lo creo.

La trifulca fue inevitable.

A las diez y media telefoneó Mimì Augello.

—Estoy volviendo a Vigàta. Tommaseo ha interrogado a Nicotra y lo ha mandado a la cárcel; continuará el interrogatorio mañana a las nueve. ¿Novedades?

—Ninguna.

—Entonces voy directamente a comisaría. Hasta luego, Salvo, nos vemos más tarde.

Montalbano se sentó en una butaca y se puso a ver una película que ya había visto y le había gustado.

La segunda vez le gustó más que la primera, y estaba tan absorto que el teléfono lo sobresaltó.

Era Fazio.

—*Dottore*, ¿todo bien? Mi brigada sale ahora para Marinella.

El comisario miró el reloj. Faltaba un cuarto de hora para las doce.

—¿Y Augello?

—Ha salido hace veinte minutos. Ha hablado con Capitanía y ponen a su disposición una lancha neumática.

Para él había llegado también el momento de moverse. Se lavó y se puso sólo vaqueros y una camisa. Hacía demasiado calor. Preparó café y lo pasó a un termo. Luego cogió la pistola, el manojito de llaves y una linterna. Buscó el móvil y no lo encontró. Empezó a soltar un juramento tras otro. Al final lo localizó debajo de un periódico. Se lo guardó en el bolsillo de la camisa y salió de casa con el termo en la mano. Esta vez no tenía necesidad de ponerse guantes.

Quitó los precintos de la puerta, entró y cerró, confiando en que nadie lo hubiera

visto desde la carretera. Una vez dentro, abrió la ventana del dormitorio, se encaramó al alféizar y saltó al jardín. Debió de apoyar mal el pie izquierdo, porque sintió un fuerte dolor en el tobillo.

Corrió cojeando hasta la puerta, puso los precintos, entró otra vez por la ventana, la cerró, fue a abrir el cuartito y cerró desde el interior con una llave falsa.

Lombardo no debía sospechar.

El cuartito estaba igual que la última vez que había entrado. Los ordenadores y las impresoras seguían en su sitio.

Se sentó en la cama, apagó la linterna y empezó a masajearse el pie en la oscuridad, pensando con amargura que quizá ya no tenía edad para ir de atleta.

Se había adormilado sin darse cuenta, pese a todo el café que había bebido. Estar quieto en una cama, en la oscuridad y el silencio más absolutos, daba sueño. Por eso la vibración del móvil le produjo el efecto de una descarga eléctrica y a punto estuvo de caerse al suelo. Encendió un instante la linterna: las dos y media. Empuñó la pistola, la amortilló y permaneció con los ojos bien abiertos y el oído muy atento de cara a la puerta, que no se distinguía.

Al poco rato oyó a alguien caminando con sigilo por el pasillo. El intruso no había hecho ningún ruido para entrar o él no lo había oído. El pomo giró con una especie de chirrido, pero la puerta no se abrió porque estaba cerrada con llave.

Entonces sucedió algo increíble. Alguien llamó despacio con los nudillos, y una voz educada dijo:

—Comisario, ¿quiere abrirme, por favor? He perdido la llave del cuartito.

Montalbano se quedó paralizado. La voz, que tenía un ligero acento del Véneto, prosiguió:

—Le aseguro que no estoy armado.

¿Qué había dicho la asistenta? Que Lombardo siempre llevaba el revólver encima. El comisario no se fió. Desplazándose a oscuras, pegó la espalda a la pared de la puerta; luego, con la pistola en la mano izquierda, alargó el brazo derecho y, manteniéndose protegido, metió la llave, la giró y se apartó de inmediato a un lado.

—Entre.

Ahora tenía la linterna encendida en una mano y la pistola en la otra.

La puerta se abrió lentamente y apareció Adriano Lombardo con los brazos levantados.

Era un hombre alto, moreno y elegante. Y estaba absolutamente tranquilo. El comisario lo cacheó; no llevaba armas.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí? —le preguntó.

—No se ofenda, pero era una trampa demasiado ingenua.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Muy sencillo: para entregarme. Los Cuffaro me abandonaron hace tiempo y los



hombres de Sinagra me persiguen. Es preferible la cárcel; total, yo no he matado a nadie.

—¿Por qué dice que los Cuffaro lo han abandonado?

—Enseguida se dieron cuenta de que la empresa de suplantar a los Sinagra en el negocio de la droga era difícil, y me dejaron solo.

Era una situación absurda, estaban charlando como dos viejos conocidos en un café.

En aquel preciso momento se oyó un estruendo en el lado de la galería. Debían de ser los hombres de los Sinagra arrancando los tablones. Luego se oyó una voz:

—¿Dónde coño está ese cuarto?

Siguió un ruido de pasos pesados en el comedor. Pero ¿cómo es que Mimì no intervenía? Montalbano salió al pasillo, vio que avanzaba hacia él la luz de una linterna, y disparó. La linterna se apagó y alguien gritó:

—¡Turi!, protégete!

Debían de ser al menos dos. No podía dejarse acorralar en el cuartito. Echó cuerpo a tierra y disparó de nuevo. Pero ¿por qué Augello tardaba tanto? Mientras, dentro de la habitación, Lombardo estaba haciendo algo que el comisario no acababa de entender: había apartado la cama. Los hombres de los Sinagra no se movían; quizá estaban preparando un plan de ataque.

De repente, desde la puerta del comedor partió una ráfaga de metralleta. Demasiado alta. No obstante, Montalbano se vio perdido. El hombre que la empuñaba dio un paso adelante y disparó otra ráfaga. Montalbano levantó la pistola y...

Un tiro seco sonó a su espalda. La metralleta cayó al suelo; el hombre que la tenía entre las manos la siguió sin un lamento.

—¡Turi! ¡Turi! —llamó el otro hombre.

No hubo respuesta. Montalbano oyó sus pasos huyendo. Entonces encendió la linterna y se volvió. Adriano Lombardo le sonreía con un fusil de precisión en la mano.

—Déjelo en el suelo.

—Claro.

Entretanto, fuera se oían voces de «alto, policía» y disparos.

—¿Dónde estaba el fusil?

—Lo tenía escondido en el cuartito. Debajo de la cama hay unas baldosas móviles.

Montalbano tuvo una intuición.

—¿Fue usted quien le disparó a su mujer cuando estaba en el coche conmigo?

—Sí. No era mi mujer; la traje conmigo porque pensaba que podía serme útil. Pero no la habría matado. Soy un tirador excepcional.

—Entonces, ¿por qué le disparó?

—Para conseguir su apoyo contra los Sinagra, comisario. Por cierto, fui yo quien le dijo a Liliana que intentara seducirlo. Estaba seguro de que usted sospecharía de Nicotra y actuaría en consecuencia, quitándomelo de en medio. Pero usted no hizo nada. ¿Por qué?

—Se lo contaré en otro momento.

Fue entonces cuando Mimì Augello llamó desde la playa:

—¡Salvo, puedes salir!

Salieron los dos. A la luz de las linternas, Montalbano vio que Mimì estaba empapado. A poca distancia, dos agentes retenían a un tipo.

—Lo hemos pillado. Dice que has matado a su compañero.

—Yo no; el aquí presente Adriano Lombardo. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—El motor de la lancha se ha estropeado. Hemos remado un poco, pero al final nos hemos tirado al agua y hemos venido hasta aquí a nado.

Mientras tanto había llegado Fazio con otros dos agentes.

—Mimì, hazte cargo también de Lombardo y mételos a los dos en el calabozo. Mañana por la mañana hablaremos. Tú, Fazio, avisa de que se ha producido un tiroteo y hay un muerto. Luego, incauta y lleva a la comisaría los ordenadores y las impresoras. Yo me voy a la cama. Estoy un poco cansado.

Llegó a la comisaría a las ocho y media. Se sentía descansado pese a que había dormido apenas tres horas.

—Fazio, dispongo de diez minutos escasos. A las nueve tengo que estar en la cárcel de Montelusa para hablar con Tallarita. Tráeme a Lombardo y déjame a solas con él.

Lombardo no tenía aspecto de haber dormido en el catre del calabozo. Su ropa estaba impecable; sólo se notaba que no iba recién afeitado.

—Dentro de un rato el inspector Fazio lo llevará ante el ministerio público. Yo, desgraciadamente, debo ir a otro sitio. Pero espero poder pasar por allí a media mañana. Si tiene revelaciones que hacer, espere a que llegue yo. ¿Tiene abogado?

—No. Pero quiero vengarme de los Cuffaro. Tengo bastantes cosas que decir sobre ellos.

—Me lo imaginaba. Le diré a Augello que le busque un buen abogado.

—¿Por qué se interesa por mí?

—Porque me ha salvado la vida. Se lo diré al fiscal. Y además porque...

Se calló a tiempo. Pero Lombardo le sonrió y completó su pensamiento:

—¿Porque se lo debe a Liliana?

Montalbano no respondió.

Llegó a la puerta de la cárcel con diez minutos de retraso. El responsable de la

vigilancia le dijo que esperara y se puso a hablar en voz baja por teléfono. Luego llamó a un guarda y le ordenó que lo acompañara al despacho del director.

¿Qué novedad era ésa? No podía perder tiempo.

—Oiga, yo vengo a visitar a...

—Lo sé, pero el director lo ha dispuesto así.

Montalbano conocía al director. Se llamaba Luparelli y era un hombre respetable, aunque latoso con los procedimientos.

Cuando entró en su despacho, lo encontró intranquilo y sombrío.

—No podrá hablar con Tallarita.

—¿Por qué?

—Ha sucedido algo muy grave. Esta mañana, en las duchas, le ha cortado el cuello a Nicotra con un cuchillo que no sé cómo ha conseguido.

—¿Lo ha matado?

—Sí. Anoche oyó contar a Ragonese en la televisión con todo detalle la agonía de su hijo, y se ha vengado. Luego, empuñando el cuchillo y amenazando a todos, se ha puesto a gritar como un loco que quería ver a los de Narcóticos, que iba a colaborar. Los llamé, vinieron y se lo llevaron.

Había hecho el viaje en balde. Sin embargo, el resultado que buscaba lo había obtenido igualmente. Tenía pensado contarle a Tallarita la terrible muerte de su hijo para provocar su reacción. Pero Ragonese le había ahorrado el trabajo.

Salió de la cárcel, montó en el coche y se dirigió al despacho del fiscal Tommaseo, donde Lombardo estaba dispuesto a arrancarles la piel a tiras a los Cuffaro.

Era un día realmente maravilloso.

## **Nota**

Esta novela no nació, como muchas otras de la serie de Montalbano, a partir de uno o varios sucesos. Es pura invención. Por ello puedo decir con más motivo que los nombres de los personajes, situaciones y acontecimientos no guardan relación con hechos que realmente hubieran ocurrido cuando la escribí. Podrían ocurrir, desde luego. Y ocurrieron, en efecto, en el verano de 2010, después de que hubiera terminado la novela. Pero ése es otro tema.

A. C.